SAGRADA BIBLIA

2 Macabeos

Libro completo

«El *rey del universo nos resucitará algún día para la vida eterna*»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 5

Antes de empezar 8

Veintidós palabras griegas 15

El segundo libro de los Macabeos en la liturgia 17

1 Las cartas de Jerusalén y el fuego escondido 19

2 El arca escondida y el prólogo del compendiador 27

3 Heliodoro en el tesoro del templo 38

4 El sumo sacerdocio en venta 48

5 Antíoco saquea el templo 61

6 La persecución y el martirio de Eleázaro 70

7 La madre y sus siete hijos 79

8 Las primeras victorias de Judas 92

9 La muerte de Antíoco IV 100

10 La purificación del templo 109

11 Lisias y las cartas de la paz 120

12 Las campañas de Judas y el sacrificio por los difuntos 128

13 La muerte de Menelao y la campaña de Eupátor 142

14 Alcimo, Nicanor y Razías 148

15 La derrota de Nicanor y el epílogo 159

PARA PROFUNDIZAR

2 Dos cartas para una fiesta: la Dedicación, el fuego escondido y el arca de Jeremías 34

3 Heliodoro en el templo: Dios defiende su casa 44

4 «Un progreso y consumación de la vida pagana»: Jasón, Menelao y el sacerdocio en venta 57

5 «Para corregir, no para exterminar»: el templo, el castigo y la misericordia 66

6 Eleázaro: morir antes que fingir 75

7 La madre y sus siete hijos: la resurrección y la creación de la nada 88

9 «Justo es que el hombre se sujete a Dios»: la muerte de Antíoco y el arrepentimiento tardío 105

10 Jinetes del cielo: las apariciones y el modo de contar de 2 Macabeos 116

12 «Un pensamiento santo y saludable»: la oración por los difuntos 138

14 Razías: entre el martirio y el suicidio 154

15 «El que ruega mucho por el pueblo»: Onías, Jeremías y la intercesión de los santos 167

CUADROS

1 Las dos cartas del comienzo 25
2 Los dos libros de los Macabeos, lado a lado 33
4 Jerusalén, ciudad griega: las novedades de Jasón 56
7 Los mártires y sus palabras 86
7 La esperanza de la resurrección en la Biblia 87
10 Ayuda del cielo: las apariciones de 2 Macabeos 115
11 Las cartas de la paz (2 Mac 11) 126
12 Las campañas de Judas en 2 Macabeos 12..... 136
12 La oración por los difuntos: de Judas Macabeo a la Iglesia .. 137
15 Los que interceden por el pueblo..... 166
Repaso 171
Notas personales 176
Sobre esta edición 177

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · 2 Mac 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como las dos cartas del comienzo, los dos libros de los Macabeos lado a lado, la Jerusalén griega de Jasón, los mártires y sus palabras, la esperanza de la resurrección, las apariciones del cielo, las cartas de la paz, las campañas de Judas, la oración por los difuntos o los que interceden por el pueblo. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

El libro de los mártires y de la resurrección

El segundo libro de los Macabeos se titula en griego *Makkabaíon B*, «segundo de los Macabeos». En las Biblias católicas actuales va después del primero; en la Vulgata y en la edición de Torres Amat cerraba el Antiguo Testamento. No es una continuación del primer libro, sino otra obra, escrita en griego, que cuenta a su modo los años 176-161 a. C., de Heliodoro a la derrota de Nicanor: los de 1 Mac 1,11 – 7,50. El fondo histórico (los reyes griegos de Siria, Antíoco IV Epífanes, la era seléucida) está en la introducción y en los cuadros de 1 Macabeos; aquí se dice lo propio de este libro.

Empieza con dos cartas de los judíos de Jerusalén a los de Egipto, que los invitan a celebrar con ellos la purificación del templo, la fiesta que hoy se llama Janucá: «la fiesta de los Tabernáculos del mes de Casleu» (1,9). La segunda cuenta cómo los sacerdotes escondieron el fuego del altar antes del destierro y cómo Nehemías lo recuperó, y cómo Jeremías escondió en un monte el arca de la alianza. Después el autor, que resume los cinco libros de un tal Jasón de Cirene (2,24), cuenta cómo el templo, defendido por Dios frente a Heliodoro, fue profanado cuando se compró el sumo sacerdocio; la persecución de Antíoco, con la

muerte del anciano Eleazar y de siete hermanos con su madre; y las victorias de Judas Macabeo, hasta que la cabeza de Nicanor cuelga en Jerusalén y se instituye una fiesta (15,35-37).

LAS CARTAS Y EL TEMPLO PROFANADO	
1,1-9	Primera carta: la fiesta de Casleu
1,10 – 2,19	Segunda carta: el fuego de Nehemías y el arca escondida
2,20-33	Prólogo del compendiador
3	Heliodoro, castigado en el templo
4	Jasón y Menelao compran el sumo sacerdocio; asesinato de Onías
5	Antíoco IV saquea el templo
6 – 7	La persecución; el martirio de Eleazar y de los siete hermanos

8	Primeras victorias de Judas: Nicanor huye
9	Muerte de Antíoco IV
10,1-9	Purificación del templo
10,10 – 11	Antíoco V Eupátor y Lisias; las cartas de la paz
12	Campañas de Judas; la oración por los difuntos
13	Muerte de Menelao; la campaña de Eupátor
14 – 15	Alcimo, Nicanor y Razías; el día de Nicanor; epílogo

Un compendio escrito en griego

El autor no dice su nombre. Resume la obra de Jasón, hoy perdida, y habla con el lector en primera persona: se compara con el que decora una casa que otro ha construido (2,30) y termina disculpando su estilo con una imagen del vino y el agua (15,39-40). La primera carta lleva la fecha del año 188 de la era seléucida, el 124 a. C. (en la Vulgata, y por tanto en esta edición, la fecha encabeza la segunda carta, 1,10), y muchos piensan que el compendio se envió con ella o poco después. Escribe para judíos de Egipto que hablaban griego, y su gran tema es el templo, «el más célebre que hay en el mundo» (2,23). La Vulgata que traduce Torres Amat es aquí, como en el primer libro, la antigua versión latina.

No es una crónica fría: comenta, alaba y censura, cuenta apariciones de jinetes celestes, redondea las cifras, y de la muerte de Antíoco IV da dos versiones distintas de la del primer libro (1,13-16 y 9,1-29). El propio compendiador advierte que la exactitud de los detalles corre por cuenta de los autores que resume (2,29), y Torres Amat anota que el Espíritu Santo «se acomoda al genio, carácter y estilo» del escritor que le sirve de instrumento. Ya en 1910 la *Enciclopedia Católica* admitía que las historias del fuego y del arca son leyendas recogidas en una carta que el autor cita. La Comisión Bíblica recuerda que los libros históricos de la Biblia, entre ellos los de los Macabeos, no son historiografía en el sentido moderno (*Inspiración y verdad*, 2014, n. 70); la Iglesia pide leer cada libro según su género, buscando lo que Dios quiso enseñar «para nuestra salvación» (*Dei Verbum*, nn. 11-12).

Un libro de la Iglesia

Como el primero, no está en la Biblia hebrea, y la Iglesia lo cuenta entre los libros sagrados (Catecismo, n. 120; ver la introducción a 1 Macabeos). La carta a los Hebreos parece recordar a sus mártires: «otros fueron atormentados, rehusando la liberación, para alcanzar una resurrección mejor» (Hb 11,35); el verbo griego es el del «tímpano», el suplicio de Eleazar (6,19.28). San Ambrosio admira que los siete hermanos vencieran al rey «sin armas» (*De officiis* I,

41), y san Agustín recuerda que en los libros de los Macabeos se lee que se ofreció un sacrificio por los difuntos, aunque la costumbre de la Iglesia bastaría por sí sola (*El cuidado de los difuntos* 1,3). El Catecismo lo cita varias veces: la madre de los mártires, para la creación de la nada (n. 297); los hermanos, para la resurrección (n. 992); Judas Macabeo, para la oración por los difuntos (nn. 958 y 1032).

Cómo leerlo

Es una teología de la historia. Dios defiende su templo, pero «no escogió al pueblo por amor del lugar o templo, sino a éste por amor al pueblo» (5,19); si permite la profanación, es por los pecados de Israel, y castiga a su pueblo «no para exterminar, sino para corregir» (6,12), mientras deja que los perseguidores colmen la medida de los suyos. Por eso el libro se detiene en la fidelidad de los que mueren antes que traicionar la ley de Dios, y pone en su boca la esperanza más clara del Antiguo Testamento: «el rey del universo nos resucitará algún día para la vida eterna» (7,9). La madre añade que Dios lo creó todo «de la nada» (7,28) y por eso puede devolver la vida (7,23). Judas manda ofrecer un sacrificio por sus soldados muertos, porque espera la resurrección (12,43-46), y en sueños ve al sumo sacerdote Onías y al profeta Jeremías orando por el pueblo (15,12-16). Benedicto XVI cita la oración de Judas

como testimonio de que el judaísmo antiguo creía que se puede ayudar a los difuntos (*Spe salvi*, n. 48).

Los cristianos leen estas páginas a la luz de Cristo, «el primogénito de entre los muertos» (Col 1,18), y de la comunión de los santos, en la que vivos y difuntos se ayudan (Catecismo, nn. 956-958). La liturgia une el martirio de los siete hermanos con la respuesta de Jesús a los saduceos, que negaban la resurrección (Lc 20,27-38).

Hay páginas duras: torturas descritas con detalle (7,3-5), matanzas (12,6.16), la súplica de Antíoco que el autor da por inútil (9,13), la mano de Nicanor colgada frente al templo (15,33) y el anciano Razías, que se quita la vida antes que caer en manos de sus enemigos (14,41-46). Las notas y los ensayos las explican sin suavizarlas: santo Tomás juzga que la muerte de Razías no fue verdadera fortaleza (*Suma teológica* II-II, q. 64, a. 5), y el Catecismo recuerda que la Escritura contiene «elementos imperfectos y pasajeros» (n. 122).

Sobre esta traducción

Torres Amat sigue la Vulgata y añade glosas con «o», que en 1824 imprimió en cursiva: «las lámparas o candelero» (10,3), «Casfín, o Casbón» (12,13), «la causa o intereses del pueblo» (4,48). También en cursiva añadió dos palabras al final del capítulo 12: los difuntos serán libres «de las

penas» de sus pecados (12,46). Sus notas defienden el purgatorio (12,43), la intercesión de los santos (15,12) y el carácter inspirado del libro (2,29), y juzgan la muerte de Razías con san Agustín (14,42). El texto revisado que reproducimos moderniza algunas palabras: donde él escribió «una efebía», dice «un centro de deportes» (4,9).

La numeración es la de la Vulgata; difiere un poco de la de las Biblias modernas en los capítulos 2, 12 y 15. La transcripción digital había perdido palabras, como los «cinco» jinetes que aparecieron del cielo (10,29) o la esperanza de Judas en que «los que habían muerto» resucitarían (12,44); se han restituido según las ediciones de 1824 y 1884.

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro: las cartas sobre la Dedicación y el fuego escondido, Heliodoro, el sacerdocio comprado, el castigo que corrige, Eleazar, la madre y sus siete hijos, la muerte de Antíoco, las apariciones, la oración por los difuntos, Razías o la intercesión de los santos. Todos aparecen en el índice.

Veintidós palabras griegas

Palabras clave del texto griego en que se escribió el libro. Las citas son de esta edición; en los capítulos 2, 12 y 15 las Biblias modernas numeran a veces de otro modo.

Μακκαβαίων Β΄	**Makkabaíon B** · «segundo de los Macabeos», título griego del libro
Ἰάσων ὁ Κυρηναῖος	**Iáson ho Kyrenaíos** · Jasón de Cirene, autor de la obra en cinco libros que aquí se resume 2,24
ἐπιτομή	**epitomé** · compendio, resumen: el trabajo del autor 2,27-29
σκηνοπηγία τοῦ Χασελεῦ	**skenopegía tu Jaseléu** · «los Tabernáculos del mes de Casleu», la fiesta de la Dedicación 1,9.18
καθαρισμός	**katharismós** · purificación del templo 1,18; 2,16; 10,5
νέφθαρ	**néfthar** · Neftar, «purificación», el lugar del fuego escondido 1,36
Ἰουδαϊσμός	**iudaismós** · judaísmo, la fe y la vida de los judíos 2,22; 8,1; 14,38
Ἑλληνισμός	**hellenismós** · helenismo, el modo de vida griego 4,13
ἐφηβεῖον	**ephebeíon** · efebía, escuela griega de los jóvenes; aquí, «centro de deportes» 4,9
πέτασος	**pétasos** · sombrero de ala ancha, distintivo de los jóvenes del gimnasio 4,12

Ἡλιόδωρος	**Heliódoros** · Heliodoro, «don del sol», ministro del rey Seleuco IV 3,7
ἐπιφάνεια	**epipháneia** · manifestación, aparición venida del cielo 2,22; 3,24; 15,27
παντοκράτωρ	**pantokrátor** · todopoderoso, el título de Dios más repetido del libro 3,22; 8,18
τύμπανον	**týmpanon** · el «tímpano», instrumento de suplicio (Hb 11,35) 6,19.28
ἀναβίωσις	**anabíosis** · «volver a vivir»: «para la vida eterna» 7,9
ἀνάστασις	**anástasis** · resurrección 7,14; 12,43
ἐξ οὐκ ὄντων	**ex uk ónton** · «de lo que no existía»: Dios creó de la nada 7,28
Θεοῦ βοήθεια	**Theú boétheia** · «Socorro de Dios», la consigna de Judas 8,23
ἄγγελος ἀγαθός	**ángelos agathós** · «ángel bueno», el que Israel pide para su salvación 11,6; 15,23
ἐξιλασμός	**exilasmós** · expiación, el sacrificio por los muertos 12,46
φιλάδελφος	**philádelphos** · «amante de sus hermanos», dicho de Jeremías 15,14
ῥομφαία χρυσῆ	**rhomphaía jrysé** · la espada de oro que Jeremías da a Judas 15,15-16

El segundo libro de los Macabeos en la liturgia

La Iglesia lee este libro un domingo del ciclo C, en dos días de la 33.ª semana del tiempo ordinario de los años impares, en las misas de los mártires y de los difuntos, y una vez al año en el Oficio de lectura.

En la misa

Celebración	Lectura
Domingo 32.º del tiempo ordinario, ciclo C	2 Mac 7,1-2.9-14: «el rey del universo nos resucitará», con el evangelio de los saduceos (Lc 20,27-38)
Martes de la 33.ª semana del tiempo ordinario, año impar	2 Mac 6,18-31: el martirio de Eleazar
Miércoles de la 33.ª semana, año impar	2 Mac 7,1.20-31: la madre y el hijo menor
Común de mártires	2 Mac 6,18.21.24-31; 7,1-2.9-14; 7,1.20-23.27b-29
Misas de difuntos	2 Mac 12,43-46: el sacrificio por los muertos. El 2 de noviembre, el Misal anterior a la reforma de 1970 lo leía en la segunda de las tres misas del día
1 de agosto	Los santos Macabeos, los siete hermanos mártires (cap. 7): conmemoración en el calendario romano anterior a 1969; las Iglesias orientales los celebran ese mismo día

En la Liturgia de las Horas y en el Catecismo

Dónde	Qué
Oficio de lectura, viernes de la 31.ª semana del tiempo ordinario	2 Mac 12,32-46: el sacrificio por los difuntos, con un sermón de san Gregorio Nacianceno sobre la oración por los muertos
Oficio de lectura, domingo y jueves de la 31.ª semana	Responsorios con 2 Mac 7,33 y 10,38, entre lecturas de 1 Macabeos
Catecismo, nn. 297 y 992	La madre y sus hijos: la creación de la nada y la esperanza de la resurrección (7,9.14.22-23.28)
Catecismo, nn. 958 y 1032	La oración y el sacrificio por los difuntos (12,46)
Catecismo, n. 333	Los ángeles que protegieron a Israel (10,29-30; 11,8)
Benedicto XVI, *Spe salvi*, n. 48	La oración de Judas por los muertos (12,38-46), testimonio de la esperanza de Israel

El Leccionario y la Liturgia de las Horas siguen el texto griego; en los pasajes que leen, la numeración coincide con la de esta edición (algunas ediciones del Oficio terminan la lectura del viernes en 12,45, porque con el griego cuentan 12,45-46 como un solo versículo).

1

Las cartas de Jerusalén y el fuego escondido

El libro no empieza con la historia, sino con dos cartas de los judíos de Jerusalén a los de Egipto. La primera (vv. 1-9) les desea la paz de la alianza, recuerda una carta anterior y los invita a la fiesta de Casleu. La segunda, que llega hasta 2,19, da gracias por la muerte del perseguidor (vv. 10-17), anuncia la purificación del templo y el «día del fuego» (v. 18) y cuenta cómo el fuego del altar, escondido antes del destierro, volvió a encenderse en tiempos de Nehemías (vv. 19-36). La clave es la continuidad: el templo restaurado tiene el mismo fuego y el mismo Dios.

La primera carta: la fiesta de Casleu

[1] A los hermanos judíos que moran en Egipto [1], los judíos
sus hermanos de Jerusalén y de la Judea, salud y completa
felicidad [2]. [2] Os conceda Dios sus bienes, y se acuerde
siempre de la alianza hecha con Abrahán, con Isaac y con
Jacob, fieles siervos suyos; [3] y os dé a todos un mismo
corazón [3] para adorarlo y cumplir su voluntad con gran
espíritu y con un ánimo fervoroso. [4] Abra vuestro cora-
zón, para que entendáis su ley, y observéis sus preceptos, y
os conceda la paz. [5] Oiga benigno vuestras oraciones, y
apláquese con vosotros [4], y no os desampare en la tribula-
ción; [6] pues aquí no cesamos de rogar por vosotros.

7 Reinando Demetrio en el año ciento sesenta y nueve [5] os
escribimos nosotros los judíos en medio de la aflicción y
quebranto que nos sobrevino en aquellos años, después
que Jasón se retiró de la tierra santa y del reino. 8 Os dijimos que fueron quemadas las puertas del templo [6], y derramada la sangre inocente; pero que habiendo dirigido
nuestras súplicas al Señor fuimos atendidos, y ofrecimos
el sacrificio acostumbrado y las oblaciones de flor de harina, y encendimos las lámparas y pusimos en su presencia
los panes de proposición. 9 Así, pues, celebrad también vosotros la fiesta de los Tabernáculos del mes de Casleu [7].

La segunda carta: la muerte del perseguidor

10 En el año ciento ochenta y ocho [8] el pueblo de Jerusalén, y de la Judea, y el Senado, y Judas; a Aristóbulo, preceptor del rey Tolomeo [9], del linaje de los sacerdotes ungidos, y a los judíos que habitan en Egipto, salud y prosperidad. 11 Por habernos librado Dios de grandes peligros, le
tributamos solemnes acciones de gracias, habiendo tenido
que pelear contra tal rey, 12 que es el que hizo salir de la
Persia aquellas gentes, que combatieron contra nosotros y
contra la ciudad santa;

13 y aquel mismo caudillo que, hallándose en Persia al
frente de un ejército innumerable pereció en el templo de
Nanea [10], engañado por el consejo fraudulento de los sacerdotes de dicha diosa. 14 Pues habiendo ido el mismo An-

tíoco con sus amigos a aquel lugar o templo, como para desposarse con ella, y recibir gran suma de dinero a título de dote [11], [15] y habiéndoselo presentado los sacerdotes de Nanea; así que hubo él entrado, con algunas pocas personas, en la parte interior del templo, cerraron las puertas [16] después que estaba ya Antíoco dentro, y abriendo entonces una puerta secreta del templo [12], mataron a pedradas al caudillo y a los compañeros, y los hicieron pedazos, y cortándoles las cabezas, los arrojaron fuera del templo. [17] Sea Dios bendito por todo [13], pues él fue el que destruyó de esta suerte los impíos.

El fuego escondido y la oración de Nehemías

[18] Debiendo, pues, nosotros celebrar la purificación del templo el día veinticinco del mes de Casleu, hemos juzgado necesario hacéroslo saber; a fin de que celebréis también vosotros el día de los Tabernáculos, y la solemnidad del descubrimiento del fuego sagrado [14], que se nos concedió cuando Nehemías, restaurado que hubo el templo y el altar, ofreció allí sacrificios. [19] Porque cuando nuestros padres fueron llevados cautivos a Persia, los sacerdotes que a la sazón eran temerosos de Dios, cogiendo secretamente el fuego que había sobre el altar, lo escondieron en un valle donde había un pozo profundo y seco [15], y lo dejaron allí guardado, sin que nadie supiese dicho lugar.

[20] Mas pasados muchos años, cuando Dios fue servido que
el rey de Persia enviase a Nehemías a la Judea, los nietos
de aquellos sacerdotes que lo habían escondido fueron en-
viados a buscar dicho fuego; pero según ellos nos conta-
ron, no hallaron fuego, sino solamente una agua crasa [16].
[21] Entonces el sacerdote Nehemías les mandó [17] que saca-
sen de aquella agua, y se la trajesen; ordenó asimismo que
hiciesen con ella aspersiones sobre los sacrificios prepara-
dos, esto es, sobre la leña y sobre lo puesto encima de ella.
[22] Luego que esto se hizo, y que empezó a descubrirse el
sol, escondido antes detrás de una nube, se encendió un
gran fuego, que llenó a todos de admiración. [23] Y todos los
sacerdotes hacían oración a Dios, mientras se consumaba
el sacrificio, entonando Jonatás, y respondiendo los otros.

[24] Y la oración de Nehemías fue en los siguientes términos:
¡Oh Señor Dios, creador de todas las cosas, terrible y fuer-
te, justo y misericordioso; tú que eres el solo rey bueno [18],
[25] el solo excelente, el solo justo, omnipotente y eterno; tú
que libras a Israel de todo mal; tú que escogiste a nuestros
padres y los santificaste!, [26] recibe este sacrificio por todo
tu pueblo de Israel, y guarda los que son tu herencia, y
santifícalos. [27] Vuelve a reunir todos nuestros hermanos
que se hallan dispersos [19], libra a aquellos que son escla-
vos de las naciones, y echa una mirada favorable sobre los
que han llegado a ser un objeto de desprecio e ignominia;

para que así conozcan las naciones que tú eres nuestro Dios. 28 Humilla a los que, llenos de soberbia, nos oprimen y ultrajan. 29 Establece otra vez a tu pueblo en tu santo lugar de Jerusalén, según lo predijo Moisés.

30 Los sacerdotes entretanto cantaban himnos, hasta que fue consumido el sacrificio. 31 Acabado el cual, Nehemías mandó que el agua que había quedado se derramase sobre las piedras mayores de la base del altar; 32 y no bien se hubo efectuado, cuando se levantó de ellas una gran llama, la cual fue absorbida por la lumbre, o luz que resplandeció sobre el altar [20].

33 Luego que se divulgó este suceso, contaron al rey de Persia cómo en el mismo lugar en que los sacerdotes, al ser trasladados al cautiverio, habían escondido el fuego sagrado, se había encontrado una agua con la cual Nehemías y los que con él estaban habían purificado y consumido los sacrificios. 34 Considerando, pues, el rey este suceso, y examinada atentamente la verdad del hecho, mandó construir allí un templo en prueba de lo acaecido. 35 Y habiéndose asegurado de este prodigio, dio muchos bienes a los sacerdotes, y les hizo muchos y diferentes regalos que les distribuyó por su propia mano. 36 Y Nehemías dio a este sitio el nombre de Neftar, que significa purificación [21]; pero hay muchos que le llaman Nefi.

¿Sabías que?

La carta que abre este libro no fue la primera que recibieron los judíos de Egipto para hablarles de una fiesta. Entre los papiros arameos hallados en la isla de Elefantina, frente a Asuán, donde vivía una guarnición judía al servicio de los persas, hay una carta del año 419 a. C. en la que un tal Hananías, que quizá venía de Judea o de la corte persa, transmite a Yedanías y a «la guarnición judía» instrucciones para celebrar los días de los Ázimos, del 15 al 21 del mes de nisán. El papiro está roto y parte del texto se reconstruye, pero muestra lo mismo que 2 Macabeos: las comunidades de la diáspora recibían de su tierra no solo noticias, sino también el calendario de su fe.

Las dos cartas del comienzo

	Primera carta (1,1-9)	Segunda carta (1,10 – 2,19)
De quién	Los judíos de Jerusalén y de la región de Judea	El pueblo de Jerusalén y de Judea, el Senado y Judas (1,10)
A quién	Sus hermanos, los judíos que viven en Egipto	Aristóbulo, preceptor del rey Tolomeo, y los judíos de Egipto
Fecha	Año 188 de la era seléucida, 124 a. C. (en el griego, al final de 1,9; en la Vulgata, al principio de 1,10)	Sin fecha: poco después de la muerte de Antíoco IV (164 a. C.), quizá hacia el 163
Recuerda	Una carta anterior, del año 169 (143 a. C.), escrita en la aflicción (1,7-8)	La muerte del rey en el templo de Nanea (1,13-17)
Pide	Celebrar «la fiesta de los Tabernáculos del mes de Casleu» (1,9)	Celebrar la purificación del templo y el día del fuego (1,18; 2,16)
Cuenta	—	El fuego escondido y Nehemías (1,19-36); Jeremías y el arca (2,1-8); los libros de Nehemías y de Judas (2,13-15)
Ora	«Abra vuestro corazón… y os conceda la paz» (1,2-5)	La oración de Nehemías: «tú que eres el solo rey bueno» (1,24-29)
Espera	«Aquí no cesamos de rogar por vosotros» (1,6)	Que Dios «nos reunirá de todas las partes del mundo en el lugar santo» (2,18)

La *Enciclopedia Católica* (1910) fecha la primera carta en el 124 a. C. y la segunda hacia el 163, cuando en Jerusalén aún no se conocían bien las circunstancias de la muerte de Antíoco IV. El autor del libro las cita como documentos ajenos: responde de haberlas copiado, no de todo lo que cuentan. En esta edición, que sigue la Vulgata, la fecha del año 188 encabeza la segunda carta; en las Biblias modernas, que siguen el griego, cierra la primera.

PAUSA

1. Los judíos de Jerusalén escriben a sus hermanos lejanos: «aquí no cesamos de rogar por vosotros». ¿Por quién que está lejos rezas tú, y quién reza por ti?
2. El fuego del altar se conservó escondido durante el destierro. ¿Qué fuego de fe has guardado tú en tus tiempos de sequedad o de lejanía?
3. Nehemías llama a Dios «el solo rey bueno, el solo justo». ¿A qué otros «reyes» das tú, en la práctica, el primer lugar?

Para orar. *Señor, creador de todas las cosas, guarda encendido en mí el fuego de tu altar y reúne a tus hijos dispersos.*

2

El arca escondida y el prólogo del compendiador

La segunda carta cuenta lo que Jeremías mandó a los desterrados (vv. 1-3) y cómo escondió la tienda, el arca y el altar del incienso en una cueva del monte de Moisés (vv. 4-8); recuerda el fuego que bajó del cielo en tiempos de Moisés y de Salomón (vv. 9-12) y los libros que reunieron Nehemías y Judas (vv. 13-15), y termina con la invitación a la fiesta y la esperanza de que Dios reúna a su pueblo (vv. 16-19). Después habla el autor: resume los cinco libros de Jasón de Cirene, y explica por qué y cómo (vv. 20-33). Lo escondido no está perdido.

Jeremías y el arca escondida

1 Se lee en los escritos del profeta Jeremías [1], cómo mandó
él a los que eran conducidos al cautiverio de Babilonia, que
tomasen el fuego sagrado del modo que queda referido, y
cómo prescribió varias cosas a aquellos que eran llevados
cautivos. 2 Les dio asimismo la ley, para que no se olvida-
sen de los mandamientos del Señor, y no se pervirtiesen
sus corazones con la vista de los ídolos de oro y plata [2] y de
toda su pompa; 3 y añadiéndoles otros varios avisos, los
exhortó a que jamás apartasen de su corazón la ley de
Dios.

[4] También se leía en aquella escritura que este profeta, por una orden expresa que recibió de Dios, mandó llevar consigo el Tabernáculo y el arca, hasta que llegó a aquel monte, al cual subió Moisés [3], y desde donde vio la herencia de Dios; [5] y que habiendo llegado allí Jeremías, halló una cueva [4], donde metió el Tabernáculo, y el arca, y el altar del incienso, tapando la entrada: [6] que algunos de aquellos que le seguían se acercaron para dejar notado este lugar; pero que no pudieron hallarlo; [7] lo que sabido por Jeremías, los reprendió, y les dijo: Este lugar permanecerá ignorado hasta tanto que Dios congregue otra vez todo el pueblo [5], y use con él de misericordia. [8] Y entonces el Señor manifestará estas cosas, y aparecerá de nuevo la majestad del Señor, y se verá la nube que veía Moisés [6], y cual se dejó ver cuando Salomón pidió que fuese santificado el templo para el gran Dios.

El fuego del cielo y los libros de Nehemías

[9] Porque este rey dio grandes muestras de su sabiduría; y estando lleno de ella, ofreció el sacrificio de la dedicación y santificación del templo. [10] Y así como Moisés hizo oración al Señor, y bajó fuego del cielo, y consumió el holocausto, así también oró Salomón, y bajó fuego del cielo [7], y consumió el holocausto. [11] Entonces dijo Moisés: Por no haber sido comida la hostia ofrecida por el pecado [8], ha

sido consumida por el fuego. 12 Celebró igualmente Salomón por espacio de ocho días la dedicación del templo.

13 Estas mismas noticias se encontraban también anotadas en los escritos y comentarios de Nehemías, donde se lee que él formó una colección de libros [9], habiendo recogido de todas partes los libros de los profetas, los de David, y las cartas o concesiones de los reyes, y las memorias de sus donativos al templo. 14 A este modo recogió también Judas todo cuanto se había perdido durante la guerra [10] que sufrimos; todo lo cual se conserva en nuestro poder. 15 Si vosotros, pues, deseáis tener estos escritos, enviad personas que puedan llevároslos.

16 Y estando ahora para celebrar la fiesta de la purificación del templo, os hemos dado aviso de ella; y así haréis bien si celebrareis, como nosotros, la fiesta de estos días. 17 Entretanto esperamos que Dios que ha libertado a su pueblo, que ha vuelto a todos su herencia, que ha restablecido el reino, y el sacerdocio, y el santuario [11], 18 conforme lo había prometido en la ley, se apiadará bien pronto de nosotros, y nos reunirá de todas las partes del mundo en el lugar santo; 19 puesto que nos ha sacado de grandes peligros, y ha purificado el templo.

El prólogo del compendiador

20 Por lo que mira a los hechos de Judas Macabeo y de sus
hermanos [12], y a la purificación del gran templo, y a la de-
dicación del altar; 21 así como lo que toca a las guerras que
hubo en tiempo de Antíoco el ilustre, y en el de su hijo
Eupátor [13], 22 y a las señales que aparecieron en el aire [14] a
favor de los que combatían valerosamente por la nación
judaica, de tal suerte que, siendo en corto número, defen-
dieron todo el país y pusieron en fuga la muchedumbre de
bárbaros, 23 recobrando el templo más célebre que hay en
el mundo, y librando la ciudad de la esclavitud, y restable-
ciendo la observancia de las leyes, las cuales se hallaban
abolidas, habiéndoles favorecido el Señor con toda suerte
de prosperidades; 24 estas cosas que escribió en cinco libros
Jasón de Cirene [15], hemos procurado nosotros compen-
diarlas en un solo volumen,

25 pues considerando la multitud de libros, y la dificultad
que acarrea la multiplicidad de noticias a los que desean
interesarse en las narraciones históricas, 26 hemos procu-
rado escribir ésta de un modo que agrade a los que quieran
leerla [16]; y que los aplicados puedan más fácilmente rete-
nerla en su memoria y sea generalmente útil a todos los
que la leyeren. 27 Y a la verdad, habiéndonos empeñado en
hacer este compendio, no hemos emprendido una obra de
poca dificultad, sino un trabajo que pide gran aplicación,

y mucha fatiga y diligencia. 28 Sin embargo, emprendemos
de buena gana esta tarea por la utilidad que de ella resulta-
rá a muchos; a semejanza de aquellos que teniendo a su
cargo preparar un convite [17], se dedican del todo a satisfa-
cer el gusto de los convidados.

29 La verdad de los hechos que se refieren va sobre la fe de
los autores que los escribieron [18]; pues por lo que hace a
nosotros, trabajaremos solamente en compendiarlos con-
forme al designio que nos hemos propuesto. 30 Y a la ma-
nera que un arquitecto que emprende edificar una casa
nueva, debe cuidar de toda la construcción y aquel que la
pinta solamente ha de buscar las cosas que son a propósito
para su ornato [19], del mismo modo se debe juzgar de noso-
tros. 31 En efecto, al autor de una historia atañe recoger los
materiales y ordenar la narración, inquiriendo cuidadosa-
mente las circunstancias particulares de lo que cuenta;
32 mas al que compendia se le debe permitir que use un es-
tilo conciso y que evite extenderse en largos discursos.
33 Basta ya de exordio y empecemos nuestra narración [20];
porque no sería cordura prolongar el discurso preliminar
a la historia y abreviar después el cuerpo de ella.

¿Sabías que?

La encáustica, la pintura con colores mezclados con cera caliente que menciona el griego de 2,30 (2,29 en las Biblias modernas), era una técnica muy apreciada por los decoradores griegos. Con ella se pintaron muchos de los retratos de El Fayum, en el Egipto romano de los siglos I a III: rostros de mirada intensa, pintados sobre tabla, que se colocaban sobre las momias. La misma técnica sirvió para algunos de los iconos cristianos más antiguos que se conservan, como el Cristo Pantocrátor del siglo VI del monasterio de Santa Catalina, en el Sinaí. Los judíos de Egipto, primeros lectores del compendio, conocían bien ese arte.

Los dos libros de los Macabeos, lado a lado

Hechos	2 Macabeos	1 Macabeos
Heliodoro y el tesoro	3	—
Jasón, el gimnasio, Menelao	4	1,12-16, sin nombres
Antíoco saquea el templo; el ataque a Jerusalén	5,11-26	1,21-35
La persecución	6,1-11: Júpiter en el templo	1,43-64: el ídolo (1,57)
Los mártires	Eleazar; los siete hermanos (6,18 – 7,42)	«Eligieron antes morir» (1,65-66)
Matatías en Modín	— (solo Judas en los montes, 5,27)	2
Nicanor y Gorgias	8	3,1 – 4,25
Muerte de Antíoco IV	9 y 1,13-16: antes de la purificación	6,1-16: después
Purificación del templo	10,1-8	4,36-59
Guerras con los vecinos	10,14-38; 12	5
Lisias en Betsura	11, con Antíoco V	4,26-35, con Antíoco IV
Campaña de Eupátor	13	6,18-63
Alcimo y Nicanor	14 – 15: el día de Nicanor	7: el día de Nicanor
Muerte de Judas	— (el libro termina antes)	9,1-22

2 Macabeos cubre los años 176-161 a. C., los de 1 Mac 1,11 – 7,50, con más detalles (*Enciclopedia Católica*, 1910). Torres Amat escribe que los dos autores «no parece que se hayan visto, ni copiado uno al otro». Las fechas, en el cuadro de la era seléucida de 1 Macabeos.

PARA PROFUNDIZAR

Dos cartas para una fiesta: la Dedicación, el fuego escondido y el arca de Jeremías

¿Por qué un libro de historia empieza con dos cartas? Los judíos de Jerusalén escriben a los de Egipto para invitarlos a celebrar con ellos la purificación del templo (1,9.18; 2,16). La *Enciclopedia Católica* de 1910 observaba que las cartas no tienen otra relación con el libro que su propósito: el primer objetivo del autor es exaltar el templo de Jerusalén como centro del culto, y para eso las puso al frente. Además, hacia el 160 a. C. se había levantado en Egipto, en Leontópolis, un templo rival. Celebrar la fiesta de Casleu al mismo tiempo que Jerusalén era reconocer que hay un solo santuario y un solo pueblo, aunque viva disperso; por eso las cartas terminan con la esperanza de que Dios «nos reunirá de todas las partes del mundo en el lugar santo» (2,18).

La fiesta es «la de los Tabernáculos del mes de Casleu» (1,9): la Dedicación, nacida el 25 de Casleu del 164 a. C., cuando Judas purificó el altar profanado por Antíoco (1 Mac 4,52-59), y celebrada durante ocho días con ramos y palmas, «a manera de la de los Tabernáculos» (10,6-8; ver nota a 1,9). Su historia posterior, con el nombre de Janucá, está en el ensayo del capítulo 4 de 1 Macabeos. Aquí importa otra cosa: una fiesta nueva, que la Ley de Moisés no mandaba, necesitaba mostrar sus raíces, y la segunda carta las busca en Moisés, en Salomón y en Nehemías. La fiesta es nueva; el culto, el de siempre.

El fuego tiene un largo pasado. La Ley mandaba que ardiera siempre sobre el altar (Lv 6,12-13), porque había bajado del Señor

al inaugurarse el culto (Lv 9,24), como bajó en la dedicación del templo de Salomón (2 Cr 7,1; 2 Mac 2,10). La carta cuenta que, antes del destierro, unos sacerdotes lo escondieron en un pozo seco; en tiempos de Nehemías solo se halló un agua espesa, que, derramada sobre la leña, se encendió al salir el sol (1,19-22.31-32). El mensaje es la continuidad: el altar del segundo templo arde con el mismo fuego que el del primero, y lo que se ocultó en el tiempo del castigo reaparece cuando Dios vuelve a mostrar su misericordia.

San Ambrosio leyó la historia con ojos cristianos. En *De officiis* (III,17-18) admira a aquellos sacerdotes que, entre las cenizas y el polvo de su patria arruinada, no pensaron en esconder oro ni plata para sus hijos, sino en salvar el fuego sagrado. Y ve en ese fuego una figura del Espíritu Santo, que bajó sobre los apóstoles en lenguas como de fuego (Hch 2,3): que el fuego se hiciera agua y el agua hiciera brotar el fuego significa, dice, que la gracia quema los pecados con el fuego y los lava con el agua. El Catecismo recoge el mismo simbolismo: el fuego representa la energía transformadora del Espíritu (n. 696).

El arca tiene otra historia. Según la carta, Jeremías escondió la tienda, el arca y el altar del incienso en una cueva del monte de Moisés, y dijo que el lugar quedaría ignorado «hasta tanto que Dios congregue otra vez todo el pueblo»; entonces se vería de nuevo la nube de la gloria, como en tiempos de Moisés y de Salomón (2,4-8; Éx 40,34; 1 Re 8,10-11). El arca había desaparecido en el 587, y el segundo templo no la tuvo (Jer 3,16). Torres Amat advierte en sus notas que la opinión de que se recuperó «no tiene fundamento sólido», entiende su hallazgo del fin de los tiempos y

ve en el arca una «figura de Jesucristo» (Ap 11,19). La tradición que ve en María el arca de la nueva alianza se explica en el ensayo del capítulo 26 del Éxodo.

¿Cómo leer estos relatos? Ya en 1910 la *Enciclopedia Católica* admitía que las historias del fuego y del arca son leyendas transmitidas en una carta que el autor cita, y que eso no disminuye en nada su crédito como historiador: responde de haber copiado el documento, no de cada detalle. La Iglesia pide atender al género de cada texto y a las maneras de narrar de su tiempo (*Dei Verbum*, n. 12; Catecismo, n. 110). Lo que las cartas enseñan es verdadero e importante: Dios no abandona a su pueblo; la fe de los padres, escondida en la noche del destierro, sigue ardiendo; y los dispersos son un solo pueblo reunido en torno al mismo Dios. Ver el cuadro «Las dos cartas del comienzo».

PAUSA

1. Jeremías mandó a los desterrados no olvidar la ley al ver los ídolos de oro y plata. ¿Qué ídolos brillantes te distraen a ti del Señor?
2. El compendiador trabajó «con sudor y vigilias» para que otros leyeran con gusto y provecho. ¿Qué trabajo escondido haces tú por el bien de los demás?
3. El lugar del arca quedó «ignorado» hasta que Dios reúna a su pueblo. ¿Sabes esperar cuando Dios todavía no te muestra lo que buscas?

Para orar. *Señor, que guardas lo que parece perdido, reúne a tu pueblo disperso y hazme fiel en la espera.*

3

Heliodoro en el tesoro del templo

Jerusalén vive en paz bajo un sumo sacerdote santo, Onías, y hasta los reyes paganos honran su templo. Pero un funcionario del templo, Simón, denuncia el tesoro, y el rey Seleuco envía a su ministro Heliodoro a llevárselo (vv. 1-13). Toda la ciudad se pone en oración (vv. 14-22). Un jinete y dos jóvenes venidos del cielo derriban a Heliodoro (vv. 23-30), y Onías ofrece un sacrificio por la vida de su enemigo, que vuelve curado y proclama el poder del Dios de Jerusalén (vv. 31-40). Dios defiende su casa, y el justo intercede por quien vino a despojarlo.

Simón denuncia el tesoro del templo

1 En el tiempo, pues, que la ciudad santa gozaba de una plena paz, y que las leyes se observaban muy exactamente por
la piedad del sumo sacerdote Onías [1], y el odio que todos
tenían a la maldad, 2 nacía de esto que aun los mismos re-
yes y los príncipes honraban sumamente aquel lugar sa-
grado, y enriquecían el templo con grandes dones. 3 De
manera que Seleuco, rey de Asia, costeaba de sus rentas to-
dos los gastos [2] que se hacían en los sacrificios. 4 En medio
de esto, Simón, de la tribu de Benjamín, y creado prefecto
del templo [3], maquinaba con ansia hacer algún mal en
esta ciudad; pero se le oponía el sumo sacerdote. 5 Viendo,

pues, que no podía vencer a Onías, pasó a verse con Apolonio, hijo de Tarseas, que en aquella sazón era gobernador de la Celesiria y de la Fenicia [4], [6]y le contó que el erario de Jerusalén estaba lleno de inmensas sumas de dinero [5] y de riquezas del común, las cuales no servían para los gastos de los sacrificios; y que se podría hallar medio para que todo entrase en poder del rey.

[7]Habiendo, pues, Apolonio dado cuenta al rey de lo que a él se le había dicho, concerniente a estas riquezas, llamó el rey a Heliodoro, su ministro de hacienda [6], y le envió con orden de transportar todo el dinero referido. [8]Heliodoro se puso luego en camino con el pretexto de ir a recorrer las ciudades de Celesiria y Fenicia; mas en la realidad para poner en ejecución el designio del rey. [9]Y habiendo llegado a Jerusalén, y sido bien recibido en la ciudad por el sumo sacerdote, le declaró a éste la denuncia que le había sido hecha de aquellas riquezas; y le manifestó que éste era el motivo de su viaje; preguntándole en seguida si verdaderamente era como se le había dicho. [10]Entonces el sumo sacerdote le representó que aquellos eran unos depósitos y alimentos de viudas y de huérfanos [7]; [11]y que entre lo que había denunciado el impío Simón había una parte que era de Hircano Tobías, varón muy eminente [8], y el todo eran cuatrocientos talentos de plata y doscientos de oro; [12]que por otra parte de ningún modo se podría defraudar a

aquellos que habían depositado sus caudales en un lugar y templo honrado y venerado como sagrado por todo el universo. [13] Mas Heliodoro insistiendo en las órdenes que llevaba del rey, repuso que de todos modos se había de llevar al rey aquel tesoro.

La ciudad en oración

[14] En efecto, el día señalado entró Heliodoro en el templo para ejecutar su designio; con lo cual se llenó de consternación toda la ciudad. [15] Pero los sacerdotes, revestidos con las vestiduras sacerdotales, se postraron por tierra ante el altar, e invocaban al Señor que está en el cielo, y que puso la ley acerca de los depósitos [9], suplicándole que los conservase salvos para los depositantes. [16] Mas ninguno podía mirar el rostro del sumo sacerdote sin que su corazón quedase traspasado de aflicción; porque su semblante y color pálido manifestaban el intenso dolor de su ánimo [10]. [17] Una cierta tristeza esparcida por todo su rostro, y un temblor que se había apoderado de todo su cuerpo mostraban bien a los que le miraban, la pena de su corazón.

[18] Salían al mismo tiempo muchos a tropel de sus casas, pidiendo a Dios con públicas rogativas que no permitiese que aquel lugar santo quedase expuesto al desprecio. [19] Las mujeres, ceñidas hasta el pecho de cilicios [11], andaban en tropas por las calles; y hasta las doncellas mismas, que an-

tes estaban encerradas en sus casas, corrían unas a donde estaba Onías, otras hacia las murallas, y algunas otras estaban mirando desde las ventanas; [20] pero todas levantando al cielo sus manos, dirigían allí sus plegarias. [21] A la verdad era un espectáculo digno de compasión al ver aquella confusa turba, y al sumo sacerdote puesto en gran conflicto. [22] Mientras éstos por su parte invocaban al Dios todopoderoso [12] para que conservase intacto el depósito de aquellos que se lo habían confiado,

El jinete y los dos jóvenes

[23] Heliodoro no pensaba en otra cosa que en ejecutar su designio; y para ello se había presentado ya él mismo con sus guardias a la puerta del tesoro. [24] Pero el espíritu de Dios todopoderoso se hizo allí manifiesto con señales bien patentes [13], en tal conformidad, que derribados en tierra por una virtud divina cuantos habían osado obedecer a Heliodoro, quedaron como yertos y despavoridos. [25] Porque se les apareció montado en un caballo un personaje de fulminante aspecto y magnífico vestido [14], cuyas armas parecían de oro, el cual acometiendo con ímpetu a Heliodoro lo pateó con las patas delanteras del caballo. [26] Se aparecieron también otros dos gallardos y robustos jóvenes llenos de majestad [15], y ricamente vestidos, los cuales poniéndose uno a cada lado de Heliodoro, empeza-

ron a azotarlo cada uno por su parte, descargando sobre él continuos golpes.

27 Con esto Heliodoro cayó luego por tierra envuelto en oscuridad y tinieblas; y habiéndole cogido y puesto en una silla de manos, le sacaron de allí. 28 De esta suerte aquel que había entrado en el erario con tanto séquito de guardias y ministros, era llevado sin que nadie pudiese valerle; habiéndose manifestado visiblemente la virtud o justicia de Dios [16] 29 por un efecto de la cual Heliodoro yacía sin habla y sin ninguna esperanza de vida. 30 Por el contrario, los otros bendecían al Señor, porque había ensalzado con esto la gloria de su santo lugar, y el templo que poco antes estaba lleno de confusión y temor, se llenó de alegría y regocijo luego que hizo ver el Señor su omnipotencia.

Onías ruega por su enemigo

31 Entonces algunos amigos de Heliodoro rogaron con mucha eficacia a Onías que invocase al Altísimo [17], a fin de que concediese la vida a Heliodoro, reducido ya a los últimos alientos. 32 Y el sumo sacerdote, considerando que quizá el rey podría sospechar que los judíos habían urdido alguna trama contra Heliodoro, ofreció una víctima de salud por su curación [18]; 33 y al tiempo que el sumo sacerdote estaba haciendo la súplica, aquellos mismos jóvenes, con las mismas vestiduras, poniéndose junto a Heliodoro, le dijeron: Dale las gracias al sacerdote Onías, pues por su

amor a él te concede el Señor la vida. 34 Y habiendo tú sido
castigado por Dios de esta suerte, anuncia a todo el mundo
sus maravillas y su poder; dicho esto, desaparecieron.

35 En efecto, Heliodoro, habiendo ofrecido un sacrificio a
Dios [19], y hecho grandes votos a aquel Señor que le había
concedido la vida, y dadas las gracias a Onías, recogiendo
su gente se volvió para el rey. 36 Y atestiguaba a todo el
mundo las obras maravillosas del gran Dios, que había vis-
to él con sus propios ojos.

37 Y como el rey preguntase a Heliodoro quién sería bueno
para ir de nuevo a Jerusalén, le contestó: 38 Si tú tienes al-
gún enemigo, o que atente contra tu reino, envíalo allá, y
lo verás volver desgarrado a azotes, si es que escapa con
vida; porque no se puede dudar que reside en aquel lugar
una cierta virtud divina. 39 Pues aquel mismo que tiene su
morada en los cielos, está presente y protege aquel
lugar [20], y castiga y hace perecer a los que van a hacer allí
algún mal. 40 Esto es en suma lo que pasó a Heliodoro [21], y
el modo con que se conservó el tesoro del templo.

¿Sabías que?

La sala del Palacio Vaticano donde el papa daba sus audiencias privadas se llama Estancia de Heliodoro por el fresco que Rafael pintó en ella hacia 1512: «La expulsión de Heliodoro del templo». En primer plano, a la izquierda, el papa Julio II contempla la escena sentado en su silla gestatoria; según los Museos Vaticanos, uno de los portadores es un retrato del grabador Marcantonio Raimondi, y el otro, del propio Rafael. La sala entera celebra la protección de Dios sobre la Iglesia: en su fe (la misa de Bolsena), en la persona del papa (la liberación de san Pedro), en su sede (León Magno ante Atila) y en su patrimonio (Heliodoro).

PARA PROFUNDIZAR

Heliodoro en el templo: Dios defiende su casa

El capítulo empieza con un idilio: «la ciudad santa gozaba de una plena paz», las leyes se guardaban «por la piedad del sumo sacerdote Onías», y hasta los reyes paganos honraban el templo y costeaban sus sacrificios (3,1-3). La paz se rompe desde dentro. Simón, un funcionario del propio templo, enfrentado con el sumo sacerdote, denuncia al gobernador que el tesoro está lleno de riquezas que podrían pasar al rey (3,4-6). Pocas veces se ve tan claro un tema que recorre todo el libro: el peligro para el santuario viene primero de los suyos.

El fondo histórico es verosímil. Seleuco IV necesitaba dinero para pagar a Roma la indemnización impuesta en Apamea, y He-

liodoro es un personaje real: el historiador Apiano cuenta que fue él quien más tarde asesinó al rey (ver nota a 3,7). Pero el relato no es una crónica. Está construido como una liturgia, con una aparición en el centro, y al autor le importa lo que significa: «aquel mismo que tiene su morada en los cielos, está presente y protege aquel lugar» (3,39).

Fíjate en lo que se defiende. No es un tesoro de oro para el esplendor del culto, sino «depósitos y alimentos de viudas y de huérfanos» (3,10), los protegidos de Dios en la Ley (Éx 22,21-23). Y fíjate en cómo se defiende: con oración. Los sacerdotes se postran ante el altar, el sumo sacerdote no puede ocultar su angustia, las mujeres se ciñen el cilicio, las doncellas que vivían encerradas corren a las puertas y a las murallas, y todos levantan las manos al cielo (3,15-22). La respuesta llega cuando Heliodoro está ya a la puerta del tesoro: un jinete de armas doradas y dos jóvenes llenos de majestad lo derriban, y el que había entrado con su guardia sale en una silla de manos, sin habla (3,24-29).

Entonces ocurre lo más hermoso. Los amigos del agresor piden a Onías que rece por él, y el sumo sacerdote ofrece un sacrificio por la vida de su enemigo (3,31-33). El Catecismo ve en la intercesión «hasta rogar por los que le hacen mal» la marca de un corazón conforme a la misericordia de Dios (n. 2635); es lo que Jesús enseñará (Mt 5,44) y hará en la cruz (Lc 23,34). El enemigo curado ofrece a su vez un sacrificio, da gracias y se convierte en testigo de «las obras maravillosas del gran Dios» (3,35-36), como el sirio Naamán (2 Re 5,15). Y responde con ironía al rey que pregunta

a quién enviar a Jerusalén: si tienes algún enemigo, mándalo allá (3,38).

La teología del capítulo tiene un contrapeso en el mismo libro. Cuando Antíoco IV entre en el templo y se lleve sus tesoros, nadie lo detendrá, porque el pueblo había pecado y «Dios no escogió al pueblo por amor del lugar o templo, sino a éste por amor al pueblo» (5,17-20; ver el ensayo del capítulo 5). Torres Amat anota que Dios defendió su casa aunque ya había anunciado por Daniel que la abandonaría a la profanación. La protección del santuario depende de la fidelidad de quienes lo sirven, y el capítulo siguiente mostrará cómo se pierde. Para el cristiano, el templo definitivo es el cuerpo de Cristo (Jn 2,19-21): Jesús «se identificó con el Templo presentándose como la morada definitiva de Dios entre los hombres» (Catecismo, n. 586), y san Pablo dirá a los creyentes: «el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros» (1 Cor 3,17).

Rafael pintó la escena en el Vaticano para el papa Julio II, y los Museos Vaticanos explican que, con las otras pinturas de la sala, expresa la protección de Dios sobre la Iglesia, también sobre su patrimonio (ver el recuadro). Es una lectura legítima, pero conviene recordar lo que el texto subraya: Dios defiende el pan de las viudas y de los huérfanos, y la historia termina con un enemigo curado y convertido en testigo. Las demás apariciones del libro están en el cuadro del capítulo 10.

PAUSA

1. Onías rezó por Heliodoro, que había venido a despojar el templo. ¿Por quién que te ha hecho daño te cuesta rezar?
2. Toda la ciudad, hasta las doncellas que vivían encerradas, salió a orar. ¿Cómo te unes tú a la oración de tu comunidad en los momentos de peligro?
3. Heliodoro volvió a su rey contando «las obras maravillosas del gran Dios». ¿Qué maravillas de Dios has visto tú y no cuentas?

Para orar. *Señor, que defiendes a los pequeños y escuchas al que ruega por sus enemigos, enséñame a interceder como Onías.*

4

El sumo sacerdocio en venta

Las calumnias de Simón obligan a Onías a ir a ver al rey (vv. 1-6). Con el nuevo rey, Antíoco IV, Jasón compra el sumo sacerdocio y convierte Jerusalén en una ciudad griega: gimnasio, efebia, sacerdotes que dejan el altar por la palestra (vv. 7-17), una embajada a los juegos de Tiro y la visita del rey (vv. 18-22). Menelao ofrece más dinero y le quita el cargo, roba vasos del templo y hace asesinar a Onías (vv. 23-38). El pueblo se levanta contra Lisímaco, y Menelao compra su absolución mientras mueren los inocentes (vv. 39-50). La ruina del santuario viene de dentro, y llega por el dinero.

Las calumnias de Simón

1 Mas el mencionado Simón, que en daño de la patria había
denunciado aquel tesoro, hablaba mal de Onías, como si
éste hubiese instigado a Heliodoro a hacer tales cosas, y
sido el autor de aquellos males; 2 y al protector de la ciu-
dad, al defensor de su nación, al celador de la ley de
Dios [1], tenía el atrevimiento de llamarlo traidor del reino.
3 Mas como estas enemistades pasasen a tal extremo, que
se cometían hasta asesinatos por algunos amigos de Si-
món; 4 considerando Onías los peligros de la discordia, y
que Apolonio, gobernador de la Celesiria y de la Fenicia,

atizaba con su furor o imprudencia la malignidad de Simón, se fue a presentar al rey, 5 no para acusar a sus conciudadanos, sino únicamente con el fin de atender al bien común de todo su pueblo, que es lo que él se proponía, 6 pues estaba viendo que era imposible pacificar los ánimos, ni el contener la locura de Simón sin una providencia del rey.

Jasón y la Jerusalén griega

7 Mas después de la muerte de Seleuco, habiéndole sucedido en el reino su hermano Antíoco, llamado el ilustre, Jasón, hermano de Onías, aspiraba con ansia al sumo sacerdocio [2]. 8 Pasó a dicho fin a presentarse al rey, y le prometió trescientos sesenta talentos de plata, y otros ochenta talentos por otros títulos; 9 con más otros ciento cincuenta que ofrecía dar, si se le concedía facultad de establecer un gimnasio, y un centro de deportes para los jóvenes [3], y que los moradores de Jerusalén gozasen del derecho de que gozaban los ciudadanos de Antioquía.

10 Habiéndole, pues, otorgado el rey lo que pedía, y obtenido el principado, comenzó al instante a hacer tomar a sus paisanos los usos y costumbres de los gentiles. 11 Y desterrando la manera de vivir según la ley, que los reyes por un efecto de su bondad a favor de los judíos habían aprobado, mediante los buenos oficios de Juan, padre de Eupólemo [4] (el que fue enviado de embajador a los roma-

nos para renovar la amistad y alianza), establecía Jasón leyes perversas, trastornando los derechos legítimos de los ciudadanos. 12 Pues tuvo el atrevimiento de establecer bajo del alcázar mismo de Jerusalén un gimnasio [5], y de exponer en lugares infames la flor de la juventud [6];

13 siendo esto no un principio, sino un progreso y consumación de la vida pagana y extranjera [7], introducida con detestable e inaudita maldad por el no sacerdote, sino intruso e impío Jasón. 14 Llegó la cosa a tal estado, que los sacerdotes no se aplicaban ya al ministerio del altar, sino que despreciando el templo y olvidando los sacrificios, corrían como los demás, a la palestra, y a los premios indignos, y a ejercitarse en el juego del disco [8]. 15 Considerando en nada los honores patrios, apreciaban más las glorias que venían de la Grecia; 16 por cuya adquisición se excitaba entre ellos una peligrosa emulación; de suerte que hacían alarde de imitar los usos de los griegos, y de parecer semejantes a aquellos mismos que poco antes habían sido sus mortales enemigos. 17 Pero obrar impíamente contra las leyes de Dios no queda sin castigo [9], como se verá en los tiempos siguientes.

18 Como se celebrasen, pues, en Tiro los juegos olímpicos de cada cinco años [10], y el rey estuviese presente, 19 envió el malvado Jasón desde Jerusalén unos hombres perversos a llevar trescientas monedas de plata para el sacrificio

de Hércules [11]; pero los mismos que las llevaron, pidieron que no se expendiesen en los sacrificios, por no ser conveniente tal aplicación, sino que se empleasen en otros objetos. [20] Y así, aunque el donador de estas monedas las había ofrecido para el sacrificio de Hércules, las emplearon, a instancias de los conductores, en la construcción de galeras.

[21] Mas Antíoco, habiendo enviado a Egipto a Apolonio, hijo de Menesteo, a tratar con los grandes de la corte del rey Tolomeo Filométor [12], luego que vio que le excluía del manejo de los negocios de aquel reino, atendiendo sólo a sus propios intereses, partió de allí y se vino a Joppe, desde donde pasó a Jerusalén, [22] y recibido con toda pompa por Jasón y por toda la ciudad, hizo su entrada en ella en medio de luminarias y aclamaciones públicas; y desde allí volvió a Fenicia con su ejército.

Menelao y el asesinato de Onías

[23] Tres años después envió Jasón a Menelao, hermano del mencionado Simón [13], a llevar dinero al rey, y a recibir órdenes de éste sobre negocios de importancia. [24] Mas habiéndose granjeado Menelao la voluntad del rey, porque supo lisonjearlo ensalzando la grandeza de su poder, se alzó con el sumo sacerdocio, dando trescientos talentos de plata más de lo que daba Jasón. [25] Y recibidas las órdenes del rey, se volvió. Y en verdad que nada se veía en él digno

del sacerdocio; pues tenía el corazón de un cruel tirano, y
la rabia de una bestia feroz [14]. 26 De esta suerte Jasón, que
había vendido a su propio hermano Onías, engañado aho-
ra él mismo, huyó como desterrado al país de los amoni-
tas.

27 Menelao, así que obtuvo el principado, no se cuidó de
enviar al rey el dinero que le había prometido, no obstante
que Sóstrato, comandante del alcázar, lo estrechaba al
pago, 28 pues estaba a cargo de éste la cobranza de los tribu-
tos. Por esta causa fueron citados ambos a comparecer
ante el rey. 29 Y Menelao fue depuesto del sumo sacerdocio,
sucediéndole su hermano Lisímaco; y a Sóstrato le dieron
el gobierno de Chipre.

30 Mientras sucedían estas cosas, los de Tarso y de Malo
suscitaron una sedición porque habían sido donados a An-
tióquide, concubina del rey [15]. 31 Con este motivo pasó el
rey allá apresuradamente a fin de apaciguarlos, dejando
por su lugarteniente a Andrónico, uno de sus amigos.
32 Menelao entonces creyendo que la ocasión era oportu-
na, hurtando del templo algunos vasos de oro, dio una
parte de ellos a Andrónico, y vendió la otra en Tiro y en las
ciudades cercanas.

33 Lo que sabido con certeza por Onías, le reprendía por
esta acción desde un sitio de Antioquía cercano al templo
de Dafne, donde se hallaba refugiado [16]. 34 Por esta causa

pasó Menelao a ver a Andrónico, y le rogó que hiciese matar a Onías; Andrónico fue a visitar a Onías; y habiéndole alargado su mano derecha, y jurándole que no le haría daño, le persuadió (a pesar de que Onías no se fiaba enteramente de él) a que saliese del asilo [17]; mas al punto que salió, le quitó la vida, sin tener ningún miramiento a la justicia.

35 Con este motivo, no solamente los judíos, sino también
las demás naciones se irritaron, y llevaron muy a mal la
injusta muerte de un varón tan grande. 36 Y así habiendo el
rey vuelto de Cilicia, se le presentaron en Antioquía los ju-
díos y los mismos griegos a querellarse de la inicua muerte
de Onías. 37 Y Antíoco, afligido en su corazón y enternecido por la muerte de Onías, prorrumpió en llanto, acordándose de la sobriedad y modestia del difunto; 38 y encendiéndose en cólera, mandó que Andrónico, despojado de la púrpura, fuese paseado por toda la ciudad; y que en el mismo lugar en que este sacrílego había cometido tal impiedad contra Onías [18], allí mismo se le quitase la vida. Así le dio el Señor el merecido castigo.

Lisímaco y la absolución comprada

39 Por lo que hace a Lisímaco, habiendo cometido muchos
sacrilegios en el templo, a instigación de Menelao, se había esparcido la fama del mucho oro que de allí había sacado, se sublevó el pueblo contra él. 40 Y amotinándose las

gentes, y encendidos en cólera los ánimos, Lisímaco, armando como unos tres mil hombres, capitaneados por un cierto Tirano, o Aurano [19], tan consumado en malicia como avanzado en edad, empezó a cometer violencias. 41 Mas luego que fueron conocidos los intentos o disposiciones de Lisímaco, unos se armaron de piedras, otros de gruesos garrotes, y otros arrojaban sobre él ceniza, 42 de cuyas resultas muchos quedaron heridos, algunos fueron muertos, y todos los restantes fueron puestos en fuga, perdiendo también la vida junto al erario el mismo sacrílego Lisímaco.

43 De todos estos desórdenes se comenzó a acusar a Menelao; 44 y habiendo llegado el rey a Tiro, pasaron a darle quejas sobre estos sucesos tres diputados enviados por los ancianos. 45 Pero Menelao, conociendo que iba a ser vencido, prometió a Tolomeo una gran suma de dinero [20], con tal que inclinase al rey en su favor. 46 En efecto, Tolomeo entró a ver al rey, que estaba tomando el fresco en una galería, y le hizo cambiar de parecer; 47 de tal suerte, que Menelao, reo de toda maldad, fue plenamente absuelto de sus delitos; y a aquellos infelices que en un tribunal, aunque fuese de bárbaros escitas [21], hubieran sido declarados inocentes, los condenó a muerte. 48 Fueron, pues, castigados inmediatamente, contra toda justicia, aquellos que habían sostenido la causa o intereses del pueblo [22] y de la ciudad,

y la veneración de los vasos sagrados. [49] Pero los mismos vecinos de Tiro, indignados de semejante acción, se mostraron sumamente generosos en la honrosa sepultura que les dieron. [50] Entretanto Menelao conservaba la autoridad por medio de la avaricia de aquellos que tenían el poder del rey, y crecía en malicia para daño de sus conciudadanos.

¿Sabías que?

Más de cinco siglos después de la muerte de Onías, Dafne seguía siendo el gran santuario de Apolo junto a Antioquía. Cuando el emperador Juliano el Apóstata quiso restaurar allí el culto pagano, en el año 362, el oráculo callaba, y el emperador mandó sacar de Dafne los restos del obispo mártir san Babilas, enterrado junto al santuario. Según san Juan Crisóstomo, que predicó sobre el suceso en Antioquía, poco después del traslado de las reliquias un rayo incendió la estatua del dios, y el emperador no se atrevió a volver a techar el templo; en tiempos del predicador todavía se veían en pie sus muros (*Homilía sobre san Babilas*).

Jerusalén, ciudad griega: las novedades de Jasón

Novedad	Qué era	Cita
El sumo sacerdocio comprado	360 talentos y 80 más (Jasón); 300 más que Jasón (Menelao)	4,8.24
El gimnasio	Escuela de ejercicio y cultura griega (γυμνάσιον), «bajo del alcázar»	4,9.12; 1 Mac 1,15
La efebía	Formación de los jóvenes ciudadanos (ἐφηβεῖον): el «centro de deportes»	4,9
Los «antioquenos»	Una ciudadanía griega, como la de Antioquía (150 talentos)	4,9.19
El pétaso	Sombrero de los efebos (πέτασος); la Vulgata: «lupanares»	4,12
La palestra y el disco	Los sacerdotes dejan el altar y los sacrificios	4,14
Las glorias de Grecia	«Apreciaban más las glorias que venían de la Grecia»	4,15-16
Los juegos de Tiro	Ante el rey; 300 monedas para Hércules (Melqart)	4,18-20
El rey, con antorchas	Entrada solemne de Antíoco IV en Jerusalén	4,22
Los nombres griegos	Jasón (Jesús); Menelao (Onías, según Torres Amat)	4,7.23
«Helenismo»	Ἑλληνισμός, frente al «judaísmo» (Ἰουδαϊσμός)	4,13; 2,22; 8,1; 14,38

1 Mac 1,11-16 lo resume sin nombrar a Jasón ni a Menelao. Torres Amat anota que en el gimnasio (de *gymnós*, «desnudo») «se corrompían las costumbres». Comprar lo sagrado es simonía (Catecismo, n. 2121).

PARA PROFUNDIZAR

«Un progreso y consumación de la vida pagana»: Jasón, Menelao y el sacerdocio en venta

El capítulo 3 terminaba con el templo defendido por el cielo; el capítulo 4 cuenta cómo se perdió. No lo pierde un enemigo de fuera, sino los que debían guardarlo. Los hechos se suceden en pocos años: las calumnias de Simón obligan a Onías a ir a la corte (4,1-6); con el nuevo rey, Antíoco IV, Jasón compra el sumo sacerdocio (4,7-10), funda un gimnasio y una efebía junto al templo (4,9-12), y los sacerdotes dejan el altar para correr a la palestra (4,14-15); tres años después, Menelao ofrece más y se queda con el cargo (4,23-26), roba vasos del templo, hace matar a Onías (4,32-34) y compra su absolución mientras mueren los inocentes que defendían la ciudad (4,43-50).

La novedad es grave. El sumo sacerdocio pertenecía por nacimiento a la familia de Sadoc y era vitalicio; ahora se convierte en un cargo que se compra a un rey extranjero y se subasta. Jasón era hermano del sumo sacerdote legítimo; Menelao, hermano del benjaminita Simón, quizá ni siquiera de familia sacerdotal (ver nota a 4,23). El rey que vende puede también quitar, y desde entonces los sumos sacerdotes dependerán de los reyes, como mostrará 1 Macabeos (ver el ensayo del capítulo 10 de 1 Macabeos y su cuadro de los sumos sacerdotes).

El autor da nombre a lo que está en juego: el hellenismós, el «helenismo», frente al iudaismós, el «judaísmo» (4,13; ver nota a 4,13). No condena la lengua ni la cultura griegas: escribe en griego, cuida su estilo y compara su trabajo con el de un decorador

(2,26-32). Lo que denuncia es el abandono de la alianza por el prestigio: «considerando en nada los honores patrios, apreciaban más las glorias que venían de la Grecia» (4,15). La relación entre fe y cultura, y el paso de la cultura a la idolatría, se tratan en el ensayo del capítulo 1 de 1 Macabeos; aquí el autor mira al sacerdocio.

El relato está lleno de ironías. Los enviados de Jasón a los juegos de Tiro, ciudadanos de la nueva Jerusalén griega, tienen escrúpulos de pagar el sacrificio de Hércules (4,18-20), mientras el sumo sacerdote no los tiene. Los paganos dan lecciones de justicia a los «helenizantes»: los griegos de Antioquía se indignan por el asesinato de Onías (4,35-36), el mismo rey llora la «sobriedad y modestia del difunto» (4,37), y los tirios entierran con honor a los inocentes que Menelao hizo condenar (4,49). Y la máxima del autor se cumple una y otra vez: «obrar impíamente contra las leyes de Dios no queda sin castigo» (4,17). Andrónico muere en el lugar de su crimen (4,38), Lisímaco junto al tesoro que saqueaba (4,42), y Jasón y Menelao tendrán un fin miserable (5,8-10; 13,3-8).

La Iglesia llama simonía a la compra o venta de cosas espirituales, por Simón el mago, que quiso comprar a los apóstoles el poder de dar el Espíritu: «es imposible apropiarse de los bienes espirituales... pues tienen su fuente en Dios. Sólo es posible recibirlos gratuitamente de Él» (Catecismo, n. 2121; Hch 8,18-24; Mt 10,8). La cuenta entre los pecados de irreligión (n. 2139), y llama corrupción a todo lo que vicia el juicio de quienes deben decidir conforme a derecho (n. 2409), como el soborno que absolvió a Menelao (4,45-47). Jesús expulsará del templo a los vendedores:

«mi casa será llamada casa de oración, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» (Mt 21,13).

La carta a los Hebreos ofrece el contraste: «nadie se arroga este honor, sino el que es llamado por Dios», y Cristo no se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote (Hb 5,4-5); es el sumo sacerdote «santo, inocente, inmaculado» que necesitábamos (Hb 7,26). La historia de Jasón y Menelao sigue siendo una advertencia para todo el que sirve en la casa de Dios: el santuario se pierde cuando lo santo se convierte en carrera, en negocio o en escalón. Ver el cuadro «Jerusalén, ciudad griega».

PAUSA

1. Jasón y Menelao compraron con dinero lo que era un servicio sagrado. ¿Hay algo santo en tu vida que tratas como mercancía o como escalón para subir?
2. Los sacerdotes dejaron el altar para correr a la palestra. ¿Qué te distrae a ti de lo que Dios te ha confiado?
3. Los tirios, que eran paganos, honraron a los inocentes condenados. ¿Sabes reconocer la justicia y la bondad donde no las esperas?

Para orar. *Señor, sumo sacerdote fiel, purifica a tu Iglesia de toda codicia y dame un corazón que no se venda.*

5

Antíoco saquea el templo

Mientras Antíoco IV guerrea en Egipto, Jerusalén se desgarra por dentro. El capítulo tiene tres tiempos: los prodigios en el cielo y el golpe de Jasón, que termina muriendo desterrado y sin sepultura (vv. 1-10); la venganza del rey, que mata, vende esclavos y entra en el templo guiado por el sumo sacerdote (vv. 11-21); y los gobernadores crueles, la matanza de Apolonio en sábado y la retirada de Judas Macabeo al desierto (vv. 22-27). En el centro, el compendiador da la clave de todo el libro: «Dios no escogió al pueblo por amor del lugar o templo, sino a éste por amor al pueblo» (v. 19).

Prodigios en el cielo y la guerra de Jasón

1 Se hallaba Antíoco por este mismo tiempo haciendo los
preparativos para la segunda expedición contra Egipto [1].
2 Y sucedió entonces que por espacio de cuarenta días se
vieron en toda la ciudad de Jerusalén correr de parte a
parte por el aire hombres a caballo [2], vestidos de telas de
oro, y armados de lanzas, como si fuesen escuadrones de
caballería. 3 Se vieron caballos, ordenados en filas, que co-
rriendo se atacaban unos a otros, y movimientos de escu-
dos, y una multitud armada con cascos y espadas desnu-
das, y tiros de dardos, y el resplandor de armas doradas y

de todo género de corazas. [4] Por tanto, rogaban todos a Dios que tales prodigios se tornasen en bien del pueblo.

[5] Mas habiéndose esparcido el falso rumor de que Antíoco había muerto [3], tomando Jasón consigo mil hombres acometió de improviso a la ciudad, y aunque los ciudadanos acudieron al instante a las murallas, al fin se apoderó de ella, y Menelao huyó al alcázar. [6] Pero Jasón, como si creyese ganar un triunfo sobre sus enemigos y no sobre sus conciudadanos, hizo una horrible carnicería en la ciudad, no parando la consideración en que es un grandísimo mal ser feliz en la guerra que se hace a los de su propia sangre [4]. [7] Esto no obstante, no pudo conseguir ponerse en posesión del principado; antes bien todo el fruto que sacó de sus traiciones fue la propia ignominia; y viéndose precisado nuevamente a huir, se retiró al país de los amonitas. [8] Finalmente fue puesto en prisión por Aretas, rey de los árabes [5], que quería acabar con él; y habiéndose podido escapar, andaba de ciudad en ciudad aborrecido de todo el mundo; y como prevaricador de las leyes, y como un hombre execrable, y enemigo de la patria y de los ciudadanos, fue arrojado a Egipto. [9] Y de esta suerte, aquel que había arrojado a muchos fuera de su patria, murió desterrado de ella, habiéndose ido a Lacedemonia, creyendo que allí encontraría algún refugio a título de parentesco [6], [10] y el que había mandado arrojar los cadá-

veres de muchas personas sin darles sepultura, fue arrojado insepulto [7], y sin ser llorado de nadie, no habiendo podido hallar sepulcro ni en su tierra propia, ni en la extraña.

El rey en el templo

[11] Pasadas así estas cosas, entró el rey en sospecha de que los judíos iban a abandonar la alianza que tenían con él; y así partiendo de Egipto lleno de furor, se apoderó de la ciudad a mano armada, [12] y mandó a los soldados que matasen indistintamente a cuantos encontrasen sin perdonar a nadie, y que entrando también por las casas pasasen a cuchillo toda la gente; [13] de manera que se hizo una carnicería general de jóvenes y de ancianos, y de mujeres con sus hijos, y de doncellas y de niños; [14] tanto, que en el espacio de aquellos tres días fueron ochenta mil los muertos, cuarenta mil los cautivos [8], y otros tantos los vendidos por esclavos.

[15] Mas ni aun con esto quedó satisfecho Antíoco; sino que además cometió el arrojo de entrar en el templo [9], lugar el más santo de toda la tierra, conducido por Menelao, traidor a la patria y a las leyes; [16] y tomando con sus sacrílegas manos los vasos sagrados, que otros reyes y ciudades habían puesto allí [10] para ornamento y gloria de aquel lugar sagrado, los manoseaba de una manera indigna, y los profanaba.

17 Así Antíoco, perdida toda la luz de su entendimiento [11],
no veía que si Dios mostraba por un poco de tiempo su in-
dignación contra los habitantes de la ciudad, era por causa
de los pecados de ellos; y que por lo mismo había experi-
mentado semejante profanación aquel lugar santo,
18 porque de otra suerte, si no hubieran estado envueltos
en muchos delitos, este príncipe, como le sucedió a
Heliodoro [12], enviado del rey Seleuco para saquear el teso-
ro del templo, hubiera sido azotado luego que llegó, y pre-
cisado a desistir de su temeraria empresa. 19 Pero Dios no
escogió al pueblo por amor del lugar o templo, sino a éste
por amor al pueblo [13]. 20 Por este motivo este lugar mismo
ha participado de los males que han acaecido al pueblo, así
como tendrá también parte en los bienes que aquél reciba;
y el que ahora se ve abandonado por efecto de la indigna-
ción del Dios Todopoderoso, será nuevamente ensalzado a
la mayor gloria [14], aplacado que esté aquel gran Señor.
21 Habiendo, pues, Antíoco sacado del templo mil ocho-
cientos talentos, se volvió apresuradamente a Antioquía,
dominado en tal manera de la soberbia y presunción de
ánimo, que se imaginaba poder llegar a navegar sobre la
tierra y a caminar sobre el mar a pie enjuto [15].

Gobernadores crueles; Judas en el desierto

22 Pero a su partida dejó allí gobernadores para que vejasen
la nación, a saber, en Jerusalén a Filipo, originario de

Frigia [16], aún más cruel que su amo; [23] y en Garizim a Andrónico y a Menelao, más encarnizados aún que los otros contra los ciudadanos.

[24] Y siguiendo Antíoco muy enconado contra los judíos, les envió por comandante al detestable Apolonio [17] con un ejército de veintidós mil hombres, con orden de degollar a todos los adultos, y de vender las mujeres y niños. [25] Llegado, pues, este general a Jerusalén, aparentando paz, se estuvo quieto hasta el santo día del sábado [18]; mas en este día en que los judíos observaban el descanso, mandó a sus tropas que tomasen las armas, [26] y mató a todos los que se habían reunido para ver aquel espectáculo; y discurriendo después por toda la ciudad con sus soldados, quitó la vida a una gran cantidad de gentes.

[27] Judas Macabeo, que era uno de los diez [19] que se habían retirado a un lugar desierto, pasaba la vida con los suyos en los montes, entre las fieras, alimentándose de hierbas, a fin de no tener parte en las profanaciones.

¿Sabías que?

En el 168 a. C., durante su segunda campaña en Egipto, a Antíoco IV le salió al encuentro un embajador de Roma, Cayo Popilio Lenas, con un decreto del Senado que le mandaba retirarse. Según el historiador griego Polibio, el rey lo leyó y dijo que quería consultarlo con sus amigos; entonces Popilio trazó con una vara de sarmiento un círculo alrededor de él y le dijo que no saliera de allí sin dar su respuesta. Antíoco, atónito, cedió, y volvió con su ejército a Siria «dolido y quejándose», pero plegándose a las circunstancias (*Historias* XXIX,27). Roma acababa de vencer a Perseo de Macedonia. La Vulgata de Daniel nombra a los romanos en su profecía sobre este rey: «vendrán contra él naves y romanos… y se indignará contra la alianza del santuario» (Dn 11,30). Muchos historiadores piensan que aquella humillación ayuda a entender la dureza con que el rey se volvió después contra Jerusalén.

PARA PROFUNDIZAR

«Para corregir, no para exterminar»: el templo, el castigo y la misericordia

En el capítulo 3, un ministro del rey quiso apoderarse del tesoro del templo y fue azotado por jinetes del cielo. En el capítulo 5, el rey en persona entra en el santuario, lo saquea guiado por el sumo sacerdote y vuelve a Antioquía cargado de plata. ¿Ha dejado Dios de defender su casa? El compendiador responde antes de contar lo peor, con una teología de la historia en tres afirmaciones repartidas entre los capítulos 5, 6 y 7. La *Enciclopedia Católica*

(1910) la resumía así: Dios no olvida su alianza ni abandona a los suyos si ellos no lo abandonan antes; sus tribulaciones son castigo de la infidelidad y cesarán con la conversión.

La primera afirmación es que «Dios no escogió al pueblo por amor del lugar o templo, sino a éste por amor al pueblo» (5,19; ver nota a 5,19). El templo no es un talismán que obligue a Dios: es el lugar de la alianza, y comparte la suerte del pueblo, sus males y sus bienes (5,20). Ya Jeremías denunció en la puerta del templo a los que repetían «¡el templo del Señor!» mientras robaban y seguían a otros dioses (Jr 7,1-15; ver en 1 Samuel el ensayo «El arca cautiva: cuando Dios no se deja usar»). El libro no rebaja el templo, «el más célebre que hay en el mundo» (2,23): lo pone en su sitio. Jesús llevará esa lógica a su término al presentarse él mismo como el templo (Jn 2,19-21) y anunciar la hora en que el Padre será adorado «en espíritu y en verdad» (Jn 4,21-24; Catecismo, n. 586).

La segunda está en el paréntesis de 6,12-17 (ver nota a 6,12): los sufrimientos del pueblo no son «para exterminar, sino para corregir». Dios trata de modo distinto a las naciones y a Israel: a aquellas las deja llegar a la medida de sus pecados y las juzga al final (Gn 15,16); a su pueblo lo corrige pronto, para que el pecado no llegue a su colmo. Es la pedagogía del padre que corrige a su hijo (Dt 8,5; Prov 3,11-12), y la carta a los Hebreos usa la misma palabra griega, *paideía*: Dios nos trata como a hijos (Hb 12,5-11). La conclusión es de consuelo: Dios «nunca retira de nosotros su misericordia» (6,16), como había prometido a David (2 Sam 7,14-15; ver nota a 6,16).

La tercera afirmación sorprende. Los siete hermanos del capítulo 7 son inocentes, y sin embargo dicen: «padecemos esto por nuestros pecados» (7,18.32). Se ponen dentro de su pueblo, como Daniel o Nehemías cuando oraban «hemos pecado» (Dn 9,5; Neh 1,6). Y dan un paso más: ofrecen su muerte para que la ira de Dios «tenga fin» en ellos (7,37-38; ver nota a 7,37). El relato les da la razón: en el capítulo siguiente, «la indignación del Señor contra su pueblo se había ya convertido en misericordia» (8,5). La corrección se cierra con la ofrenda de unos inocentes.

Esta teología tiene raíces antiguas: las bendiciones y maldiciones del Deuteronomio (Dt 28) y el ciclo de pecado, castigo, súplica y salvación de los Jueces (Jue 2,11-19; ver el ensayo «El ciclo de los jueces»). Pero la Biblia misma impide convertirla en una regla mecánica, como si cada desgracia fuera el castigo de quien la sufre. Job es inocente, y sus amigos se equivocan al buscarle una culpa; Jesús rechaza la pregunta sobre el ciego de nacimiento, «ni éste pecó, ni sus padres» (Jn 9,3), y la de los galileos asesinados por Pilato (Lc 13,1-5). El Catecismo reconoce que a la pregunta por el mal «no se puede dar una respuesta simple» (n. 309) y que Dios puede sacar un bien del mal sin que el mal se convierta en bien (n. 312). Tobías y Judit tratan la misma pregunta desde otros ángulos (ver los ensayos «Dos oraciones a la misma hora» en Tobías y «Cinco días» en Judit).

Lo nuevo de 2 Macabeos no es la idea del castigo, sino lo que la rodea: el sufrimiento del justo no termina en la muerte, porque Dios lo resucitará (ver el ensayo del capítulo 7), y puede servir a otros. Los cristianos leen estas páginas a la luz de la cruz, donde el Inocente cargó con el pecado de muchos (Is 53,4-12). Quien su-

fre no tiene por qué concluir que Dios lo castiga; puede, en cambio, hacer suya la oración del pueblo ante los prodigios del cielo: que todo «se torne en bien» (5,4; Rm 8,28).

PAUSA

1. Jasón no vio que su victoria contra los suyos era la peor de las derrotas. ¿Hay alguna «victoria» en tu familia o en tu comunidad que en realidad haya sido una derrota?
2. «Dios no escogió al pueblo por amor del lugar, sino al lugar por amor al pueblo.» ¿Cuidas las formas de tu fe sin olvidar a las personas para las que existen?
3. Judas se retiró al desierto antes que contaminarse. ¿De qué necesitas apartarte para no perder tu fidelidad?

Para orar. *Señor, que tu casa sea para mí lugar de encuentro con mis hermanos, y que en la prueba sepa pedirte que todo se torne en bien.*

6

La persecución y el martirio de Eleázaro

La persecución llega a su punto más alto. El capítulo tiene tres partes: el decreto del rey, que consagra el templo a Júpiter Olímpico, impone los sacrificios y las fiestas paganas y castiga con la muerte la circuncisión y el sábado (vv. 1-11); un paréntesis en que el compendiador habla directamente al lector para explicarle el sentido de tanto dolor (vv. 12-17); y la muerte del anciano Eleázaro, que se niega no solo a comer carne de cerdo, sino a fingir que la come (vv. 18-31). Es el primero de los mártires del libro, y su ejemplo abre el capítulo siguiente.

Júpiter en el templo de Jerusalén

[1]De allí a poco tiempo envió el rey un senador de Antioquía [1], para que compeliese a los judíos a abandonar las leyes de su Dios y de sus padres, [2]y para profanar el templo de Jerusalén, y consagrarlo a Júpiter Olímpico [2], como también el de Garizim en Samaria a Júpiter extranjero, u hospedador, por ser extranjeros los habitantes de aquel lugar [3]. [3]Así que se vio caer entonces de un golpe sobre todo el pueblo un diluvio terrible de males; [4]porque el templo estaba lleno de desórdenes y de orgías propias de los gentiles [4], y de hombres disolutos mezclados con rameras, y de mujeres que entraban con descaro en los luga-

res sagrados, llevando allí cosas que no era lícito llevar.
5 El mismo altar se veía lleno de cosas ilícitas y prohibidas
por las leyes.

6 No se guardaban ya los sábados ni se celebraban las fiestas solemnes del país, y nadie se atrevía a confesar sencillamente que era judío [5]. 7 El día del cumpleaños del rey [6]
los hacían ir a dura y viva fuerza a los sacrificios profanos;
y cuando se celebraba la fiesta de Baco, los precisaban a ir
por las calles coronados de hiedra [7] en honor de dicho
ídolo. 8 A sugestión de los de Tolemaida se publicó en las
ciudades de los gentiles, vecinas a Judea, un edicto por el
cual se les daba facultad para obligar en aquellos lugares a
los judíos a que sacrificasen, 9 y para quitar la vida a todos
aquellos que no quisiesen acomodarse a las costumbres de
los gentiles. Así, pues, no se veían más que miserias.

10 En prueba de ello, habiendo sido acusadas dos mujeres
de haber circuncidado a sus hijos [8], las pasearon públicamente por la ciudad, con los hijos colgados a sus pechos, y
después las precipitaron desde lo alto de la muralla.
11 Asimismo algunos otros que se juntaban en las cuevas
vecinas para celebrar allí secretamente el día del sábado,
habiendo sido denunciados a Filipo, fueron quemados vivos, porque tuvieron escrúpulo de defenderse [9] por respeto a la religión y a la santidad de aquel día.

Para corregir, no para exterminar

12 (Ruego ahora a los que lean este libro, que no se escandalicen a vista de tan desgraciados sucesos; sino que consideren que estas cosas acaecieron, no para exterminar, sino para corregir a nuestra nación [10]. 13 Porque señal es de gran misericordia hacia los pecadores no dejarlos vivir largo tiempo a su antojo, sino aplicarles prontamente el azote para que se enmienden. 14 En efecto, el Señor no se porta con nosotros como con las demás naciones, a las cuales sufre ahora con paciencia para castigarlas en el día del juicio, colmada que sea la medida de sus pecados [11]: 15 No así con nosotros, sino que nos castiga sin esperar a que lleguen a su colmo nuestros pecados. 16 Y así nunca retira de nosotros su misericordia [12], y cuando aflige a su pueblo con adversidades, no le desampara. 17 Pero baste lo poco que hemos dicho, para que estén advertidos los lectores; y volvamos ya a tomar el hilo de la historia).

El martirio de Eleázaro

18 Eleázaro, pues, uno de los primeros doctores de la ley [13], varón de edad provecta, y de venerable presencia, fue estrechado a comer carne de cerdo, y se le quería obligar a ello abriéndole por fuerza la boca. 19 Mas él, prefiriendo una muerte llena de gloria a una vida aborrecible, caminaba voluntariamente por su pie al suplicio [14]. 20 Y considerando cómo debía portarse en este lance, sufriendo con

paciencia, resolvió no hacer por amor a la vida ninguna cosa contra la ley [15].

[21] Pero algunos de los que se hallaban presentes, movidos de una cruel compasión [16], y en atención a la antigua amistad que con él tenían, tomándolo aparte, le rogaban que les permitiese traer carnes de las que le era lícito comer, para poder así aparentar que había cumplido la orden del rey, de comer carnes sacrificadas a los ídolos, [22] a fin de que de esta manera se libertase de la muerte. De esta especie de humanidad usaban con él por un efecto de la antigua amistad que le profesaban.

[23] Pero Eleázaro, dominado de otros sentimientos dignos de su edad y de sus venerables canas, como asimismo de su antigua nativa nobleza, y de la buena conducta que había observado desde niño, respondió súbitamente, conforme a los preceptos de la ley santa establecida por Dios, y dijo que más bien quería morir [17]; [24] porque no es decoroso a nuestra edad, les añadió, usar de esta ficción [18], la cual sería causa que muchos jóvenes, creyendo que Eleázaro en la edad de noventa años se había pasado a la vida o religión de los gentiles, [25] cayesen en error a causa de esta ficción mía, por conservar yo un pequeño resto de esta vida corruptible; además de que echaría sobre mi ancianidad la infamia y execración. [26] Fuera de esto, aun cuando pudiese librarme al presente de los suplicios de los hombres, no

podría yo, ni vivo ni muerto, escapar de las manos del Todopoderoso [19]. [27] Por lo cual muriendo valerosamente, me mostraré digno de la ancianidad a que he llegado; [28] y dejaré a los jóvenes un ejemplo de fortaleza [20] si sufriere con ánimo pronto y constante una muerte honrosa en defensa de una ley la más santa y venerable. Luego que acabó de decir esto, fue conducido al suplicio.

[29] Y aquellos que le llevaban, y que poco antes se le habían mostrado muy humanos, pasaron a un extremo de furor por las palabras que había dicho; las cuales creían efecto de arrogancia. [30] Estando ya para morir a fuerza de los golpes que descargaban sobre él, arrojó un suspiro, y dijo: Señor, tú que tienes la ciencia santa, tú sabes bien que habiendo yo podido librarme de la muerte, sufro en mi cuerpo atroces dolores; pero mi alma los padece de buena gana [21] por tu santo temor. [31] De esta manera, pues, murió Eleázaro, dejando no solamente a los jóvenes, sino también a toda su nación en la memoria de su muerte un dechado de virtud y de fortaleza [22].

¿Sabías que?

Fuera de la Biblia se conserva un Cuarto libro de los Macabeos, escrito en griego por un judío, según muchos estudiosos en el siglo I de nuestra era. La *Enciclopedia Católica* (1910) lo describe como un tratado filosófico judeoestoico sobre el dominio de la razón piadosa sobre las pasiones, que toma los martirios de Eleázaro y de los siete hermanos (2 Mac 6,18 – 7) como ejemplos. Allí el anciano discute largamente con Antíoco, y la madre recibe un elogio extenso. Torres Amat lo menciona en su prólogo como «una amplificación, escrita por el historiador Josefo, de la historia del santo anciano Eleázaro y de los siete hermanos»: la atribución a Josefo es antigua, pero hoy se rechaza. Algunos grandes manuscritos griegos de la Biblia lo copian junto a los demás libros de los Macabeos; la Iglesia nunca lo ha recibido como Escritura.

PARA PROFUNDIZAR

Eleázaro: morir antes que fingir

La escena es breve (6,18-31) y tiene un solo protagonista: un escriba de noventa años, de rostro venerable, a quien quieren hacer comer carne de cerdo abriéndole la boca por la fuerza. El griego dice que escupió la carne y fue por su propio pie al suplicio (ver notas a 6,18 y 6,19). Pero el drama verdadero empieza después. Unos viejos amigos, «movidos de una cruel compasión», le proponen una salida: que traiga carne permitida y aparente comer la del sacrificio; nadie lo sabrá, el rey quedará satisfecho y él vivi-

rá (6,21-22). La elección ya no es entre comer cerdo o no comerlo, sino entre la verdad y la apariencia.

Eleázaro responde «súbitamente», sin necesidad de pensarlo, y da tres razones. La primera es su propia vida: la dignidad de sus canas y la conducta que había observado «desde niño» (6,23); no quiere manchar el final con una mentira. La segunda son los demás: los jóvenes pensarían que el anciano se había pasado «a la vida o religión de los gentiles», y su simulación los haría caer «por conservar yo un pequeño resto de esta vida corruptible» (6,24-25). El Catecismo llama escándalo a lo que induce a otro a hacer el mal, y dice que el que escandaliza «se convierte en tentador de su prójimo» (n. 2284). La tercera es Dios: aunque se librara de los hombres, no escaparía, «ni vivo ni muerto», de las manos del Todopoderoso (6,26; Mt 10,28).

Lo que el libro admira no es, en primer lugar, la observancia de una ley alimentaria. Jesús declaró puros todos los alimentos (Mc 7,19; Catecismo, n. 582), y la Iglesia no impone esa ley a los cristianos; el sentido de las leyes de pureza en la persecución lo explica el ensayo «Eligieron antes morir», en el capítulo 1 de 1 Macabeos. Lo que se admira es la negativa a fingir. El Catecismo define la veracidad como la virtud que evita «la duplicidad, la simulación y la hipocresía» (n. 2468), pide confesar la fe «sin ambigüedad» (n. 2471) y recuerda a los mártires que murieron por no adorar a la Bestia, «negándose incluso a simular su culto» (n. 2113). San Pablo comía de todo, pero pedía abstenerse cuando alguien advertía «esto ha sido sacrificado a los ídolos», por la conciencia

del otro (1 Cor 10,28-29; 8,10-13), y reprochó a Pedro una simulación que arrastró a los demás (Gál 2,11-14).

Los cristianos de las persecuciones reconocieron en Eleázaro su propia tentación. En el siglo III, cuando bastaba un certificado de haber sacrificado a los dioses para salvar la vida, y algunos lo conseguían sin sacrificar, san Cipriano, obispo de Cartago, recordó a Eleázaro: que nadie, cuando se le ofrezca un certificado o cualquier otro medio de engañar, abrace el partido de los que engañan, porque a Dios, juez de la conciencia, no se le puede burlar (*A Fortunato* 11). Un siglo antes, el anciano obispo Policarpo de Esmirna había oído las mismas razones que los amigos de Eleázaro: «¿Qué mal hay en decir "Señor César" y en sacrificar, y así salvarte?»; «ten respeto a tu edad». Respondió: «Ochenta y seis años hace que le sirvo, y ningún mal me ha hecho; ¿cómo puedo blasfemar de mi Rey y mi Salvador?» (*Martirio de Policarpo* 8-9).

Eleázaro muere orando: «sufro en mi cuerpo atroces dolores; pero mi alma los padece de buena gana por tu santo temor» (6,30; ver nota a 6,30). La carta a los Hebreos parece recordarlo entre los que «fueron atormentados» en el *týmpanon* (Hb 11,35), y Torres Amat lo llama, con los Padres que cita, «Padre de los mártires, y Protomártir del Antiguo Testamento». La Iglesia lee su historia el martes de la 33.ª semana del tiempo ordinario en los años impares y en el Común de mártires. El martirio es «el supremo testimonio de la verdad de la fe» (Catecismo, n. 2473), y no todos son llamados a él; pero todos conocen la tentación de la pequeña ficción que evita un problema. Eleázaro enseña además que la vejez no es un retiro de la fidelidad, sino el tiempo en que más se nota: deja «a toda su nación» un dechado de virtud (6,31).

Ver el cuadro de los mártires y sus palabras, después del capítulo 7.

PAUSA

1. Los amigos de Eleázaro le ofrecían salvarse con una pequeña ficción. ¿En qué situaciones te tienta aparentar para evitar un problema?
2. Eleázaro pensó en los jóvenes que lo miraban. ¿Quién aprende de tu manera de vivir la fe?
3. El compendiador pide al lector que no se escandalice de los sufrimientos. ¿Cómo lees las pruebas de tu vida: como castigo o como corrección de un Padre que no abandona?

Para orar. *Señor, dame un corazón sin doblez, que prefiera tu verdad a mi comodidad y deje a otros un buen ejemplo.*

7

La madre y sus siete hijos

Es la página más célebre del libro: siete hermanos y su madre son obligados a comer carne de cerdo ante el rey. El relato avanza con ritmo de letanía: cada hermano muere tras una frase breve (vv. 1-19). En el centro está la madre, que los ve morir en un solo día y los anima en la lengua de sus padres: Dios los formó en su seno y lo creó todo «de la nada», y por eso puede devolverles la vida (vv. 20-29). El más pequeño habla el último y ofrece su vida por el pueblo (vv. 30-42). Pocas páginas del Antiguo Testamento confiesan tan claramente la resurrección.

Los seis primeros hermanos

1 Además de lo referido aconteció que fueron presos siete
hermanos con su madre [1]; y quiso el rey, a fuerza de azo-
tes y tormentos con nervios de toro obligarlos a comer car-
ne de cerdo, contra lo prohibido por la ley. 2 Mas uno de
ellos, que era el primogénito, dijo: ¿Qué es lo que tú pre-
tendes, o quieres saber de nosotros? Dispuestos estamos a
morir antes que quebrantar las leyes patrias que Dios nos
ha dado [2]. 3 Se encendió el rey en cólera, y mandó que se
pusiesen sobre el fuego sartenes y calderas de bronce; así
que estuvieron hechas ascuas, 4 ordenó que se cortase la
lengua al que había hablado el primero, que se le arranca-

se la piel de la cabeza [3], y que se le cortasen las extremidades de las manos y pies, todo a presencia de sus hermanos y de su madre. [5] Y estando ya así del todo inutilizado, mandó traer fuego, y que lo tostasen en la sartén hasta que expirase. Mientras que sufría en ella este largo tormento, los demás hermanos con la madre se alentaban mutuamente a morir con valor, [6] diciendo: El Señor Dios verá la verdad, y se apiadará de nosotros, como lo declaró Moisés cuando protestó en su cántico, diciendo: Será misericordioso con sus siervos [4].

[7] Muerto que fue de este modo el primero, conducían al segundo para atormentarle con escarnio; y habiéndole arrancado la piel de la cabeza con todos los cabellos, le preguntaban si comería antes que ser atormentado en cada miembro de su cuerpo. [8] Pero él respondiendo en la lengua de su patria [5], dijo: No haré tal. Así, pues, sufrió también éste los mismos tormentos que el primero; [9] y cuando estaba ya para expirar, dijo: Tú, ¡oh perversísimo príncipe!, nos quitas la vida presente; pero el rey del universo nos resucitará algún día para la vida eterna [6], por haber muerto en defensa de sus leyes.

[10] Después de éste, vino al tormento el tercero; el cual así que le pidieron la lengua, la sacó al instante, y extendió sus manos con valor, [11] diciendo con gran confianza: Del cielo he recibido estos miembros del cuerpo [7], mas ahora

los desprecio por amor a las leyes de Dios; y espero que los
he de volver a recibir de su misma mano. [12] Dijo esto de
modo que así el rey, como su comitiva, quedaron maravi-
llados del espíritu de este joven que ningún caso hacía de
los tormentos.

[13] Muerto también éste, atormentaron de la misma mane-
ra al cuarto; [14] el cual, estando ya para morir, habló del
modo siguiente: Es gran ventaja para nosotros perder la
vida a manos de los hombres, por la firme esperanza que
tenemos en Dios de que nos la volverá, haciéndonos resu-
citar; pero tu resurrección, ¡oh Antíoco!, no será para la
vida [8].

[15] Habiendo cogido al quinto, lo martirizaban igualmente;
pero él, clavando sus ojos en el rey, le dijo: [16] Teniendo,
como tienes, poder entre los hombres, aunque eres mortal
como ellos, haces tú lo que quieres; mas no imagines por
eso que Dios ha desamparado a nuestra nación. [17] Aguarda
tan solamente un poco y verás la grandeza de su poder, y
cómo te atormentará a ti y a tu linaje [9].

[18] Después de éste, fue conducido al suplicio el sexto; y es-
tando ya para expirar, dijo: No quieras engañarte vana-
mente; pues si nosotros padecemos estos tormentos, es
porque los hemos merecido, habiendo pecado contra
nuestro Dios [10]; y por esto experimentamos cosas tan te-

rribles. [19] Mas no pienses tú quedar impune después de haber osado combatir contra Dios [11].

La madre

[20] Entretanto la madre, sobremanera admirable [12], y digna de vivir eternamente en la memoria de los buenos, viendo perecer en un solo día a sus siete hijos, lo sobrellevaba con ánimo constante por la esperanza que tenía en Dios. [21] Llena de sabiduría, exhortaba con valor, en su lengua nativa, a cada uno de ellos en particular; y juntando un ánimo varonil a la ternura de mujer [13], [22] les decía: Yo no sé cómo fuisteis formados en mi seno [14]; porque ni yo os di el alma, el espíritu y la vida, ni fui tampoco la que coordiné los miembros de cada uno de vosotros; [23] sino el Creador del universo, que es el que formó al hombre en su origen, y el que dio principio a todas las cosas; y él mismo os volverá por su misericordia el espíritu y la vida [15], puesto que ahora por amor de sus leyes no hacéis aprecio de vosotros mismos.

[24] Antíoco, pues, considerándose humillado [16], y creyendo que aquellas voces de los mártires eran un insulto a él, como quedase todavía el más pequeño de todos, comenzó no sólo a persuadirle con palabras, sino a asegurarle también con juramento, que lo haría rico y feliz si abandonaba las leyes de sus padres, y que le tendría por uno de sus amigos, y le daría cuanto necesitase. [25] Pero como ninguna

mella hiciesen en el joven semejantes promesas, llamó el rey a la madre, y le aconsejaba que mirase por la vida y por la felicidad de su hijo. 26 Y después de haberla exhortado con muchas razones, ella le prometió que en efecto persuadiría a su hijo lo que le convenía:

27 a cuyo fin, habiéndose inclinado a él para hablarle, burlando los deseos del cruel tirano [17], le dijo en lengua patria: Hijo mío, ten piedad de mí, que te llevé nueve meses en mis entrañas, que te alimenté por espacio de tres años con la leche de mis pechos [18], y te he criado y conducido hasta la edad en que te hallas. 28 Te ruego, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra, y a todas las cosas que en ellos se contienen; y que entiendas bien que Dios las ha creado todas de la nada [19], como igualmente al linaje humano. 29 De este modo no temerás a este verdugo; antes bien haciéndote digno de participar de la suerte de tus hermanos, abrazarás gustoso la muerte, para que así en el tiempo de la misericordia te recobre yo en el cielo, junto con tus hermanos.

El más pequeño

30 Aún no había acabado de hablar esto, cuando el joven dijo: ¿Qué es lo que esperáis? Yo no obedezco al mandato del rey, sino al precepto de la ley [20] que nos fue dada por Moisés. 31 Mas tú, que eres el autor de todos los males de los hebreos, ten entendido que no evitarás el castigo de

Dios. 32 Porque nosotros padecemos esto por nuestros pecados; 33 y si el Señor nuestro Dios se ha irritado por un breve tiempo contra nosotros, a fin de corregirnos y enmendarnos, él volverá a reconciliarse otra vez con sus siervos.

34 Pero tú, ¡oh malvado y el más abominable de todos los hombres!, no te lisonjees inútilmente con vanas esperanzas, inflamado en cólera contra los siervos de Dios; 35 pues aún no has escapado del juicio del Dios Todopoderoso, que lo está viendo todo. 36 Mis hermanos por haber padecido ahora un dolor pasajero, se hallan ya gozando de la alianza de la vida eterna [21]; mas tú por justo juicio de Dios sufrirás los castigos debidos a tu soberbia. 37 Por lo que a mí toca, hago como mis hermanos el sacrificio de mi cuerpo y de mi vida [22] en defensa de las leyes de mis padres, rogando a Dios que cuanto antes se muestre propicio a nuestra nación, y que te obligue a ti a fuerza de tormentos y de castigos a confesar que él es el solo Dios. 38 Mas la ira del Todopoderoso, que justamente descarga sobre nuestra nación, tendrá fin en la muerte mía y de mis hermanos.

39 Entonces el rey, ardiendo en cólera, descargó su furor sobre éste con más crueldad que sobre todos los otros, sintiendo a par de muerte verse burlado [23]. 40 Murió, pues, también este joven, sin contaminarse, y con una entera confianza en el Señor. 41 Finalmente, después de los hijos

fue también muerta la madre [24]. [42] Pero bastante se ha hablado ya de los sacrificios profanos y de las horribles crueldades de Antíoco.

¿Sabías que?

El Talmud de Babilonia conserva una versión de esta historia, muy posterior y situada en tiempos de los romanos (*Guitín* 57b). Ante «el emperador», cada uno de los siete hijos se niega a adorar un ídolo citando un versículo de la Ley: «Yo soy el Señor tu Dios», «No tendrás otros dioses»... El emperador, compadecido del más pequeño, le propone arrojar al suelo su anillo de sellar para que el niño se incline a recogerlo y así parezca que acepta su autoridad; el niño se niega. La madre pide besarlo antes de que lo maten, y le dice: «Hijo mío, ve y di a tu padre Abrahán: tú ataste un hijo sobre el altar; yo até siete altares». Rav Yehudá les aplica el Salmo 44,23, «por ti nos matan cada día», el mismo versículo que cita san Pablo (Rm 8,36), y una voz del cielo proclama sobre la madre el Salmo 113,9: «madre gozosa de hijos».

Los mártires y sus palabras

Quién	Qué dice	Cita
Eleázaro, de noventa años	«No es decoroso a nuestra edad... usar de esta ficción»	6,24
El primero	«Dispuestos estamos a morir antes que quebrantar las leyes patrias»	7,2
El segundo	«El rey del universo nos resucitará algún día para la vida eterna»	7,9
El tercero	«Del cielo he recibido estos miembros... espero que los he de volver a recibir»	7,11
El cuarto	«Tu resurrección, ¡oh Antíoco!, no será para la vida»	7,14
El quinto	«No imagines... que Dios ha desamparado a nuestra nación»	7,16
El sexto	«Padecemos estos tormentos... porque los hemos merecido»	7,18
La madre	«Yo no sé cómo fuisteis formados en mi seno»; «Dios las ha creado todas de la nada»	7,22.28
El séptimo	«Yo no obedezco al mandato del rey, sino al precepto de la ley»	7,30

La madre muere después de sus hijos (7,41). El Catecismo la cita para la creación de la nada (n. 297), y a sus hijos para la resurrección (n. 992). La liturgia lee estos martirios en la 33.ª semana del tiempo ordinario de los años impares, el domingo 32.º del ciclo C y en el Común de mártires.

La esperanza de la resurrección en la Biblia

Texto	Qué dice	Cita
Ana	«El Señor es el que da la muerte y da la vida»	1 Sam 2,6
Job (Vulgata)	«En esta mi carne veré a mi Dios»	Job 19,25-26
Isaías	«Revivirán tus muertos»	Is 26,19
Ezequiel	Los huesos secos reciben el espíritu: el pueblo revive	Ez 37,1-14
Daniel	Los que duermen en el polvo despertarán, «unos para la vida eterna»	Dn 12,2-3
Los siete hermanos	«Nos resucitará algún día para la vida eterna»	2 Mac 7,9-29
Judas Macabeo	Ora por los muertos porque espera que resucitarán	2 Mac 12,43-46
Razías	«A fin de que se las volviese a dar algún día»	2 Mac 14,46
Sabiduría	«Las almas de los justos están en la mano de Dios»	Sab 3,1
Jesús	Dios «no es Dios de muertos, sino de vivos»	Lc 20,38
San Pablo	Cristo resucitado, «primicia de los que duermen»	1 Cor 15,20

La resurrección «fue revelada progresivamente» (Catecismo, n. 992), y en 2 Macabeos esa esperanza «se expresa con fuerza» (Comisión Bíblica, 2001, n. 31). La Vulgata y Torres Amat leen en Job una resurrección; el hebreo es oscuro.

PARA PROFUNDIZAR

La madre y sus siete hijos: la resurrección y la creación de la nada

San Agustín explicaba que los libros de los Macabeos no los tienen por canónicos los judíos, sino la Iglesia, por los extremos y admirables sufrimientos de ciertos mártires que, antes de que Cristo viniera en la carne, lucharon por la ley de Dios hasta la muerte (*La ciudad de Dios* XVIII,36). El relato tiene ritmo de letanía: siete veces se trae a un hermano, se le tortura y pronuncia una frase antes de morir; en el centro están los dos discursos de la madre (ver el cuadro de los mártires y sus palabras). A la objeción de que está demasiado coloreado, la *Enciclopedia Católica* (1910) respondía que, pese a su forma retórica, es sustancialmente verdadero. Lo que el narrador quiere que se recuerde son las palabras.

La primera es la resurrección. «El rey del universo nos resucitará algún día para la vida eterna» (7,9; ver nota a 7,9); «del cielo he recibido estos miembros… espero que los he de volver a recibir» (7,11); el Creador «os volverá por su misericordia el espíritu y la vida» (7,23; ver también 7,14.29.36). No es la vida de sombras del *sheol*, ni solo la supervivencia del alma: es el cuerpo devuelto. La esperanza tenía raíces: el Dios que «da la muerte y da la vida» (1 Sam 2,6; Dt 32,39), los huesos secos de Ezequiel (Ez 37), el anuncio de Daniel, escrito según muchos estudiosos en estos mismos años (Dn 12,2-3). El Catecismo dice que la resurrección, «revelada progresivamente», se impuso «como una consecuencia intrínseca de la fe en un Dios creador del hombre todo entero,

alma y cuerpo», fiel a su alianza (n. 992). Si los que mueren por su ley terminaran en la nada, Dios no sería fiel: la resurrección es su respuesta al martirio.

La segunda es la creación de la nada, el argumento de la madre (7,22-23.28; ver nota a 7,28). Ella no sabe cómo se formaron sus hijos en su seno, pero sabe que la vida se la dio el que hizo de la nada el cielo y la tierra; y quien pudo darla puede devolverla. El Catecismo cita sus palabras para mostrar que la fe en la creación «de la nada» es «una verdad llena de promesa y de esperanza» (n. 297). La Comisión Bíblica une este versículo a Rm 4,17, donde Abrahán cree en el Dios «que da vida a los muertos y llama a la existencia lo que no existe» (2001, n. 25). Algunos estudiosos observan que el griego, «de lo que no existía», no tiene aún la precisión de la teología posterior; la lógica, en todo caso, es la misma: nada limita al Creador (Hb 11,3).

La tercera palabra es la de la madre misma. No es insensible: «sobrellevaba» la muerte de sus hijos por la esperanza (7,20). Habla a cada uno en la lengua de sus padres, «juntando un ánimo varonil a la ternura de mujer» (7,21), y burla al tirano: promete persuadir a su hijo, y lo persuade de morir fiel (7,26-29). San Ambrosio escribe que miraba los cuerpos de sus hijos como trofeos y oía sus voces como un canto (*De officiis* I,41,212); san Cipriano, que así engendraba a su último hijo «con un parto más dichoso», no para el mundo, sino para Dios (*A Fortunato* 11).

El menor añade la última: ofrece «el sacrificio de mi cuerpo y de mi vida» para que la ira de Dios termine en él y en sus hermanos (7,37-38; ver nota a 7,37). Los cristianos han leído ese ofrecimien-

to a la luz de Cristo, que dio su vida «en rescate por muchos» (Mc 10,45). Su sacrificio es único, pero él quiere asociar a ese sacrificio a sus discípulos (Catecismo, n. 618).

La liturgia ha unido este capítulo, el domingo 32.º del ciclo C, con el evangelio de los saduceos, que negaban la resurrección (Lc 20,27-38). Ellos le cuentan a Jesús otra historia de siete hermanos y una mujer, inventada para ridiculizarla: los siete se casan sucesivamente con ella y mueren; ¿de quién será esposa en la resurrección? Jesús responde que Dios «no es Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos viven» (Lc 20,38). Lo que los siete hermanos esperaban se cumplió en Cristo, «el primogénito de entre los muertos» (Col 1,18; 1 Cor 15,20), y Hebreos parece recordarlos entre los que no aceptaron la liberación «para alcanzar una resurrección mejor» (Hb 11,35). Ver el cuadro «La esperanza de la resurrección en la Biblia».

PAUSA

1. La madre reconoció en sus hijos un don que no venía de ella. ¿Cómo cambia tu manera de mirar a los tuyos saber que Dios los formó?
2. Los hermanos se animaban unos a otros a ser fieles. ¿A quién necesitas animar hoy en su fe, o de quién necesitas dejarte animar?
3. «Espero que los he de volver a recibir de su misma mano.» ¿Qué lugar ocupa en tu vida diaria la esperanza de la resurrección?

Para orar. *Señor de la vida, que creaste todo de la nada, afianza mi esperanza en la resurrección y hazme fiel hasta el final.*

8

Las primeras victorias de Judas

Después de los mártires, la historia cambia de signo: «la indignación del Señor contra su pueblo se había ya convertido en misericordia» (8,5). Judas reúne a seis mil fieles y hace una guerra de sorpresas y correrías nocturnas (vv. 1-7); el rey envía a Nicanor y a Gorgias, y Nicanor planea pagar a los romanos vendiendo judíos como esclavos (vv. 8-15); Judas arenga a los suyos, vence y guarda el sábado (vv. 16-29); siguen las victorias sobre Timoteo y Báquides y la huida humillante de Nicanor, que acaba confesando que Dios protege a los judíos (vv. 30-36). Es la campaña de Emaús que cuenta 1 Mac 3,38 – 4,25.

Judas reúne a los fieles

1 Entretanto Judas Macabeo y los que lo seguían entraban
secretamente en las poblaciones, y convocando a sus pa-
rientes y amigos, y tomando consigo a los que habían per-
manecido firmes en la religión judaica [1], juntaron hasta
seis mil hombres. 2 Al mismo tiempo invocaban al Señor
para que mirase propicio a su pueblo, hollado de todos; y
que tuviese compasión de su templo, el cual se veía profa-
nado por los impíos; 3 que se apiadase igualmente de la
ruina de la ciudad, que iba a ser destruida y después arra-
sada, y escuchase la voz de la sangre derramada [2], que le

estaba pidiendo venganza; [4] que tuviese también presente las inicuas muertes de los inocentes niños, y las blasfemias proferidas contra su santo Nombre, y tomase de ello justísima venganza [3]. [5] El Macabeo, pues, habiendo juntado mucha gente, se hacía formidable a los gentiles; porque la indignación del Señor contra su pueblo se había ya convertido en misericordia [4]. [6] Se arrojaba repentinamente sobre los lugares y ciudades, y los incendiaba; y ocupando los sitios más ventajosos, hacía no pequeño estrago en los enemigos, [7] ejecutando estas correrías principalmente por la noche; y la fama de su valor se esparcía por todas partes.

Nicanor y la venta de los judíos

[8] Viendo, pues, Filipo [5] que este caudillo iba poco a poco engrosándose y haciendo progresos, y que las más veces le salían bien sus empresas, escribió a Tolomeo, gobernador de la Celesiria y de la Fenicia, a fin de que le enviara socorros para sostener el partido del rey. [9] En efecto, Tolomeo le envió al punto a Nicanor, amigo suyo, hijo de Patroclo [6], y uno de los principales magnates, dándole hasta veinte mil hombres armados, de diversas naciones, para que exterminase todo el linaje de los judíos; y junto con él envió también a Gorgias, que era gran soldado, y hombre de larga experiencia en las cosas de la guerra. [10] Nicanor formó el designio de pagar el tributo de los dos

mil talentos que el rey debía dar a los romanos [7], sacándolos de la venta de los cautivos que haría de los judíos. [11] Con esta idea envió inmediatamente a las ciudades marítimas a convidar a la compra de judíos esclavos, prometiendo dar noventa de ellos por un talento [8]; sin reflexionar el castigo que el Todopoderoso había de ejecutar en él.

[12] Luego que Judas supo la venida de Nicanor, la participó a los judíos que tenía consigo; [13] algunos de los cuales, por falta de confianza en la justicia divina, llenos de miedo, echaron a huir. [14] Pero otros vendían cuanto les había quedado, y a una rogaban al Señor que los librase del impío Nicanor, que aun antes de haberse acercado a ellos los tenía ya vendidos; [15] y que se dignase hacerlo, ya que no por amor de ellos, siquiera por la alianza que había hecho con sus padres, y por el honor que tenían de llamarse con el nombre santo [9] y glorioso de pueblo de Dios.

La arenga de Judas y la victoria

[16] Habiendo, pues, convocado el Macabeo los seis o siete mil hombres [10] que le seguían, los conjuró que no entrasen en componendas con los enemigos, y que no temiesen aquella muchedumbre que venía a atacarlos injustamente, sino que peleasen con esfuerzo, [17] teniendo siempre presente el ultraje que aquellos indignos habían cometido contra el lugar santo, y las injurias e insultos hechos a la ciudad, y además la abolición de las santas instituciones

de sus mayores. 18 Estas gentes, añadió, confían sólo en sus armas y en su audacia [11]; mas nosotros tenemos puesta nuestra confianza en el Señor Todopoderoso, que con una mirada puede trastornar, no sólo a los que vienen contra nosotros, sino también al mundo entero. 19 Les trajo asimismo a la memoria los socorros que había dado Dios en otras ocasiones a sus padres, y los ciento ochenta y cinco mil que perecieron del ejército de Sennaquerib [12]; 20 como también la batalla que ellos habían dado a los gálatas en Babilonia [13], en la cual, no habiendo osado entrar en la acción sus aliados los macedonios, ellos, que sólo eran seis mil, mataron ciento veinte mil, mediante el auxilio que les dio el cielo; y consiguieron en recompensa grandes bienes.

21 Este razonamiento del Macabeo los llenó de valor, de suerte que se hallaron dispuestos a morir por las leyes y por la patria. 22 En seguida dio el mando de una porción de tropas a sus hermanos Simón, José y Jonatás, poniendo a las órdenes de cada uno mil quinientos hombres. 23 Además de eso les leyó Esdras el libro santo [14]; y habiéndoles dado Judas por señal o reseña Socorro de Dios [15], se puso él mismo a la cabeza del ejército, y marchó contra Nicanor.

24 En efecto, declarándose el Todopoderoso a favor de ellos, mataron más de nueve mil hombres, y pusieron en fuga al ejército de Nicanor, que había quedado muy dismi-

nuido por razón de los muchos heridos. 25 Con esto cogieron el dinero de aquellos que habían acudido para comprarlos como esclavos; y fueron persiguiendo largo trecho al enemigo. 26 Pero estrechados del tiempo volvieron atrás, pues era la víspera del sábado; lo cual les impidió que continuaran persiguiéndole. 27 Recogidas, pues, las armas y despojos de los enemigos, celebraron el sábado bendiciendo al Señor, que los había librado en aquel día, derramando sobre ellos las primeras gotas del rocío de su misericordia [16]. 28 Pasada la festividad del sábado, dieron parte de los despojos a los enfermos, a los huérfanos y a las viudas [17], quedándose con el resto para sí y para sus familias. 29 Ejecutadas estas cosas, hicieron todos juntos oración, rogando al Señor misericordioso que se dignara aplacarse ya para siempre con sus siervos [18].

Timoteo, Báquides y la huida de Nicanor

30 Más adelante, habiendo sido acometidos del ejército de Timoteo y de Báquides, mataron a más de veinte mil hombres, se apoderaron de varias plazas fuertes, y recogieron un botín muy grande; del cual dieron igual porción a los enfermos, a los huérfanos y a las viudas, y también a los viejos. 31 Recogidas luego con diligencia todas las armas de los enemigos, las depositaron en lugares convenientes, llevando a Jerusalén los otros despojos. 32 Asimismo quitaron la vida a Filarco, hombre perverso, uno de los que

acompañaban a Timoteo, y que había causado muchos
males a los judíos. 33 Y cuando estaban en Jerusalén, dan-
do gracias a Dios por esta victoria, al saber que aquel Ca-
lístenes, que había incendiado las puertas sagradas [19], se
había refugiado en cierta casa, lo abrasaron en ella, dán-
dole así el justo pago de sus impiedades.

34 Entretanto el perversísimo Nicanor, aquel que había he-
cho venir a mil negociantes para venderles los judíos por
esclavos, 35 humillado con la ayuda del Señor por aquellos
mismos a quienes él había considerado nada, dejando su
brillante vestido de generalísimo [20], y huyendo por el mar
Mediterráneo, llegó solo a Antioquía, y reducido al colmo
de la infelicidad por la pérdida de su ejército; 36 y aquel
mismo que antes había prometido pagar el tributo a los ro-
manos con el producto de los cautivos de Jerusalén, iba
publicando ahora que los judíos tenían por protector a
Dios, y que eran invulnerables [21], porque seguían las leyes
que el mismo Señor les había dado.

¿Sabías que?

El geógrafo griego Estrabón, que escribió en tiempos de Augusto, cuenta que la isla de Delos, en el mar Egeo, llegó a ser el gran mercado de esclavos del Mediterráneo: podía recibir y despachar diez mil esclavos en un solo día, y corría el dicho «Mercader, entra en el puerto, descarga: todo está vendido» (*Geografía* XIV,5,2). Eso fue algo más tarde, cuando los romanos, enriquecidos tras destruir Cartago y Corinto en el 146 a. C., compraban esclavos en masa. Las «ciudades marítimas» a las que Nicanor envió su anuncio (8,11) ya vivían de ese comercio.

PAUSA

1. Algunos huyeron por falta de confianza en Dios; otros vendieron lo que les quedaba y se pusieron a orar (8,13-14). Cuando llega la prueba, ¿huyes o te quedas a orar?
2. Judas repartió el botín con los débiles, los huérfanos, las viudas y los ancianos antes de quedarse con lo suyo. ¿A quién podrías dar «igual porción» de lo que has recibido?
3. «Ellos confían en sus armas; nosotros, en el Señor» (8,18). ¿En qué armas confías tú cuando tienes miedo?

Para orar. *Señor, socorro nuestro, haz caer sobre nosotros las primeras gotas del rocío de tu misericordia.*

9

La muerte de Antíoco IV

La muerte del rey perseguidor, contada como la caída de un soberbio. Rechazado en Persépolis, Antíoco corre hacia Jerusalén para vengarse (vv. 1-4); Dios lo hiere con un dolor de entrañas, cae del carro y su cuerpo se llena de gusanos (vv. 5-12); entonces suplica, promete hasta hacerse judío y escribe una carta cortés para recomendar a su hijo (vv. 13-27); muere lejos de su patria, y Filipo se lleva su cuerpo (vv. 28-29). La clave la da el propio rey: «Justo es que el hombre se sujete a Dios» (9,12). La carta de 1,13-16 y 1 Mac 6,1-16 cuentan esta muerte de otro modo.

Antíoco, rechazado en Persia

[1]A este tiempo volvía Antíoco ignominiosamente de la
Persia [1]; [2]pues habiendo entrado en la ciudad de Persépo-
lis, llamada Elimaida [2], e intentado saquear el templo y
oprimir la ciudad, corrió todo el pueblo a tomar las armas,
y lo puso en fuga con todas sus tropas, por lo cual volvió
atrás vergonzosamente. [3]Y llegado que hubo cerca de
Ecbatana [3], recibió la noticia de lo que había sucedido a
Nicanor y a Timoteo. [4]Con lo que montando en cólera,
pensó en desfogarla en los judíos, y vengarse así del ultraje
que le habían hecho los que le obligaron a huir. Por tanto
mandó que anduviese más aprisa su carroza, caminando

sin pararse, movido para ello del juicio o venganza del cielo [4] por la insolencia con que había dicho que él iría a Jerusalén, y que la convertiría en un cementerio de cadáveres hacinados de judíos.

El castigo del perseguidor

5 Mas el Señor Dios de Israel, que ve todas las cosas, lo hirió con una llaga interior e incurable [5], pues apenas había acabado de pronunciar dichas palabras, le acometió un acerbo dolor de entrañas y un terrible cólico. 6 Y a la verdad que bien lo merecía, puesto que él había desgarrado las entrañas de otros [6] con muchas y nuevas maneras de tormentos. Mas no por eso desistía de sus malvados designios. 7 De esta suerte, lleno de soberbia, respirando su corazón llamas contra los judíos, y mandando siempre acelerar el viaje, sucedió que, corriendo furiosamente, cayó de la carroza, y con el gran golpe que recibió, se le quebraron gravemente los miembros del cuerpo. 8 Y aquel que lleno de soberbia quería levantarse sobre la esfera de hombre [7], y se lisonjeaba de poder mandar aun a las olas del mar, y de pesar en una balanza los montes más elevados, humillado ahora hasta el suelo, era conducido en una silla de manos, presentando él mismo un manifiesto testimonio del poder de Dios;

9 pues hervía de gusanos el cuerpo de este impío [8], y aún viviendo se le caían a pedazos las carnes en medio de los

dolores, y ni sus tropas podían sufrir el mal olor y fetidez
que de sí despedía. 10 Así el que poco antes se imaginaba
que podía coger con la mano las estrellas del cielo [9], se ha-
bía hecho insoportable a todos, por lo intolerable del he-
dor que despedía. 11 Derribado, pues, de este modo de su
extremada soberbia, comenzó a entrar en un conocimien-
to de sí mismo [10], estimulado del azote de Dios, pues cre-
cían por momentos sus dolores. 12 Y como ni él mismo pu-
diese ya sufrir su olor, dijo así: Justo es que el hombre se
sujete a Dios [11], y que un mortal no pretenda apostárselas
a Dios.

La súplica, las promesas y la carta

13 Mas este malvado rogaba al Señor, del cual no había de
alcanzar misericordia [12]. 14 Y siendo así que antes se apre-
suraba a ir a la ciudad de Jerusalén para arrasarla, y hacer
de ella un cementerio de cadáveres amontonados, ahora
deseaba hacerla libre; 15 prometiendo así mismo igualar
con los atenienses [13] a estos mismos judíos a quienes poco
antes había juzgado indignos de sepultura, y les había di-
cho que los arrojaría a las aves de rapiña y a las fieras, para
que los despedazasen, y que acabaría hasta con los niños
más pequeños. 16 Ofrecía también adornar con preciosos
dones aquel templo santo que antes había despojado, y au-
mentar el número de los vasos sagrados, y costear de sus
rentas los gastos necesarios para los sacrificios; 17 y además

de esto, hacerse él judío [14], e ir por todo el mundo ensalzando el poder de Dios.

[18] Mas como no cesasen sus dolores (porque al fin había caído sobre él la justa venganza de Dios), perdida toda esperanza, escribió a los judíos una carta, en forma de súplica [15] del tenor siguiente: [19] A los judíos, excelentes ciudadanos [16], desea mucha salud y bienestar y toda prosperidad el rey y príncipe Antíoco. [20] Si gozáis de salud, tanto vosotros como vuestros hijos, y si os sucede todo según lo deseáis, nosotros damos por ello a Dios muchas gracias. [21] Hallándome yo al presente enfermo, y acordándome benignamente de vosotros, he juzgado necesario, en esta grave enfermedad que me ha acometido a mi regreso de Persia, atender al bien común, dando algunas disposiciones; [22] no porque desespere de mi salud, antes confío mucho que saldré de esta enfermedad;

[23] mas considerando que también mi padre [17], al tiempo que iba con su ejército por las provincias altas, declaró quién debía reinar después de su muerte, [24] con el fin de que si sobreviniese alguna desgracia, o corriese alguna mala noticia, no se turbasen los habitantes de las provincias, sabiendo ya quién era el sucesor en el mando; [25] y considerando además que cada uno de los reyes limítrofes y poderosos vecinos está acechando ocasión favorable, y aguardando coyuntura para sus planes, he designado por

rey a mi hijo Antíoco [18], el mismo a quien yo muchas veces, al pasar a las provincias altas de mis reinos, recomendé a muchos de vosotros, y al cual he escrito lo que más abajo veréis. [26] Por tanto, os ruego y pido que acordándoos de los beneficios que habéis recibido de mí en común y en particular, me guardéis todos fidelidad a mí y a mi hijo; [27] pues confío que él se portará con moderación y dulzura, y que siguiendo mis intenciones será vuestro favorecedor.

La muerte del perseguidor

[28] En fin, herido mortalmente de Dios este homicida y blasfemo [19], tratado del mismo modo que él había tratado a otros, acabó su vida en los montes, lejos de su patria, con una muerte infeliz. [29] Filipo, su hermano de leche [20], hizo trasladar su cuerpo, y temiéndose del hijo de Antíoco, se fue para Egipto a Tolomeo Filométor.

¿Sabías que?

Heródoto cuenta que, cuando una tormenta destrozó los puentes que Jerjes había tendido sobre el Helesponto para invadir Grecia, el rey mandó dar al mar trescientos azotes y echar en él un par de grilletes, y que los verdugos le dijeran: «Agua amarga, tu señor te impone este castigo» (*Historias* VII,35). Para los griegos era el colmo de la desmesura que los dioses castigan, y Jerjes fue vencido en Salamina (480 a. C.). El autor de 2 Macabeos, que escribía para lectores de cultura griega, pinta a Antíoco con colores parecidos: el que creía «poder mandar aun a las olas del mar» (9,8) acaba llevado en una silla de manos.

PARA PROFUNDIZAR

«*Justo es que el hombre se sujete a* Dios»: *la muerte de Antíoco y el arrepentimiento tardío*

El capítulo 9 cuenta la caída del perseguidor como un drama en dos tiempos: la jactancia y el golpe. Antíoco vuelve humillado de Persia y, al saber la derrota de Nicanor, jura hacer de Jerusalén «un cementerio de cadáveres hacinados de judíos» (9,4); «apenas había acabado de pronunciar dichas palabras», le acomete el dolor de entrañas, «y a la verdad que bien lo merecía, puesto que él había desgarrado las entrañas de otros» (9,5-6). Siguen la caída del carro, los gusanos y un hedor que nadie soporta (9,7-10). El narrador pinta la desmesura con imágenes que la Biblia reserva a Dios: mandar a las olas, pesar los montes, tocar las estrellas (9,8.10; Is 14,13-15). Y el rey que en sus monedas se llamaba «dios manifiesto» termina diciendo la verdad del capítulo: «Justo es

que el hombre se sujete a Dios, y que un mortal no pretenda apostárselas a Dios» (9,12).

No es el único relato de esta muerte. La carta del principio lo hace morir apedreado en el templo de Nanea (1,13-16), y 1 Macabeos, de tristeza en Persia, reconociendo «los males que causé en Jerusalén» (1 Mac 6,12-13). También los paganos vieron en ella un castigo: Polibio cuenta que murió «atacado de locura, según dicen algunos», después de intentar saquear un santuario de Elimaida (*Historias* XXXI,9), y Flavio Josefo le replica que, si Polibio creía que murió por un saqueo que no llegó a hacer, es mucho más verosímil que muriera por el que hizo en Jerusalén (*Antigüedades* XII,9,1). Los detalles no coinciden (ver el cuadro del capítulo 6 de 1 Macabeos), pero la lectura es la misma: el perseguidor no escapa del juicio de Dios. Lactancio escribió hacia el 315 *Sobre la muerte de los perseguidores*, donde el emperador Galerio, roído por los gusanos, reconoce a Dios y publica antes de morir el edicto que puso fin a la persecución (caps. 33-35). Jesús, con todo, prohíbe leer cualquier desgracia como castigo (Lc 13,1-5; Jn 9,2-3): estas muertes son signos en la historia de la salvación, no una regla.

Luego viene la frase más dura: «Mas este malvado rogaba al Señor, del cual no había de alcanzar misericordia» (9,13). Antíoco promete liberar Jerusalén, enriquecer el templo y hasta hacerse judío (9,14-17). Torres Amat anota: «Pues que era falso su arrepentimiento», y remite a la Sabiduría desoída, que no responde a quienes sólo la llaman en la desgracia (Prov 1,24-28), y a Esaú, que no halló lugar para el arrepentimiento aunque lo buscó con lágrimas (Hb 12,17). El texto da sus razones: el rey se vuelve a

Dios «perdida toda esperanza» (9,18), y la carta que escribe enseguida (9,19-27), cortés y política, calla sus crímenes y asegura que no desespera de curarse. Promete para ser sanado.

La Iglesia distingue con cuidado. La contrición es «un dolor del alma y una detestación del pecado cometido con la resolución de no volver a pecar» (Catecismo, n. 1451); si nace del amor de Dios, se llama perfecta (n. 1452); si nace del temor de las penas, imperfecta o atrición, y aun así es «un don de Dios» que «puede ser el comienzo de una evolución interior», aunque por sí sola no alcanza el perdón de los pecados graves (n. 1453). «No hay límites a la misericordia de Dios, pero quien se niega deliberadamente a acoger la misericordia de Dios mediante el arrepentimiento rechaza el perdón» (n. 1864); y, al revés, «no hay nadie, tan perverso y tan culpable que, si verdaderamente está arrepentido de sus pecados, no pueda contar con la esperanza cierta de perdón» (n. 982). «Dios no predestina a nadie a ir al infierno» (n. 1037). El buen ladrón, convertido en la última hora, reconoció que sufría justamente y no pidió bajar de la cruz, sino ser recordado (Lc 23,40-43).

Por eso 9,13 no mide la misericordia de Dios, sino el arrepentimiento de este rey, visto desde fuera: una súplica para salir del dolor, desmentida por la carta. El lector no debe concluir que Dios rechaza al que de verdad se arrepiente, ni que para alguien sea tarde mientras vive, sino que el tiempo de convertirse es ahora (2 Cor 6,2). Heliodoro, castigado en el mismo templo, ofreció un sacrificio y dio testimonio de Dios ante todos (3,35-39); Antíoco lo promete cuando ya no puede cumplirlo. La frase que el ca-

pítulo pone en sus labios vale para todos, y conviene decirla a tiempo: «Justo es que el hombre se sujete a Dios».

PAUSA

1. Antíoco se creía capaz de pesar los montes y tocar las estrellas. ¿En qué te crees, a veces, más grande de lo que eres?
2. Sólo en el dolor «comenzó a entrar en un conocimiento de sí mismo» (9,11). ¿Qué te ha enseñado de ti mismo un momento de debilidad?
3. Antíoco prometió mucho cuando ya no podía cumplir. ¿Hay alguna conversión que vienes dejando «para después»?

Para orar. *Señor, que me sujete a ti hoy, mientras tengo tiempo, sin esperar al dolor para volver a tu misericordia.*

10

La purificación del templo

El capítulo tiene dos mitades. La primera es la meta hacia la que camina el libro desde sus cartas iniciales: Judas recobra el templo, levanta un altar nuevo y lo purifica el 25 de Casleu, el mismo día en que había sido profanado, con una fiesta de ocho días que se celebrará cada año (vv. 1-9). La segunda abre el reinado de Antíoco V Eupátor: gobierna Lisias, y Tolomeo Macrón, justo con los judíos, se envenena (vv. 10-13); Judas toma las fortalezas de Idumea y castiga a los que se dejaron sobornar (vv. 14-23); contra Timoteo aparecen cinco jinetes del cielo, y cae Gázara (vv. 24-38).

La purificación del templo y la fiesta de ocho días

[1]Entretanto, el Macabeo, y los que le seguían, protegidos
del Señor, recobraron el templo y la ciudad, [2]y demolie-
ron los altares que los gentiles habían erigido en las plazas
y asimismo los templos de los ídolos. [3]Y habiendo purifi-
cado el templo, construyeron un altar nuevo, y sacando
fuego por medio de unos pedernales [1], ofrecieron sacrifi-
cios, a los dos años después que entró a mandar Judas [2], y
pusieron el altar del incienso, las lámparas o candelero [3],
y los panes de proposición. [4]Ejecutando esto, postrados
por tierra, rogaban al Señor que nunca más los dejase caer

en semejantes desgracias; y, caso que llegasen a pecar, los castigase con más benignidad, y no los entregase en poder de hombres bárbaros [4] y blasfemos de su santo Nombre.

[5] Y es digno de notar que el templo fue purificado aquel mismo día en que había sido profanado por los extranjeros, es decir, el día veinticinco del mes de Casleu [5]. [6] En efecto, celebraron esta fiesta con regocijo por espacio de ocho días, a manera de la de los Tabernáculos [6], acordándose que poco tiempo antes habían pasado esta solemnidad de los Tabernáculos en los montes y cuevas a manera de fieras. [7] Por este motivo llevaban en las manos tallos y ramos verdes, y palmas [7] en honor de aquel Señor que les había concedido la dicha de purificar su santo templo. [8] Y de común consejo y acuerdo decretaron que toda la nación judaica celebrase esta fiesta todos los años [8] en aquellos mismos días. [9] Por lo que toca a la muerte de Antíoco, llamado Epífanes, fue del modo que hemos dicho.

Eupátor, Lisias y Tolomeo Macrón

[10] Mas ahora referimos los hechos de Eupátor, hijo del impío Antíoco [9], recopilando los males que ocasionaron sus guerras. [11] Habiendo, pues, entrado éste a reinar, nombró para la dirección de los negocios del reino a Lisias, gobernador militar de Fenicia y Siria. [12] Porque Tolomeo, llamado Macer, o Macrón [10], había resuelto observar inviolablemente la justicia respecto de los judíos, y portarse pací-

ficamente con ellos, sobre todo a vista de las injusticias que se les había hecho sufrir. [13] Pero acusado por esto mismo ante Eupátor por los amigos, que a cada paso lo trataban de traidor por haber abandonado Chipre, cuyo gobierno le había confiado el rey Filométor, y porque después de haberse pasado al partido de Antíoco Epífanes, o el ilustre, había desertado también de él, acabó su vida con el veneno.

Las fortalezas de Idumea

[14] A este tiempo Gorgias, que tenía el gobierno de aquellas tierras de la Palestina, asalariando tropas extranjeras, molestaba frecuentemente a los judíos. [15] Y los judíos que ocupaban plazas fuertes [11] en lugares ventajosos, acogían en ellas a los que huían de Jerusalén, y buscaban ocasiones de hacer guerra contra Judas. [16] Pero aquellos que seguían al Macabeo, hecha oración al Señor para implorar su auxilio, asaltaron con valor las fortalezas de los idumeos; [17] y después de un crudo y porfiado combate, se apoderaron de ellas, mataron a cuantos se les pusieron delante, no siendo los pasados a cuchillo menos de veinte mil personas [12].

[18] Mas como algunos se hubiesen refugiado en dos castillos sumamente fuertes y abastecidos de todo lo necesario para defenderse, [19] dejó el Macabeo para expugnarlos a Simón, y a José, y también a Zaqueo, con bastantes tropas que tenían bajo su mando, y él marchó con las suyas adon-

de las necesidades más urgentes de la guerra le llamaban.
20 Pero las tropas de Simón, llevadas de la avaricia, se dejaron sobornar con dinero por algunos de los que estaban en los castillos; y habiendo recibido hasta setenta mil monedas [13], dejaron escapar a varios de ellos. 21 Así que fue informado de esto el Macabeo, congregados los príncipes o cabezas del pueblo, acusó a aquéllos de haber vendido por dinero a sus hermanos, dejando escapar a sus enemigos. 22 Por lo cual hizo quitar la vida a dichos traidores, y al instante se apoderó de los dos castillos. 23 Y saliendo todo tan felizmente como correspondía al valor de sus armas, mató en las dos fortalezas más de veinte mil hombres.

Timoteo y los cinco jinetes

24 Timoteo, que antes había sido vencido por los judíos, habiendo levantado de nuevo un ejército de tropas extranjeras, y reunido la caballería de Asia, vino a la Judea como para apoderarse de ella a fuerza de armas. 25 Mas al mismo tiempo que se iba acercando Timoteo, el Macabeo y su gente oraban al Señor, cubiertas de polvo o ceniza sus cabezas [14], ceñidos con el cilicio sus lomos, 26 y postrados al pie del altar, a fin de que les fuese propicio, y se mostrase enemigo de sus enemigos, y contrario de sus contrarios, como dice la ley [15]. 27 Y de este modo, acabada la oración, habiendo tomado las armas, y saliendo a una distancia

considerable de la ciudad de Jerusalén, cercanos ya a los enemigos, hicieron alto. [28] Apenas empezó a salir el sol, principió la batalla entre los dos ejércitos; teniendo los unos, además de su valor, al Señor mismo por garantía de la victoria [16] y del éxito feliz de sus armas, cuando los otros solamente contaban con su esfuerzo en el combate.

[29] Mas mientras se estaba en lo más recio de la batalla, vieron los enemigos aparecer del cielo cinco varones [17] montados en caballos adornados con frenos de oro, que servían de capitanes a los judíos; [30] dos de dichos varones, tomando en medio al Macabeo, lo cubrían con sus armas, guardándole de recibir daño; y lanzaban dardos y rayos contra los enemigos, quienes envueltos en oscuridad y confusión [18], y llenos de espanto, iban cayendo por tierra, [31] habiendo sido muertos veinte mil quinientos de a pie, y seiscientos de caballería.

[32] Timoteo se refugió en Gázara, plaza fuerte, cuyo gobernador era Quereas. [33] Mas llenos de gozo el Macabeo y sus tropas, tuvieron sitiada la plaza cuatro días. [34] Entretanto los sitiados, confiados en la fortaleza de la plaza, insultaban a los judíos de mil maneras, y vomitaban expresiones abominables. [35] Pero así que amaneció el quinto día del sitio veinte jóvenes [19] de los que estaban con el Macabeo, irritados por tales blasfemias, se acercaron valerosamente al muro, y con ánimo denodado subieron sobre él; [36] y ha-

ciendo lo mismo otros, empezaron a pegar fuego a las torres y a las puertas, y quemaron vivos a aquellos blasfemos. 37 Dos días continuos estuvieron devastando la fortaleza; y habiendo encontrado a Timoteo, que se había escondido 20 en cierto lugar lo mataron, así como también a Quereas su hermano, y a Apolófanes. 38 Ejecutadas estas cosas, bendijeron con himnos y cánticos al Señor 21, que había hecho tan grandes cosas en Israel, y les había concedido la victoria.

¿Sabías que?

Los tirsos y los ramos de las fiestas judías (10,7) confundieron a algún griego. Plutarco, en sus *Charlas de sobremesa* (IV,6), pone en boca de un ateniense la tesis de que los judíos adoraban a Dioniso: en su fiesta mayor, explica, se sientan bajo tiendas hechas de ramas de vid y de hiedra, y tienen una fiesta en la que llevan ramos y entran en el templo con tirsos en las manos. Lo que veía un pagano como culto a Baco era, para los judíos, la alegría ante el único Dios que les había devuelto su templo.

Ayuda del cielo: las apariciones de 2 Macabeos

Cuándo	Qué se ve	Cita
El prólogo lo anuncia	«Las señales que aparecieron en el aire» a favor de los que combatían por el judaísmo	2,22
Heliodoro en el tesoro	Un jinete «de fulminante aspecto», con armas que parecían de oro, y dos jóvenes que lo azotan	3,25-26
Heliodoro sanado	Los mismos jóvenes: «Dale las gracias al sacerdote Onías»	3,33-34
Antes del saqueo	Durante cuarenta días, jinetes vestidos de oro corren por el aire de Jerusalén	5,2-4
Contra Timoteo	Cinco varones a caballo, con frenos de oro; dos protegen a Judas, y los enemigos quedan ciegos	10,29-30
Camino de Betsura	Un jinete vestido de blanco, con armas de oro, que va delante de ellos	11,8
Ante Carnión	«La presencia de Dios, que todo lo ve»: los enemigos huyen y se hieren con sus propias espadas	12,21-22
Antes de la batalla final	En sueños, Onías ora por todo el pueblo; Jeremías da a Judas una espada de oro	15,12-16
Contra Nicanor	Los judíos combaten «llenos de gozo y de vigor con la presencia de Dios»	15,27

Lo que 2,22 llama «señales» el griego lo llama *epipháneiai*, «manifestaciones», la misma palabra del sobrenombre de Antíoco, «Epífanes». El Catecismo cita 10,29-30 y 11,8 entre las ayudas de los ángeles a Israel (n. 333). 1 Macabeos no cuenta ninguna aparición (ver la introducción a 1 Macabeos).

PARA PROFUNDIZAR

Jinetes del cielo: las apariciones y el modo de contar de 2 Macabeos

El compendiador lo anunció en el prólogo: contaría «las señales que aparecieron en el aire» a favor de los que combatían por el judaísmo (2,22; ver nota a 2,22). El griego las llama *epipháneiai*, «manifestaciones», y el libro las va sembrando: el jinete de aspecto terrible y los dos jóvenes que azotan a Heliodoro en el tesoro del templo (3,25-26.33-34); los escuadrones que corren por el aire de Jerusalén durante cuarenta días antes del saqueo (5,2-4); los cinco jinetes con frenos de oro que protegen a Judas contra Timoteo (10,29-30; ver nota a 10,29); el jinete vestido de blanco que encabeza la marcha hacia Betsura (11,8; ver nota a 11,8); la «presencia de Dios» que siembra el pánico entre los enemigos (12,22; 15,27), y el sueño de Judas en el que Onías ora por el pueblo y Jeremías le entrega una espada de oro (15,12-16). Quizá no por casualidad, es la palabra del sobrenombre del perseguidor: frente al rey que se hacía llamar «Epífanes», el libro muestra quién se manifiesta de verdad.

¿Cómo leer estas páginas? El compendiador explica su método: quiere que el relato agrade y sea útil a quien lo lea (2,25-26), y deja la exactitud de los detalles a los autores que resume (2,29; ver nota a 2,29). Muchos estudiosos lo sitúan en la historia «patética» de la época helenística, que buscaba conmover con escenas vivas, discursos y prodigios. Los griegos contaban apariciones parecidas en defensa de sus santuarios: Heródoto refiere que, cuando los persas se acercaron a Delfos, cayeron rayos y peñas del

Parnaso, y los que huyeron contaron que los habían perseguido dos guerreros de estatura sobrehumana, en quienes los de Delfos reconocieron a dos héroes del lugar (*Historias* VIII,37-39). El autor de 2 Macabeos habla a judíos de cultura griega en un lenguaje que entendían, pero al servicio de otra fe: sus jinetes no son héroes ni dioses locales, sino enviados del único Dios.

La Iglesia pide leer cada libro según su género literario, para descubrir lo que el autor sagrado quiso decir (*Dei Verbum*, n. 12), y la Comisión Bíblica advierte que los libros históricos, entre ellos 1 y 2 Macabeos, no son «una historiografía en el sentido moderno, es decir entendida como la crónica, lo más objetiva posible, de los acontecimientos del pasado» (*Inspiración y verdad*, 2014, n. 70). Los lectores católicos no coinciden en todo. La Enciclopedia Católica de 1910 contaba entre las objeciones «debidas a impresiones subjetivas» la de quienes ponen en duda las apariciones sobrenaturales: a su juicio, negarlas era un prejuicio del crítico, no una dificultad del texto. Otros intérpretes ven en estos jinetes el modo propio del autor de expresar con imágenes visibles una certeza de fe: que en aquellas batallas Dios combatía por su pueblo. Las dos lecturas pueden convivir con respeto, porque coinciden en lo que el texto enseña.

Y lo que enseña es antiguo. «El Señor peleará por vosotros» (Éx 14,14); el criado de Eliseo, asustado ante el ejército arameo, vio el monte «lleno de caballos y carros de fuego» alrededor del profeta (2 Re 6,15-17); «el ángel del Señor acampa en torno a los que le temen» (Sal 34,8; en Torres Amat, 33,8). Judas pide «un ángel bueno» (11,6; 15,23), como el que Dios prometió enviar delante de Israel (Éx 23,20). El Catecismo enseña que la vida humana está

rodeada de la custodia de los ángeles (n. 336), y cita 10,29-30 y 11,8 en un lugar sorprendente: al hablar de Cristo, a quien los ángeles sirven desde la encarnación, y que «habría podido ser salvado por ellos de la mano de sus enemigos (cf Mt 26,53) como en otro tiempo Israel» (n. 333). Jesús no pidió las doce legiones de ángeles. La mayor victoria de Dios no la ganaron jinetes celestes, sino la cruz; y el mismo libro que cuenta las apariciones cuenta a los mártires, a quienes ningún jinete libró y que vencieron muriendo (7,9).

1 Macabeos, en cambio, no cuenta ninguna aparición y prefiere a menudo decir «el Cielo» para nombrar a Dios (ver la introducción a 1 Macabeos). Los dos libros miran los mismos años con ojos distintos: uno como un cronista que se atiene a lo que se ve; el otro como un predicador que quiere que el lector vea también lo que no se ve. La Iglesia ha recibido los dos.

PAUSA

1. Recordaban la fiesta pasada «en los montes y cuevas a manera de fieras» (10,6). ¿Qué tiempos difíciles te ayudan hoy a celebrar mejor?
2. Pidieron a Dios que, si volvían a pecar, los corrigiera él mismo con benignidad (10,4). ¿Aceptas la corrección de Dios como la de un padre?
3. Unos soldados se dejaron sobornar y vendieron a sus hermanos (10,20-21). ¿Hay algún precio por el que estés tentado de traicionar a los tuyos?

Para orar. *Señor, que purificaste tu templo, purifica mi corazón y haz de él tu morada.*

11

Lisias y las cartas de la paz

Lisias, tutor del joven rey, marcha contra Judea con un gran ejército y ochenta elefantes, y sitia Betsura (vv. 1-5). Judas y el pueblo piden a Dios «un ángel bueno»; un jinete vestido de blanco va delante de ellos, y Lisias, vencido, huye y, «como no le faltaba talento», propone la paz (vv. 6-15). El resto del capítulo copia cuatro cartas: de Lisias a los judíos, del rey a Lisias, del rey a los judíos y de dos legados romanos (vv. 16-38). En ellas el reino reconoce lo que la persecución había querido arrancar: que los judíos vivan según sus leyes y recobren su templo.

Lisias vencido ante Betsura

1 Pero poco tiempo después Lisias, ayo del rey y su
pariente [1], que tenía el manejo de los negocios del reino,
sintiendo mucho pesar por lo que había acaecido, 2 juntó
ochenta mil hombres de a pie, y toda la caballería, y se di-
rigió contra los judíos con el designio de tomar la ciudad
de Jerusalén, y de darla a los gentiles para que la poblasen,
3 y de sacar del templo grandes sumas de dinero, como ha-
cía de los otros templos de los paganos, y vender anual-
mente el sumo sacerdocio [2], 4 sin reflexionar en el poder
de Dios, sino confiando neciamente en su numerosa infan-
tería, en los miles de caballos y en ochenta elefantes [3]. 5 Y

después de entrar en Judea, y acercarse a Betsura, situada en una garganta a cinco estadios [4] de Jerusalén, atacó esta plaza.

[6] Pero luego que el Macabeo y su gente supieron que los enemigos habían comenzado a sitiar las fortalezas, rogaban al Señor con lágrimas y suspiros, a una con todo el pueblo, que enviase un ángel bueno [5] para que salvase a Israel. [7] Y el mismo Macabeo, tomando las armas el primero de todos, exhortó a los demás a exponerse como él a los peligros a fin de socorrer a sus hermanos. [8] Mientras, pues, que iban marchando todos con ánimo denodado, se les apareció, al salir de Jerusalén, un personaje a caballo, que iba vestido de blanco [6], con armas de oro, y blandiendo la lanza. [9] Entonces todos a una bendijeron al Señor misericordioso, y cobraron nuevo aliento, hallándose dispuestos a pelear, no sólo contra los hombres, sino hasta contra las bestias más feroces, y a penetrar muros de hierro [7]. [10] Caminaban con esto llenos de ardor, teniendo en su ayuda al Señor, que desde el cielo hacía resplandecer sobre ellos su misericordia. [11] Así que, arrojándose impetuosamente como leones sobre el enemigo, mataron once mil de a pie, y mil seiscientos de a caballo; [12] y pusieron en fuga a todos los demás, la mayor parte de los cuales escaparon heridos y despojados de sus armas, salvándose el mismo Lisias por medio de una vergonzosa fuga.

13 Y como no le faltaba talento [8], meditando para consigo
la pérdida que había tenido, y conociendo que los hebreos
eran invencibles cuando se apoyaban en el socorro de Dios
Todopoderoso, les envió comisionados; 14 y les prometió
condescender en todo aquello que fuese justo, y que per-
suadiría al rey a que hiciese alianza y amistad con ellos.
15 Asintió el Macabeo a la demanda de Lisias, atendiendo
en todo a la utilidad pública [9]; y en efecto, concedió el rey
todo lo que había pedido Judas a favor de los judíos en la
carta que escribió a Lisias.

Las cartas de la paz

16 La carta que Lisias escribió a los judíos [10] era del tenor
siguiente: Lisias al pueblo de los judíos, salud: 17 Juan y
Abesalom, vuestros enviados, al entregarme vuestro escri-
to me pidieron que hiciese lo que ellos proponían. 18 Por
tanto, expuse al rey todo lo que podía representársele, y
ha otorgado cuanto le ha permitido el estado de los nego-
cios. 19 Y si vosotros guardáis fidelidad en lo tratado, yo
también procuraré en lo sucesivo proporcionaros el bien
que pudiere. 20 Por lo que hace a los demás asuntos, he en-
cargado a vuestros diputados y a los que yo envío, que a
boca traten de cada uno de ellos con vosotros. 21 Pasadlo
bien. A veinticuatro del mes de Dióscoro [11] del año ciento
cuarenta y ocho.

22 La carta del rey decía así: El rey Antíoco a Lisias su hermano, salud. 23 Después que el rey, nuestro padre, fue trasladado entre los dioses [12], deseando que nuestros súbditos vivan en paz, y puedan atender a sus negocios; 24 y habiendo sabido que los judíos no pudieron condescender a los deseos que tenía mi padre de que abrazasen los ritos de los griegos [13], sino que han querido conservar sus costumbres, y por esta razón nos piden que les concedamos vivir según sus leyes: 25 Por tanto, queriendo que esta nación goce también de paz, como las otras, hemos ordenado y decretado que se le restituya el libre uso del templo a fin de que vivan según la costumbre de sus mayores. 26 En esta conformidad harás bien en enviarles comisionados para hacer con ellos la paz, a fin de que enterados de nuestra voluntad cobren buen ánimo, y se apliquen a sus intereses particulares.

27 La carta del rey a los judíos era del tenor siguiente: El rey Antíoco al Senado de los judíos [14] y a todos los demás judíos, salud: 28 Si estáis buenos, esto es lo que os deseamos; por lo que hace a nosotros, lo pasamos bien. 29 Menelao ha venido para hacernos presente que deseáis venir a tratar con los de vuestra nación que están acá con nosotros. 30 Por tanto, damos salvoconducto a aquellos que vengan hasta el día treinta del mes de Xántico. 31 Y permitimos a los judíos que usen de sus viandas como quieran y vivan

según sus leyes como antes; sin que ninguno pueda ser molestado por razón de las cosas o faltas hechas por ignorancia [15]. 32 Y finalmente, os hemos enviado a Menelao para que lo trate con vosotros. 33 Pasadlo bien. A quince del mes de Xántico del año ciento cuarenta y ocho.

34 Asimismo los romanos enviaron también una carta en estos términos: Quinto Memmio y Tito Manilio, legados de los romanos [16], al pueblo de los judíos, salud. 35 Las cosas que os ha concedido Lisias, pariente del rey, os las concedemos igualmente nosotros; 36 y por lo que hace a las otras, sobre las cuales juzgó Lisias deber consultar al rey, enviad cuanto antes alguno, después que hayáis conferenciado entre vosotros, a fin de que resolvamos lo que os sea más ventajoso; pues estamos para marchar hacia Antioquía. 37 Daos, pues, prisa a responder, para que sepamos de este modo lo que deseáis. 38 Pasadlo bien. A quince del mes de Xántico del año ciento cuarenta y ocho.

¿Sabías que?

En las monedas de plata de sus últimos años, Antíoco IV se presenta con una leyenda griega que dice «del rey Antíoco, dios manifiesto, portador de la victoria» (*Basiléos Antiójou Theú Epiphanús Nikephórou*), y en el reverso aparece Zeus sentado en su trono, con una pequeña Victoria en la mano. «Epífanes», el sobrenombre con que lo conoce la historia, era un título divino. Por eso pesa tanto la frase que el rey pronuncia al morir: «Justo es que el hombre se sujete a Dios» (9,12), y por eso suena tan hueca la fórmula de su hijo: su padre había sido «trasladado entre los dioses» (11,23).

Las cartas de la paz (2 Mac 11)

Carta	Fecha	Qué dice
Lisias a los judíos	24 de Dióscoro, año 148	El rey ha concedido lo que se podía; lo demás lo tratarán de palabra los enviados (11,16-21)
El rey a Lisias	Sin fecha	Muerto su padre, Antíoco V manda devolver el templo a los judíos y dejarlos vivir según sus costumbres (11,22-26)
El rey a los judíos	15 de Xántico, año 148	Por medio de Menelao: salvoconducto, libertad para vivir según sus leyes, perdón de lo hecho por ignorancia (11,27-33)
Los legados romanos	15 de Xántico, año 148	Confirman lo que concedió Lisias y piden respuesta, porque van a Antioquía (11,34-38)
El año 148	164 a. C.	Era seléucida, contada desde el otoño (ver el cuadro de las fechas de 1 Macabeos)
Dióscoro	¿?	Mes desconocido (griego «Dioscorintio»); Torres Amat piensa en el mes de Géminis
Xántico	Primavera	Mes macedonio: «parte a abril, y parte a mayo» (Torres Amat)
La paz en 1 Mac	Hacia el 163	Lisias propone dejarlos «que vivan como antes según sus leyes» (1 Mac 6,55-61)

Muchos historiadores piensan que las cartas no siguen el orden de los hechos: la del rey a los judíos podría ser de los últimos meses de Antíoco IV; la carta a Lisias supone ya su muerte. La campaña de 1 Mac 4,26-35 es anterior y distinta, según la Enciclopedia Católica (1910).

PAUSA

1. En el peligro, el pueblo pidió «un ángel bueno» (11,6). ¿Te encomiendas a tu ángel de la guarda?
2. Lisias, derrotado, supo reconocer que Dios estaba con los hebreos y buscó la paz. ¿Sabes reconocer cuándo te has equivocado y cambiar de camino?
3. Judas aceptó la paz «atendiendo en todo a la utilidad pública» (11,15). En tus conflictos, ¿buscas el bien de todos o sólo ganar?

Para orar. *Señor, envía tu ángel bueno delante de nosotros y concédenos vivir en paz según tu ley.*

12

Las campañas de Judas y el sacrificio por los difuntos

La paz del capítulo 11 dura poco: los gobernadores de la región no dejan vivir tranquilos a los judíos. El capítulo encadena expediciones rápidas: la represalia contra Joppe y Jamnia, que habían ahogado a judíos (vv. 1-9); una campaña al otro lado del Jordán, por Casfín, Caraca, Carnión y Efrón, hasta Escitópolis (vv. 10-31; ver el cuadro de este capítulo); y la guerra contra Gorgias en Idumea (vv. 32-37). Al final llega la página más citada del libro: al enterrar a los caídos se descubre que llevaban objetos de ídolos, y Judas manda ofrecer en Jerusalén un sacrificio por sus pecados, porque espera la resurrección (vv. 38-46).

Joppe y Jamnia

1 Concluidos estos tratados, se volvió Lisias para el rey, y
los judíos se dedicaron a cultivar sus tierras. 2 Pero los ofi-
ciales del rey, que residían en el país, a saber, Timoteo y
Apolonio, hijo de Genneo [1], y también Jerónimo y Demo-
fonte, y además de éstos, Nicanor, gobernador de Chipre,
no los dejaban vivir en paz ni sosiego.

3 Los habitantes de Joppe [2] cometieron el siguiente aten-
tado: Convidaron a los judíos que habitaban en aquella

ciudad a entrar con sus mujeres e hijos en unos barcos que habían prevenido, como que no existía ninguna enemistad entre unos y otros. 4 Y habiendo condescendido en ello, sin tener la menor sospecha, pues vivían en paz, y la ciudad tenía hecho un público acuerdo a favor de ellos, así que se hallaron en alta mar fueron arrojados al agua unos doscientos de ellos. 5 Luego que Judas tuvo noticia de esta crueldad contra los de su nación, mandó tomar las armas a su gente, y después de invocar a Dios justo juez, 6 marchó contra aquellos asesinos de sus hermanos [3], y de noche pegó fuego al puerto, quemó sus barcos, e hizo pasar a cuchillo a todos los que se habían escapado de las llamas. 7 Hecho esto, partió de allí con ánimo de volver de nuevo para exterminar enteramente todos los vecinos de Joppe.

8 Pero habiendo entendido que también los de Jamnia meditaban hacer otro tanto con los judíos que moraban entre ellos, 9 los sorprendió igualmente de noche, y quemó el puerto con sus naves; de suerte que el resplandor de las llamas se veía de Jerusalén, que dista de allí doscientos cuarenta estadios [4].

La campaña de Galaad

10 Y cuando, partido que hubo de Jamnia, había ya andado nueve estadios, avanzando contra Timoteo, lo atacaron los árabes [5] en número de cinco mil infantes y de quinientos caballos; 11 y trabándose un crudo combate, que con la pro-

tección de Dios le salió felizmente, el resto del ejército de los árabes vencido pidió la paz a Judas, prometiendo cederle varios pastos, y asistirle en todo lo demás. [12] Y Judas, creyendo que verdaderamente podían serle útiles en muchas cosas, les concedió la paz; y hecho el tratado se volvieron los árabes a sus tiendas.

[13] Después de esto atacó a una ciudad fuerte, llamada Casfín, o Casbón [6], rodeada de muros y de puentes levadizos [7] en la cual habitaba una turba de diferentes naciones. [14] Pero confiados los de dentro en la firmeza de sus muros, y en que tenían provisión de víveres, se defendían con flojedad, y provocaban a Judas con dichos picantes, blasfemias y expresiones detestables. [15] Mas el Macabeo, habiendo invocado al gran rey del universo que en tiempo de Josué derribó de un golpe, sin arietes, ni máquinas de guerra los muros de Jericó [8], subió con gran denuedo sobre la muralla; [16] y tomada por voluntad del Señor la ciudad, hizo en ella una horrorosa carnicería; de tal suerte que un estanque vecino, de dos estadios de anchura [9], apareció teñido de sangre de los muertos.

[17] Partieron de allí, y después de andados setecientos cincuenta estadios, llegaron a Caraca, donde habitaban los judíos llamados turbianeos [10]. [18] Mas tampoco pudieron venir allí a las manos con Timoteo, quien se había vuelto sin poder hacer nada, dejando en cierto lugar una guarnición

muy fuerte. [19] Pero Dositeo y Sosípatro, que mandaban las tropas en compañía del Macabeo, pasaron a cuchillo a diez mil hombres [11] que Timoteo había dejado en aquella plaza.

[20] Entretanto el Macabeo, tomando consigo seis mil hombres, y distribuyéndolos en batallones, marchó contra Timoteo que traía ciento veinte mil hombres de a pie, y dos mil quinientos de a caballo. [21] Luego que éste supo la llegada de Judas, envió delante las mujeres, los niños y el resto del bagaje a una fortaleza llamada Carnión, que era inexpugnable y de difícil entrada, a causa de los desfiladeros que era necesario pasar. [22] Mas al dejarse ver el primer batallón de Judas, se apoderó el terror de los enemigos a causa de la presencia de Dios, que todo lo ve [12], y se pusieron en fuga uno tras otro, de manera que el mayor daño lo recibían de su propia gente, y quedaban heridos por sus propias espadas. [23] Judas los perseguía, castigando a aquellos profanos; habiendo dejado tendidos a treinta mil de ellos. [24] El mismo Timoteo cayó en poder de los batallones de Dositeo y Sosípatro, a los cuales pidió con gran instancia que le salvasen la vida, porque tenía prisioneros muchos padres y hermanos de los judíos [13]; los cuales, muerto él, quedarían sin esperanza de salvar la suya. [25] Y habiéndoles dado palabra de restituirles los prisioneros, según lo estipulado, le dejaron ir sin hacerle mal, con la mira de salvar

así a sus hermanos. [26] Hecho esto, volvió Judas contra Carnión [14], en donde pasó a cuchillo veinticinco mil hombres.

[27] Después de la derrota y mortandad de los enemigos, dirigió Judas su ejército contra Efrón, ciudad fuerte, habitada por una multitud de gentes de diversas naciones; cuyas murallas estaban coronadas de robustos jóvenes que las defendían con valor, y además había dentro de ella muchas máquinas de guerra y acopio de dardos. [28] Pero los judíos invocando el auxilio del Todopoderoso, que con su poder quebranta las fuerzas de los enemigos, tomaron la ciudad, y dejaron tendidos por el suelo a veinticinco mil hombres de los que en ella había. [29] Desde allí fueron a la ciudad de los escitas [15], distante seiscientos estadios de Jerusalén; [30] pero asegurando los judíos que habitaban allí entre los escitopolitanos, que estas gentes los trataban bien, y que aun en el tiempo de sus desgracias se habían portado con ellos con toda humanidad, [31] les dio Judas las gracias [16]; y habiéndolos exhortado a que en lo venidero mostrasen igual benevolencia a los de su nación, se volvió con los suyos a Jerusalén, por estar muy cerca el día solemne de las Semanas o Pentecostés.

Gorgias, gobernador de Idumea

[32] Y pasada esta festividad marcharon contra Gorgias, gobernador de la Idumea. [33] Salió, pues, Judas con tres mil

infantes y cuatrocientos caballos; [34] y habiéndose trabado el combate, quedaron tendidos algunos pocos judíos en el campo de batalla. [35] Mas un cierto Dositeo, soldado de caballería de los de Bacenor, hombre valiente, asió a Gorgias, y quería cogerlo vivo; pero se arrojó sobre él un soldado de a caballo de los de Tracia, y le cortó un hombro, lo cual dio lugar a que Gorgias huyese a Maresa. [36] Fatigados ya los soldados que mandaba Esdrín con tan larga pelea, invocó Judas al Señor para que protegiese y dirigiese el combate; [37] y habiendo comenzado a cantar en alta voz himnos en su lengua nativa [17], puso en fuga a los soldados de Gorgias.

El sacrificio por los muertos

[38] Reuniendo después Judas su ejército, pasó a la ciudad de Odollam [18], y llegando el día séptimo se purificaron según el rito, y celebraron allí el sábado. [39] Al día siguiente fue Judas con su gente para traer los cadáveres de los que habían muerto en el combate, y enterrarlos con sus parientes en las sepulturas de sus familias [19]; [40] y encontraron debajo de la ropa de los que habían sido muertos algunas ofrendas de las consagradas a los ídolos que había en Jamnia [20], cosas prohibidas por la ley a los judíos; con lo cual conocieron todos evidentemente que esto había sido la causa de su muerte. [41] Por tanto, bendijeron a una los justos juicios del Señor, que había manifestado el mal que se quiso en-

cubrir; [42] y en seguida poniéndose en oración rogaron a Dios que echase en olvido el delito que habían cometido. Al mismo tiempo el esforzadísimo Judas exhortaba al pueblo a que se conservase sin pecado, viendo delante de sus mismos ojos lo sucedido por causa de las culpas de los que habían sido muertos.

[43] Y habiendo recogido en una colecta que mandó hacer doce mil monedas de plata [21], las envió a Jerusalén, a fin de que se ofreciese un sacrificio por los pecados de estos difuntos [22], teniendo, como tenía, buenos y religiosos sentimientos acerca de la resurrección. [44] (Pues si no esperara que los que habían muerto habían de resucitar [23], habría tenido por cosa superflua e inútil rogar por los difuntos), [45] y porque consideraba que a los que habían muerto después de una vida piadosa, les estaba reservada una gran misericordia. [46] Es, pues, un pensamiento santo y saludable rogar por los difuntos [24], a fin de que sean libres de las penas de sus pecados.

¿Sabías que?

La conmemoración de todos los fieles difuntos, el 2 de noviembre, nació en los monasterios. San Odilón, abad de Cluny (muerto en 1048), mandó celebrarla cada año en las casas de su congregación; de allí pasó a otros monjes y a las diócesis, y Lieja fue la primera en adoptarla. En España, Portugal y América Latina los sacerdotes celebraban ese día tres misas (*Enciclopedia Católica*, «All Souls' Day»), un privilegio que Benedicto XIV había concedido en 1748 a los reinos de España y Portugal y que Benedicto XV extendió a toda la Iglesia en 1915 (constitución *Incruentum altaris*). Entre las lecturas de las misas de difuntos está este pasaje de Judas Macabeo (12,43-46).

Las campañas de Judas en 2 Macabeos 12

Lugar	Qué pasa	Dónde estaba
Joppe	Los vecinos ahogan a doscientos judíos; Judas quema el puerto (12,3-7)	Jafa, el puerto de Jerusalén
Jamnia	Judas quema el puerto y la flota (12,8-9)	Yavne, cerca de la costa
Los árabes	Vencidos, piden la paz (12,10-12)	Nómadas del desierto
Casfín	Tomada; el estanque «teñido de sangre» (12,13-16)	Galaad o el Golán (1 Mac 5,26.36)
Caraca	Los judíos «turbianeos»; cae la guarnición de Timoteo (12,17-19)	Tierra de Tob (1 Mac 5,13)
Carnión	Timoteo, libre para salvar a los prisioneros (12,20-26)	Carnáyim, en Basán (1 Mac 5,43-44)
Efrón	Ciudad fuerte, tomada al asalto (12,27-28)	Galaad (1 Mac 5,46-51)
Escitópolis	Trató bien a los judíos: Judas le da las gracias (12,29-31)	Bet-Seán (1 Mac 5,52)
Jerusalén	La fiesta de Pentecostés (12,31-32)	—
Maresa	Gorgias, gobernador de Idumea, escapa por poco (12,32-37)	Tel Maresá, en Idumea
Odollam	El sábado; los caídos; el sacrificio por los muertos (12,38-46)	Adulán, en la Sefelá

Un estadio medía unos 185 metros: Jamnia estaba a 240 estadios de Jerusalén, Escitópolis a 600. Las identificaciones al este del Jordán son probables, no seguras. 1 Mac 5 cuenta estas campañas con otro orden y otros detalles.

La oración por los difuntos: de Judas Macabeo a la Iglesia

Quién	Qué	Cita
Judas Macabeo	Sacrificio por los pecados de los soldados muertos	2 Mac 12,43-46
San Pablo	«Los que se bautizan por los muertos» (sentido discutido)	1 Cor 15,29
Tertuliano	Ofrendas por los difuntos en su aniversario	*De corona* 3
Catacumbas	Inscripciones que piden para los muertos paz y descanso	Roma, primeros siglos
Santa Mónica	«Os acordéis de mí ante el altar del Señor»	Catecismo 1371
San Agustín	«En los libros de los Macabeos leemos…»	*El cuidado de los difuntos* 1,3
Crisóstomo	«Llevémosles socorros y hagamos su conmemoración»	Catecismo 1032
Trento	El purgatorio; los sufragios, sobre todo la misa	Sesión XXV
Vaticano II	Cita 2 Mac 12,46	*Lumen gentium* 50
Benedicto XVI	«Nadie se salva solo»	*Spe salvi* 48

El purgatorio es la purificación final de los elegidos, «completamente distinta del castigo de los condenados» (Catecismo 1030-1032). Las misas de difuntos leen 2 Mac 12,43-46, y el Oficio de lectura, el viernes de la 31.ª semana del tiempo ordinario, lee 12,32-46 con un sermón de san Gregorio Nacianceno.

PARA PROFUNDIZAR

«Un pensamiento santo y saludable»: la oración por los difuntos

El pasaje que cierra el capítulo es breve, pero pocos textos del Antiguo Testamento se han citado tanto en la historia de la Iglesia. Al recoger a los caídos para enterrarlos (12,39), Judas descubre bajo sus túnicas objetos consagrados a los ídolos de Jamnia, que la Ley prohibía (ver nota a 12,40). La reacción tiene tres tiempos: bendicen «los justos juicios del Señor», oran para que aquel pecado «se eche en olvido», y Judas envía a Jerusalén una colecta para un sacrificio por los pecados de los muertos (12,41-43; ver nota a 12,43). El narrador explica el gesto: Judas esperaba que los que habían muerto habían de resucitar (ver nota a 12,44), y creía que a los que mueren con piedad les está reservada «una gran misericordia» (12,45).

La conclusión se lee de dos maneras (ver nota a 12,46). La Vulgata la convierte en una máxima: «es un pensamiento santo y saludable rogar por los difuntos»; el griego habla de Judas, cuyo pensamiento era «santo y piadoso», y que por eso hizo la expiación por los muertos. En lo esencial dicen lo mismo: unos vivos rezan y ofrecen un sacrificio para que unos muertos queden libres de su pecado. El texto no dice nada más sobre la suerte de aquellos soldados, y no hay que añadirlo. Torres Amat sugiere en nota una razón de esperanza: habían muerto «peleando en defensa de la fe, o del culto de Dios, y de la vida y libertad de sus hermanos», y «era de esperar» que el Señor les hubiese dado «un verdadero dolor de la culpa cometida».

Es el testimonio más claro de una práctica judía de la época; en los libros anteriores de la Escritura no hay nada tan explícito. La *Enciclopedia Católica* veía aquí la tradición de los judíos expuesta «con precisión y claridad», y Benedicto XVI escribe: «El judaísmo antiguo piensa también que se puede ayudar a los difuntos en su condición intermedia por medio de la oración (cf. por ejemplo 2 Mc 12,38-45: siglo I a. C.)» (*Spe salvi*, n. 48; el papa usa la numeración griega). La oración judía por los difuntos sigue viva: en los funerales y aniversarios se recita, por ejemplo, la plegaria *El malé rajamim*, que pide para el difunto el descanso bajo las alas de la presencia divina.

Los cristianos recibieron esta práctica «con mucha naturalidad», dice el mismo papa. A comienzos del siglo III, Tertuliano cuenta que se hacen ofrendas por los difuntos en el aniversario de su muerte (*De corona* 3) y aconseja a la viuda rezar por el alma de su marido (*De monogamia* 10); en las catacumbas, las inscripciones piden para los muertos paz y descanso. Santa Mónica, al morir, pidió a sus hijos que se acordaran de ella «ante el altar del Señor» (Catecismo 1371). San Agustín apoya la costumbre en este libro y añade que, aunque no se leyera en él, bastaría la autoridad de toda la Iglesia, que en las oraciones del altar encomienda a los difuntos (*El cuidado de los difuntos* 1,3). San Juan Crisóstomo exhorta: «Llevémosles socorros y hagamos su conmemoración» (Catecismo 1032), y el Oficio de lectura acompaña este pasaje con un sermón de san Gregorio Nacianceno que encomienda a Dios a los que nos han precedido.

La Iglesia formuló esta fe en los concilios de Florencia y de Trento (Catecismo 1031). Trento, sin citar este libro, enseña que hay

un purgatorio y que las almas que allí están son ayudadas por los sufragios de los fieles, «sobre todo por el aceptable sacrificio del altar» (sesión XXV). El Catecismo llama purgatorio a la «purificación final de los elegidos que es completamente distinta del castigo de los condenados» (nn. 1030-1031); cita 12,46 con el Vaticano II (n. 958) y apoya en él los sufragios: la misa, la limosna, las indulgencias y la penitencia (n. 1032). Los reformadores del siglo XVI rechazaron el purgatorio y contaron este libro entre los apócrifos; la Iglesia mantuvo los dos (Catecismo 120).

Benedicto XVI explica por qué esta oración tiene sentido: «Nadie vive solo. Ninguno peca solo. Nadie se salva solo» (*Spe salvi*, n. 48). Judas no abandona a sus soldados ni después de su pecado ni después de su muerte. Lo que él hizo con una colecta y un sacrificio, la Iglesia lo hace en cada misa, cuando ofrece el único sacrificio de Cristo y pide por los que se durmieron en la esperanza de la resurrección.

PAUSA

1. Judas oró y ofreció un sacrificio por unos soldados que habían muerto en pecado. ¿Rezas por tus difuntos, también por los que murieron lejos de Dios?
2. Los objetos escondidos bajo la túnica salieron a la luz al final. ¿Qué seguridades escondidas guardas, en las que confías más que en Dios?
3. Judas dio las gracias a los vecinos de Escitópolis que habían tratado bien a los suyos. ¿A quién le debes un agradecimiento que todavía no has dado?

Para orar. *Señor de vivos y muertos, concede a nuestros difuntos tu misericordia, y a nosotros la esperanza de la resurrección.*

13

La muerte de Menelao y la campaña de Eupátor

El año 163 a. C., el joven rey Antíoco V Eupátor y su tutor Lisias invaden Judea con un ejército enorme. El capítulo tiene tres tiempos: el fin de Menelao, el sumo sacerdote que había comprado el cargo, ejecutado por el propio rey en una torre de ceniza (vv. 1-8); la respuesta de Judas, tres días de oración y un ataque nocturno cerca de Modín con la consigna «La victoria de Dios» (vv. 9-17); y el sitio de Betsura, hasta que una rebelión en Antioquía obliga al rey a pactar, honrar el templo y volverse (vv. 18-26). 1 Mac 6,18-63 cuenta la misma campaña de otro modo.

El fin de Menelao

1 El año ciento cuarenta y nueve [1] supo Judas que Antíoco
Eupátor venía con un gran ejército contra la Judea,
2 acompañado de Lisias, tutor y regente del reino; y que
traía consigo ciento diez mil hombres de a pie, y cinco mil
de a caballo, y veintidós elefantes y trescientos carros ar-
mados de cuchillos [2].

3 Se unió también a ellos Menelao; y con un gran artificio
procuraba aplacar a Antíoco, no porque amase el bien de
la patria, sino esperando ser puesto en posesión del

principado [3]. [4] Mas el rey de los reyes movió el corazón de
Antíoco contra aquel malvado; y habiendo dicho Lisias
que él era la causa de todos los males, mandó prenderlo, y
que le quitasen la vida en aquel mismo lugar, según el uso
de ellos [4]. [5] Había, pues, en aquel sitio una torre de cin-
cuenta codos de alto [5], rodeada por todas partes de un
gran montón de cenizas, desde allí no se veía más que un
precipicio. [6] Y mandó que desde la torre fuese arrojado en
la ceniza aquel sacrílego, llevándolo todos a empellones a
la muerte. [7] De este modo, pues, debió morir Menelao,
prevaricador de la ley, sin que a su cuerpo se le diese sepul-
tura. [8] Y a la verdad con mucha justicia; porque habiendo
él cometido tantos delitos contra el altar de Dios, cuyo fue-
go y ceniza son cosas santas [6], justamente fue condenado
a morir sofocado por la ceniza.

Oración y victoria cerca de Modín

[9] El rey continuaba furibundo su marcha, con ánimo de
mostrarse con los judíos más cruel que su padre.
[10] Teniendo, pues, Judas noticia de ello, mandó al pueblo
que invocase al Señor día y noche, a fin de que les asistiese
en aquella ocasión, como lo había hecho siempre; [11] pues
temían verse privados de su ley, de su patria y de su santo
templo; y para que no permitiese que su pueblo escogido,
que poco antes había empezado a respirar algún tanto, se
viese nuevamente subyugado por las naciones, que blasfe-

man su santo Nombre. 12 En efecto, haciendo todos a una
lo mandado por Judas, implorando la misericordia del Se-
ñor con lágrimas y ayunos [7], postrados en tierra por espa-
cio de tres días continuos, los exhortó Judas a que estuvie-
sen apercibidos.

13 Él luego, con el consejo de los ancianos, resolvió salir a
campaña antes que el rey Antíoco entrase con su ejército
en la Judea y se apoderase de la ciudad, y encomendar al
Señor el éxito de la empresa. 14 Entregándose, pues, ente-
ramente a las disposiciones de Dios, creador del universo,
y habiendo exhortado a sus tropas a pelear varonilmente y
hasta perder la vida en defensa de sus leyes, de su templo y
de su ciudad, de su patria y de sus conciudadanos, hizo
acampar el ejército en las cercanías de Modín [8]. 15 Dio des-
pués a los suyos por señal La victoria de Dios [9]; y tomando
consigo los jóvenes más valientes de sus tropas, asaltó de
noche el cuartel del rey, y mató en su campamento cuatro
mil hombres y al mayor de los elefantes, con toda la gente
que llevaba encima [10]. 16 Y llenando con esto de un gran
terror y confusión el campo de los enemigos, concluida
tan felizmente la empresa, se retiraron. 17 Se ejecutó todo
esto al rayar el día, asistiendo el Señor al Macabeo con su
protección.

Betsura y la paz

18 Mas el rey, visto este ensayo de la audacia de los judíos,
intentó apoderarse con arte de los lugares más fortifica-
dos. 19 Y se acercó con su ejército a Betsura [11], una de las
plazas de los judíos más bien fortificadas; pero era recha-
zado, hallaba mil tropiezos, y perdía gente. 20 Entretanto
Judas enviaba a los sitiados cuanto necesitaban. 21 En esto
un tal Rodoco hacía de espía de los enemigos en el ejército
de los judíos; pero siendo reconocido, fue preso y puesto
en un encierro. 22 Entonces el rey parlamentó nuevamente
con los habitantes de Betsura [12], les concedió la paz, apro-
bó la capitulación de los sitiados, y se marchó.

23 Pero antes había peleado con Judas, y quedado vencido.
A esta sazón, teniendo aviso de que en Antioquía se le ha-
bía rebelado Filipo, el cual había quedado con el gobierno
de los negocios, consternado en gran manera su ánimo,
suplicando y humillándose a los judíos, juró guardarles
todo lo que pareció justo; y después de esta reconciliación
ofreció un sacrificio, tributó honor al templo, y le hizo va-
rios donativos [13]; 24 y abrazó al Macabeo, declarándolo go-
bernador y príncipe de todo el país desde Tolemaida hasta
los gerrenos o gerasenos [14]. 25 Luego que Antíoco llegó a
Tolemaida, dieron a conocer sus habitantes el grave dis-
gusto que les había causado aquel tratado y amistad hecha
con los judíos, temiendo que indignados no rompiesen la

alianza. [26] Pero subiendo Lisias a la tribuna [15], expuso las razones que habían mediado para esta alianza, apaciguó al pueblo, y volvió después a Antioquía. Tal fue la expedición del rey y el fin que tuvo.

¿Sabías que?

La Berea donde murió Menelao, según el griego (13,4), es la actual Alepo, en el norte de Siria. Seleuco I, el fundador de la dinastía, le dio el nombre de una ciudad de su Macedonia natal, Berea, la actual Veria, en Grecia. Esa otra Berea aparece en el Nuevo Testamento: allí predicó san Pablo, y sus judíos, «más nobles que los de Tesalónica», recibieron la palabra examinando cada día las Escrituras (Hch 17,10-11). Alepo conservó durante siglos una gran comunidad judía: uno de los manuscritos más célebres de la Biblia hebrea, el Códice de Alepo, del siglo X, se guardó en su sinagoga hasta 1947.

PAUSA

1. Ante el peligro, Judas mandó orar tres días antes de salir a combatir. ¿Qué lugar ocupa la oración cuando tienes que tomar una decisión difícil?
2. Menelao se arrimó a los poderosos para conservar su cargo, y ellos mismos lo abandonaron. ¿En qué seguridades humanas pones tu confianza?

Para orar. *Señor, que en cada lucha empiece por ponerme en tus manos, y que la victoria sea tuya.*

14

Alcimo, Nicanor y Razías

Un nuevo rey, Demetrio I, ocupa el trono de Siria. El capítulo tiene cuatro escenas: Alcimo, antiguo sumo sacerdote, acusa a Judas ante el rey, que envía a Nicanor (vv. 1-15); Nicanor, en lugar de combatir, hace la paz y se hace amigo de Judas, hasta que una orden del rey los separa (vv. 16-30); burlado, Nicanor amenaza con arrasar el templo, y los sacerdotes oran (vv. 31-36); y el anciano Razías, «padre de los judíos», se da muerte antes que caer en manos de los soldados (vv. 37-46). 1 Mac 7 cuenta la misión de Nicanor de otro modo.

Alcimo acusa a Judas

1 Pero de allí a tres años [1] Judas y su gente entendieron
que Demetrio, hijo de Seleuco, habiendo llegado con mu-
chas naves y un numeroso ejército al puerto de Trípoli, se
había apoderado de los puestos más ventajosos, 2 y ocupa-
do varios territorios, a despecho de Antíoco y de su gene-
ral Lisias [2]. 3 Entretanto un cierto Alcimo, que había sido
sumo sacerdote, y que voluntariamente se había contami-
nado en los tiempos de la mezcla [3] de los ritos judaicos y
gentiles, considerando que no había ningún remedio para
él, y que jamás podría acercarse al altar, 4 pasó a ver al rey
Demetrio, en el año ciento cincuenta, presentándole una

corona de oro y una palma de lo mismo, y además unos ramos que parecían ser del templo [4]; y por entonces no le dijo nada.

[5] Pero habiendo logrado una buena coyuntura para ejecutar su loco designio, por haberlo llamado Demetrio a su consejo, y preguntándole cuál era el sistema y máxima con que se regían los judíos, [6] respondió en esta forma: Aquellos judíos que se llaman asideos [5], cuyo caudillo es Judas Macabeo, son los que fomentan la guerra, y mueven las sediciones, y no dejan estar en quietud el reino. [7] Y yo mismo, despojado de la dignidad hereditaria de mi familia, quiero decir, del sumo sacerdocio, me vine acá; [8] primeramente por ser fiel a la causa del rey, y lo segundo para mirar por el bien de mis ciudadanos; pues toda nuestra nación padece grandes vejaciones por causa de la perversidad de aquellos hombres. [9] Así que, te suplico, ¡oh rey!, que informándote por menor de todas estas cosas, mires por nuestra tierra y nación, conforme a tu bondad a todos notoria. [10] Porque en tanto que viva Judas, es imposible que haya allí paz [6].

[11] Habiéndose él explicado de esta suerte, todos sus amigos inflamaron también a Demetrio contra Judas, del cual eran enemigos declarados. [12] Así es que al punto envió el rey a la Judea por general a Nicanor, comandante de los elefantes [7], [13] con orden de que cogiese vivo a Judas, dis-

persase sus tropas, y pusiese a Alcimo en posesión del sumo sacerdocio del gran templo. 14 Entonces los gentiles que habían huido de la Judea por temor a Judas, vinieron en bandadas a juntarse con Nicanor, mirando como prosperidad propia las miserias y calamidades de los judíos. 15 Luego que éstos supieron la llegada de Nicanor y la reunión de los gentiles con él, esparciendo polvo sobre sus cabezas, dirigieron sus plegarias a aquel Señor que se había formado un pueblo suyo para conservarlo eternamente [8], y que con evidentes milagros había protegido su herencia.

Nicanor, amigo de Judas

16 E inmediatamente por orden del comandante partieron de allí, y fueron a acampar junto al castillo de Desau [9]. 17 Había ya Simón, hermano de Judas, venido a las manos con Nicanor; pero se llenó de sobresalto con la repentina llegada de otros enemigos. 18 Sin embargo, enterado Nicanor del denuedo de las tropas de Judas y de la grandeza de ánimo con que combatían por su patria, temió dejar su suerte a la decisión de una batalla. 19 Y así envió delante a Posidonio, a Teodocio y a Matías para presentar y admitir proposiciones de paz [10]. 20 Y habiendo durado largo tiempo las conferencias sobre el asunto, y dando el mismo general parte de ellas al pueblo, todos unánimemente fueron de parecer que se aceptara la paz. 21 En virtud de lo cual los dos generales emplazaron un día para conferen-

ciar entre sí secretamente; a este fin se llevó y puso una silla para cada uno de ellos [11]. 22 Esto no obstante, mandó Judas apostar algunos soldados en lugares oportunos, no fuera que los enemigos intentasen de repente hacer alguna traición. Pero la conferencia se celebró como debía.

23 Por esto Nicanor fijó después su residencia en Jerusalén, sin hacer ningún mal a nadie, y despidió aquella multitud de tropas que se le habían juntado. 24 Amaba constantemente a Judas con un amor sincero [12], mostrando una particular inclinación hacia él. 25 Le rogó que se casase, y pensase en tener hijos [13]. En efecto, se casó, vivía tranquilo, y los dos se trataban familiarmente.

26 Mas viendo Alcimo la amistad y buena armonía que reinaba entre ellos, fue a ver a Demetrio, y le dijo que Nicanor favorecía los intereses ajenos o de los enemigos, y que tenía destinado por sucesor suyo a Judas, que aspiraba al trono. 27 Exasperado e irritado el rey sobremanera con las atroces calumnias de este malvado, escribió a Nicanor diciéndole que llevaba muy a mal la amistad que había contraído con el Macabeo, y que le mandaba que luego al punto se lo enviase atado a Antioquía. 28 Enterado de esto Nicanor, quedó lleno de consternación, y sentía sobremanera tener que violar los tratados hechos con aquel varón, sin haber recibido de él ofensa alguna [14]. 29 Mas no pudiendo desobedecer al rey, andaba buscando oportunidad

para poner en ejecución la orden recibida. [30] Entretanto el Macabeo, observando que Nicanor lo trataba con aspereza y que en las visitas acostumbradas se le mostraba con cierto aire duro e imponente, consideró que aquella aspereza no podía nacer de nada bueno, y reuniendo algunos pocos de los suyos, se ocultó de Nicanor.

La amenaza contra el templo

[31] Luego que éste reconoció que Judas había tenido la destreza de prevenirlo, fue al augusto y santísimo templo, hallándose los sacerdotes ofreciendo los sacrificios acostumbrados, y les mandó que le entregasen al Macabeo. [32] Mas como ellos le asegurasen con juramento que no sabían dónde estaba el que él buscaba, Nicanor levantó la mano contra el templo, [33] y juró diciendo: Si no me entregáis atado a Judas, arrasaré este templo de Dios, derribaré este altar, y consagraré aquí un templo al dios y padre Baco [15]; [34] y dicho esto, se marchó. Los sacerdotes, entonces, levantando sus manos al cielo, invocaban a aquel Señor que había sido siempre el defensor de su nación, y oraban de este modo: [35] Señor de todo el universo; tú que de nada necesitas, quisiste tener entre nosotros un templo para tu morada [16]. [36] Conserva, pues, ¡oh Santo de los santos y Señor de todas las cosas!, conserva ahora, y para siempre libre de profanación esta casa, que hace poco tiempo ha sido purificada.

Razías

37 En este tiempo fue acusado a Nicanor uno de los ancianos de Jerusalén, llamado Razías, varón amante de la patria, y de gran reputación, al cual se daba el nombre de padre de los judíos [17] por el afecto con que los miraba a todos. 38 Éste, pues, ya de mucho tiempo antes, llevaba constantemente una vida muy exacta en el judaísmo [18], pronto a dar su misma vida antes que faltar a su observancia. 39 Mas queriendo Nicanor manifestar el odio que tenía a los judíos, envió quinientos soldados para que lo prendiesen; 40 pues juzgaba que si lograba seducir a este hombre, haría un daño gravísimo a los judíos.

41 Pero al tiempo que los soldados hacían sus esfuerzos para entrar en la casa, rompiendo la puerta, y poniéndole fuego, así que estaban ya para prenderle, se hirió con su espada, 42 prefiriendo morir noblemente a verse esclavo de los idólatras [19], y a sufrir ultrajes indignos de su nacimiento. 43 Mas como por la precipitación con que se hirió no fuese mortal la herida, y entrasen ya en tropel los soldados en la casa, corrió animosamente al muro, y se precipitó denodadamente encima de las gentes; 44 las cuales retirándose al momento para que no les cayese encima, vino a dar de cabeza contra el suelo. 45 Pero como aún respirase, hizo un nuevo esfuerzo y se volvió a poner en pie; y aunque la sangre le salía a borbollones por sus heridas morta-

les, pasó corriendo por medio de la gente, [46]y subiéndose sobre una roca escarpada, desangrado ya como estaba, agarró con ambas manos sus propias entrañas, y las arrojó sobre las gentes, invocando al Señor y dueño del alma y de la vida [20], a fin de que se las volviese a dar algún día; y de esta manera acabó de vivir.

¿Sabías que?

La palabra hebrea que está detrás de los «asideos» (14,6), *jasid*, «piadoso», «fiel a la alianza», aparece muchas veces en los salmos para designar a los fieles del Señor. Siglos después dio nombre a otro movimiento judío: el jasidismo, nacido en el siglo XVIII en Podolia, en la actual Ucrania, en torno a Israel ben Eliezer, llamado el Baal Shem Tov, «el del Buen Nombre», que predicaba una piedad alegre al alcance de la gente sencilla. Los jasídicos de hoy no descienden de los asideos de Judas Macabeo: comparten con ellos el nombre y el ideal de la fidelidad.

PARA PROFUNDIZAR

Razías: entre el martirio y el suicidio

La muerte de Razías (14,37-46) es una de las páginas más difíciles de la Biblia. El texto lo presenta con respeto: era uno de los ancianos de Jerusalén, amante de su pueblo, y lo llamaban «padre de los judíos»; en los años de la persecución había arriesgado cuerpo y vida por el judaísmo (ver nota a 14,38). Nicanor manda quinientos soldados a prenderlo. Cuando derriban la puerta y pren-

den fuego a la casa, Razías se hiere con su espada; como la herida no es mortal, se arroja desde el muro y, todavía vivo, sube a una roca y muere invocando al «Señor y dueño del alma y de la vida», para que un día le devuelva lo que ahora pierde (ver nota a 14,46).

El narrador lo admira: Razías muere «noblemente», «animosamente», «denodadamente». Es el lenguaje de la muerte heroica que celebraba la cultura griega, y el compendiador lo aplica a un fiel perseguido. Razías no busca la muerte por desesperación, sino para no caer en manos de quienes querían doblegarlo y ultrajarlo, y su último gesto es un acto de fe en la resurrección. Y, sin embargo, el mismo libro ofrece un contraste. El anciano Eleázaro se negó incluso a fingir que comía carne prohibida, y caminó «voluntariamente» al suplicio (6,19-28); los siete hermanos y su madre murieron a manos del rey (cap. 7). Ellos aceptaron la muerte que otros les daban; Razías se la dio él mismo. Esa es la línea que separa el martirio del suicidio: el mártir «soporta la muerte mediante un acto de fortaleza» (Catecismo 2473).

La tradición cristiana tuvo que pensar este caso. En el norte de África, en tiempos de san Agustín, algunos donatistas extremistas, los circunceliones, buscaban la muerte y llegaban a tenerla por martirio; a menudo se arrojaban desde los precipicios (*Enciclopedia Católica*, «Donatists»). Torres Amat cita la respuesta de Agustín en su obra contra Gaudencio, obispo donatista: comoquiera que se entiendan las alabanzas dadas a la vida de Razías, «la muerte suya no fue alabada por la Divina Sabiduría», porque no se unió «con la paciencia que deben tener los hijos de Dios». En *La ciudad de Dios*, Agustín había escrito que quitarse la vida no nace de verdadera grandeza de alma, sino más bien de un áni-

mo débil, incapaz de soportar los males (I,22). Santo Tomás nombra a Razías: matarse para evitar males tiene «apariencia de fortaleza», pero no es verdadera fortaleza, sino debilidad de ánimo (*Suma teológica* II-II, q. 64, a. 5, ad 5).

Torres Amat sigue esa línea. A quien objete el ejemplo de Sansón, o el de las vírgenes cristianas que se arrojaron a las llamas para conservar su virginidad, responde que en esos casos «debe suponerse una inspiración clara del Espíritu de Dios», como ya decía Agustín de Sansón (*La ciudad de Dios* I,21), y que no se ve indicio de ella en Razías.

¿Por qué, entonces, la Escritura lo alaba? Porque la Biblia narra, y no aprueba todo lo que narra. El Vaticano II recuerda que los libros del Antiguo Testamento, aunque contienen «elementos imperfectos y pasajeros», manifiestan la pedagogía de Dios (*Dei Verbum* 15; Catecismo 122). La admiración del narrador por la fidelidad y el valor de Razías es verdadera; su juicio sobre el modo de morir es el de su tiempo, y la revelación posterior lo ilumina. Sobre el suicidio, la enseñanza de la Iglesia, firme y a la vez llena de misericordia (Catecismo 2280-2283), se expone en el ensayo «La muerte de Saúl» (1 Sam 31); aquí basta recordar que el temor grave de la tortura puede disminuir la responsabilidad (n. 2282), que Razías murió invocando a Dios y esperando la resurrección, y que solo Dios juzga los corazones: «no se debe desesperar de la salvación eterna» de quienes se han dado muerte (n. 2283).

Lo que queda de esta página es su fe y su amor a su pueblo, más que su gesto final. Razías quiso evitar a toda costa el ultraje. Cristo, en cambio, lo aceptó: «cuando lo insultaban, no devolvía el

insulto», sino que se ponía en manos del que juzga con justicia (1 Pe 2,23), y «soportó la cruz, sin miedo a la ignominia» (Hb 12,2). Desde la cruz, la paciencia que Agustín echaba de menos en Razías se convirtió en el camino de los mártires cristianos, que no se dan la muerte, sino que la reciben, perdonando.

PAUSA

1. Nicanor fue amigo sincero de Judas, pero rompió la amistad por miedo al rey. ¿Has sacrificado alguna vez una amistad o tu conciencia por quedar bien con los poderosos?
2. Razías prefirió morir antes que ser ultrajado. ¿Cómo reaccionas ante las humillaciones, y qué te enseña Cristo, que las soportó sin devolver el insulto?
3. Los sacerdotes oraron: «tú que de nada necesitas, quisiste tener entre nosotros un templo». ¿Cuidas tu vida como un lugar donde Dios quiere habitar?

Para orar. *Señor, dueño del alma y de la vida, dame paciencia en la prueba y fidelidad hasta el final.*

15

La derrota de Nicanor y el epílogo

El último capítulo termina donde el libro empezó, en el templo. Nicanor quiere atacar a Judas en sábado y se burla del Dios del cielo (vv. 1-5). Judas arma a los suyos con la Ley y los Profetas y con un sueño: el sumo sacerdote Onías y el profeta Jeremías oran por el pueblo, y Jeremías le entrega una espada de oro (vv. 6-16). Tras la oración viene la batalla, en la que Nicanor cae (vv. 17-29); su cabeza y su mano se exhiben en Jerusalén y se instituye una fiesta (vv. 30-37). El compendiador se despide con una imagen del vino y el agua (vv. 38-40).

Nicanor contra el sábado

1 Luego que Nicanor tuvo noticia que Judas estaba en tierra de Samaria, resolvió acometerlo con todas sus fuerzas
en un día de sábado [1], 2 y como los judíos que por necesidad lo seguían, le dijesen: No quieras hacer una acción tan
feroz y bárbara como ésa; mas honra la santidad de este día, y respeta a aquel Señor que ve todas las cosas, 3 les
preguntó aquel infeliz si había en el cielo algún Dios poderoso [2] que hubiese mandado celebrar el sábado. 4 Y
contestándole ellos: Sí, el Señor Dios vivo y poderoso que hay en el cielo, es el que mandó guardar el día séptimo.
5 Pues yo, les replicó él, soy poderoso sobre la tierra, y

mando que se tomen las armas, y que se ejecuten las órdenes del rey. Mas a pesar de eso, no pudo Nicanor efectuar sus designios,

6 siendo así que había ideado ya, en el delirio de su soberbia, erigir un trofeo en memoria de la derrota de Judas [3] y de su gente. 7 En medio de esto, el Macabeo esperaba siempre con firme confianza que Dios le asistiría con su socorro; 8 y al mismo tiempo exhortaba a los suyos a que no temiesen el encuentro de las naciones, sino que antes bien trajesen a la memoria la asistencia que otras veces habían recibido del cielo, y que ahora esperasen también que el Todopoderoso les concedería la victoria. 9 Y dándoles igualmente instrucciones sacadas de la ley y de los profetas [4], y acordándoles los combates que antes habían ellos sostenido, les infundió nuevo aliento. 10 Inflamados de esta manera sus ánimos, les ponía igualmente a la vista la perfidia de las naciones, y la violación de los juramentos. 11 Y armó a cada uno de ellos, no tanto con darle escudo y lanza, como con admirables discursos [5] y exhortaciones, y con la narración de una visión muy fidedigna que había tenido en sueños, la cual llenó a todos de alegría.

El sueño de Judas

12 Ésta fue la visión que tuvo: Se le representó que estaba viendo a Onías, sumo sacerdote, que había sido hombre lleno de bondad y de dulzura [6], de aspecto venerando,

modesto en sus costumbres y de gracia en sus discursos, y que desde niño se había ejercitado en la virtud; el cual, levantadas las manos, oraba por todo el pueblo judaico [7]; [13] que después se le había aparecido otro varón, respetable por su ancianidad [8], lleno de gloria y rodeado por todos lados de magnificencia; [14] y que Onías, dirigiéndole la palabra, le había dicho: Éste es el verdadero amante de sus hermanos [9] y del pueblo de Israel; éste es Jeremías, profeta de Dios, que ruega incesantemente por el pueblo y por toda la ciudad santa; [15] que luego Jeremías extendió su derecha y entregó a Judas una espada de oro, diciéndole: [16] Toma esta santa espada, como don de Dios [10], con la cual derribarás a los enemigos de mi pueblo de Israel.

La batalla

[17] Animados, pues, todos con estas palabras de Judas, las más eficaces para avivar el valor, e infundir nuevo aliento en la juventud, resolvieron atacar y combatir vigorosamente a los enemigos, de modo que su esfuerzo decidiese la causa, pues así el templo como la ciudad santa estaban en peligro. [18] Y a la verdad menos cuidado pasaban por sus mujeres, por sus hijos [11], por sus hermanos y por sus parientes, que por la santidad del templo, que era lo que les causaba el mayor y principal temor. [19] Asimismo los que se hallaban dentro de la ciudad, estaban en gran sobresalto por la suerte de aquellos que iban a entrar en batalla.

[20] Y cuando ya todos estaban aguardando la decisión del
combate, estando ya a la vista los enemigos, el ejército for-
mado en batalla, y los elefantes y caballería colocados en
los lugares oportunos; [21] considerando el Macabeo la mul-
titud de hombres que venía a dejarse caer sobre ellos, y el
aparato de armas, y la ferocidad de los elefantes, levantó
las manos al cielo, invocando a aquel Señor que obra los
prodigios; a aquel que, no según la fuerza de los ejércitos,
sino según su voluntad, concede la victoria [12] a los que la
merecen. [22] Y lo invocó de esta manera: ¡Oh Señor! Tú, que
en el reino de Ezequías, rey de Judá, enviaste uno de tus
ángeles, y quitaste la vida a ciento ochenta y cinco mil
hombres del ejército de Sennaquerib, [23] envía también
ahora, ¡oh Dominador de los cielos!, a tu ángel bueno [13]
que vaya delante de nosotros, y haga conocer la fuerza de
tu terrible y tremendo brazo; [24] a fin de que queden llenos
de espanto los que blasfemando del Nombre tuyo, vienen
contra tu santo pueblo. Así terminó su oración.

[25] Entretanto venía Nicanor marchando con su ejército al
son de trompetas y de canciones. [26] Mas Judas y su gente,
habiendo invocado a Dios por medio de sus oraciones, aco-
metieron al enemigo; [27] y orando al Señor en lo interior de
sus corazones [14], al mismo tiempo que, espada en mano,
cargaban sobre sus enemigos, mataron no menos de trein-
ta y cinco mil, sintiéndose sumamente llenos de gozo y de

vigor con la presencia de Dios. [28] Concluido el combate, al tiempo que alegres se volvían ya, supieron que Nicanor con sus armas yacía tendido en el suelo [15]. [29] Por lo que alzándose al instante una gran gritería y estrépito, bendecían al Señor Todopoderoso en su nativo idioma.

La cabeza de Nicanor y la fiesta

[30] Judas, que estaba siempre pronto a morir o dar su cuerpo y vida por sus conciudadanos [16], mandó que se cortase la cabeza y el brazo, junto con el hombro, a Nicanor, y que se llevasen a Jerusalén. [31] Así que llegó él a esta ciudad, convocó cerca del altar a sus conciudadanos y a los sacerdotes, e hizo llamar también a los del alcázar; [32] y habiéndoles mostrado la cabeza de Nicanor, y aquella su execrable mano, que con todo orgullo e insolencia había levantado contra la morada santa de Dios Todopoderoso, [33] mandó luego que la lengua de este impío fuese cortada en menudos trozos [17], y arrojada después para pasto de las aves; y que se colgara enfrente del templo la mano de aquel insensato. [34] Con esto bendijeron todos al Señor del cielo, diciendo: Bendito sea el que ha conservado exento de la profanación su santo templo [18]. [35] Asimismo hizo colgar la cabeza de Nicanor en lo más alto del alcázar, para que fuese una señal visible y patente de la asistencia de Dios.

36 Finalmente, todos unánimes resolvieron que de ningún
modo se debía pasar este día sin hacer en él una fiesta par-
ticular; 37 y se dispuso que se celebrase esta solemnidad el
día trece del mes llamado en lengua siríaca Adar [19], día
anterior al día festivo de Mardoqueo.

38 Ejecutadas, pues, estas cosas en orden a Nicanor, y he-
chos dueños los hebreos desde entonces de la ciudad [20],
acabaré yo también con esto mi narración. 39 Si ella ha sa-
lido bien, y cual conviene a una historia es ciertamente lo
que yo deseaba; pero si, por el contrario, es menos digna
del asunto que lo que debiera, se me debe disimular la
falta [21]. 40 Pues así como es cosa dañosa beber siempre
vino, o siempre agua [22], al paso que es grato el usar ora de
uno, ora de otra, así también un discurso gustaría poco a
los lectores si el estilo fuese siempre muy peinado y uni-
forme. Y con esto doy fin.

¿Sabías que?

Nicanor soñaba con levantar un trofeo por su victoria sobre Judas (15,6). Los primeros cristianos dieron a esa palabra un sentido nuevo. A comienzos del siglo III, un eclesiástico de Roma llamado Gayo (la tradición lo hace presbítero) escribía: «Yo puedo mostrarte los trofeos de los apóstoles: si vas al Vaticano o al camino de Ostia, encontrarás los trofeos de los que fundaron esta Iglesia» (Eusebio, *Historia eclesiástica* II,25,7). Los trofeos eran las tumbas de Pedro y de Pablo: la muerte de los mártires era su victoria. En las excavaciones bajo la basílica de San Pedro, a mediados del siglo XX, los arqueólogos identificaron con el «trofeo de Gayo» un pequeño monumento del siglo II levantado sobre la tumba venerada del apóstol.

Los que interceden por el pueblo

Quién	Por quién	Cita
Abrahán	Por Sodoma: «¿Destruirás al justo con el impío?»	Gn 18,22-33
Moisés	Por el pueblo, después del becerro de oro	Éx 32,11-14.31-32
Samuel	«Lejos de mí... dejar de rogar por vosotros»	1 Sam 12,23
Jeremías	Dios le dice: «No ruegues por este pueblo»; él se presenta ante Dios «para hablar en su favor»	Jer 7,16; 15,1; 18,20
Onías	Por Heliodoro, su enemigo	2 Mac 3,31-33
Onías y Jeremías	Después de su muerte, por todo el pueblo y la ciudad santa	2 Mac 15,12-14
Esteban	Por los que lo apedrean	Hch 7,60
Cristo	«Siempre vivo para interceder» por los que se acercan a Dios	Hb 7,25; Rm 8,34
Apocalipsis	Los ancianos y un ángel presentan a Dios las oraciones de los santos	Ap 5,8; 8,3-4
Los santos	«No dejan de interceder por nosotros ante el Padre»	Catecismo 956; 2683

Torres Amat anota en 15,12: «Aquí se ve la fe de la Sinagoga en orden a la intercesión de los Santos a favor de los vivos». Hay un solo mediador, Cristo (1 Tim 2,5), cuya mediación «no excluye, sino que suscita» la colaboración de las criaturas (Catecismo 970).

PARA PROFUNDIZAR

«El *que ruega mucho por el pueblo*»: *Onías, Jeremías y la intercesión de los santos*

Antes de la última batalla, Judas no reparte armas, sino palabras: arma a cada uno «no tanto con darle escudo y lanza, como con admirables discursos», y les cuenta un sueño «muy fidedigno» (15,11). En él ve a Onías, el sumo sacerdote justo asesinado años antes (ver nota a 4,34), orando con las manos levantadas por todo el pueblo (ver nota a 15,12). Aparece después un anciano lleno de gloria, y Onías lo presenta: «Éste es el verdadero amante de sus hermanos y del pueblo de Israel; éste es Jeremías, profeta de Dios, que ruega incesantemente por el pueblo y por toda la ciudad santa» (ver nota a 15,14). Jeremías entrega a Judas una espada de oro, «como don de Dios» (15,15-16). El sueño llena a todos de alegría, y la batalla se gana luchando con las manos y orando con el corazón (15,27).

La figura de Jeremías es elocuente. En vida, Dios le había prohibido interceder: «no ruegues por este pueblo» (Jer 7,16; 11,14; 14,11), y le había dicho que ni Moisés y Samuel, los grandes intercesores de Israel, cambiarían su sentencia (Jer 15,1). Pero el profeta no dejó de llevar a su pueblo en el corazón: «Acuérdate de que me presenté ante ti para hablar en su favor» (Jer 18,20). Después de su muerte, el que «ama a sus hermanos» ora «mucho» por ellos. La intercesión nace del amor: rogar por alguien es la forma más concreta de amarlo ante Dios.

Que los justos rueguen por su pueblo no es nuevo en la Biblia: Abrahán intercedió por Sodoma, Moisés por el pueblo infiel, Sa-

muel no quiso dejar de rogar por Israel (ver el cuadro de este capítulo). Lo nuevo es que intercedan después de la muerte. Muchos textos antiguos veían a los muertos lejos de Dios, en el silencio del *sheol*: «¿Acaso harás maravillas por los muertos? ¿Se levantarán las sombras a alabarte?» (Sal 88,11). En 2 Macabeos, en cambio, la esperanza de la resurrección (7,9) y la oración por los difuntos (12,43-46) se completan con esta otra certeza: los justos que murieron viven ante Dios y se ocupan de los vivos. Torres Amat lo subrayó: «Aquí se ve la fe de la Sinagoga en orden a la intercesión de los Santos a favor de los vivos», y añadió que esa intercesión es aún más eficaz después de la resurrección de Cristo.

El Nuevo Testamento confirma esa certeza. Jesús responde a los saduceos que Dios «no es Dios de muertos, sino de vivos» (Mt 22,32); la Carta a los Hebreos nos ve rodeados de «una nube de testigos» (Hb 12,1); en el Apocalipsis, los ancianos y un ángel presentan ante Dios las oraciones de los santos (Ap 5,8; 8,3-4). Sobre todo, Cristo resucitado está «siempre vivo para interceder» por los que se acercan a Dios por él (Hb 7,25): es «el único intercesor ante el Padre» (Catecismo 2634) y el único mediador (1 Tim 2,5).

¿No hace sombra la intercesión de los santos a la de Cristo? La Iglesia responde que no: la única mediación del Redentor «no excluye, sino que suscita en las criaturas una colaboración diversa que participa de la única fuente» (Catecismo 970, que cita *Lumen gentium* 62). Los santos «no dejan de interceder por nosotros ante el Padre», pero lo hacen «por medio del único mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús» (Catecismo 956, con *Lumen gentium* 49); su intercesión es expresión de la comunión de los santos (n. 2635). Si en la tierra nos pedimos unos a otros que recemos (1

Tes 5,25; St 5,16), la muerte no rompe esa comunión. Santo Domingo lo decía a sus frailes al morir: «os seré más útil después de mi muerte», y santa Teresa del Niño Jesús quiso pasar su cielo «haciendo el bien sobre la tierra» (Catecismo 956).

Los capítulos 12 y 15 forman así un díptico. En el primero, los vivos ruegan por los muertos; en el segundo, los muertos ruegan por los vivos. Es la misma comunión que describe el Catecismo: nuestra oración por los difuntos «puede no solamente ayudarles, sino también hacer eficaz su intercesión en nuestro favor» (n. 958). Judas venció con una espada que era «don de Dios»; tampoco el cristiano pelea solo.

PAUSA

1. Judas armó a los suyos con palabras de la Escritura más que con escudos. ¿Qué palabra de Dios te sostiene en tus luchas?
2. Onías y Jeremías siguen orando por su pueblo después de la muerte. ¿A qué santo, o a qué ser querido que ya está con Dios, te encomiendas?
3. Los de Judas luchaban con las manos y oraban con el corazón. ¿Cómo puedes unir hoy tu trabajo y tu oración?

Para orar. *Señor, que la intercesión de tus santos me acompañe, y que yo sepa rogar sin cansarme por mis hermanos.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulos 1 a 2

1. ¿A quiénes va dirigida la primera carta, y a qué los invita? 1
2. ¿Qué encontraron los nietos de los sacerdotes cuando fueron a buscar el fuego escondido? 2
3. ¿Qué nombre dio Nehemías al lugar del fuego, y qué significa? 3
4. ¿Qué llevó Jeremías a la cueva del monte, según los escritos que cita la carta? 4
5. ¿Qué reunió Nehemías, según sus memorias? 5
6. ¿Cuántos libros escribió Jasón de Cirene, y qué hizo con ellos el autor? 6

Capítulos 3 a 4

1. ¿Qué respondió el sumo sacerdote a Heliodoro sobre el dinero del tesoro? 1

2. ¿Quiénes se aparecieron a Heliodoro en el tesoro? 2
3. ¿Por qué ofreció Onías un sacrificio por Heliodoro? 3
4. ¿Qué ofreció Jasón al rey a cambio del sumo sacerdocio y del gimnasio? 4
5. ¿Cómo murió Onías? 5
6. ¿Cómo logró Menelao ser absuelto ante el rey en Tiro? 6

Capítulo 6

1. ¿Qué se vio durante cuarenta días en el aire sobre Jerusalén? 1
2. ¿Quién guió a Antíoco cuando entró en el templo? 2
3. Según el autor, ¿por qué no defendió Dios el templo esta vez, como lo había defendido de Heliodoro? 3
4. ¿Dónde se retiró Judas Macabeo y de qué se alimentaba? 4
5. ¿A quién fue consagrado el templo de Jerusalén? 5
6. ¿Qué le propusieron a Eleázaro sus antiguos amigos, y qué edad tenía? 6

Capítulo 7

1. ¿Qué dijo el segundo hermano antes de morir? [1]
2. ¿Qué dijo el tercero al extender sus manos? [2]
3. ¿Qué le prometió Antíoco al más pequeño de los hermanos? [3]
4. ¿Con qué razón animó la madre a su hijo menor a no temer al verdugo? [4]
5. ¿Qué pidió a Dios el último de los hermanos al ofrecer su vida? [5]

Capítulos 8 a 9

1. ¿Cómo pensaba Nicanor pagar el tributo que el rey debía a los romanos? [1]
2. ¿Qué consigna dio Judas a su ejército antes de marchar contra Nicanor? [2]
3. ¿Por qué dejaron de perseguir al enemigo los soldados de Judas? [3]
4. ¿Qué le sucedió a Antíoco apenas pronunció su amenaza contra Jerusalén? [4]

5. ¿Qué reconoció Antíoco cuando ya no podía soportar su propio olor? 5

6. ¿Quién trasladó el cuerpo de Antíoco y adónde huyó después? 6

Capítulos 10 a 11

1. ¿Qué día fue purificado el templo, y por qué lo subraya el autor? 1

2. ¿Qué vieron los enemigos en lo más recio de la batalla contra Timoteo? 2

3. ¿Qué pidieron el Macabeo y el pueblo cuando Lisias atacó Betsura? 3

4. ¿Qué decretó el rey Antíoco V sobre el templo en su carta a Lisias? 4

Capítulos 12 a 13

1. ¿Por qué Dositeo y Sosípatro dejaron libre a Timoteo? 1

2. ¿Qué encontraron bajo la ropa de los judíos muertos en la batalla contra Gorgias? 2

3. ¿Qué hizo Judas por aquellos soldados muertos, y por qué? 3

4. ¿Cómo murió Menelao? 4

5. ¿Qué consigna dio Judas a los suyos antes del ataque nocturno cerca de Modín? 5

Capítulos 14 a 15

1. ¿De qué acusó Alcimo a los asideos ante el rey Demetrio? 1

2. ¿Qué le pidió Nicanor a Judas cuando eran amigos? 2

3. ¿Qué juró hacer Nicanor si los sacerdotes no le entregaban a Judas? 3

4. ¿Qué vio Judas en el sueño que contó a sus soldados? 4

5. ¿Qué decidieron los judíos después de la victoria sobre Nicanor? 5

6. ¿Con qué imagen se despide el compendiador? 6

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, palabras cortadas y algunas palabras perdidas o desfiguradas, cotejadas con la primera edición de Torres Amat (1824) y con la de 1884: Menelao hizo condenar a unos hombres que «aunque fuese de bárbaros escitas» habrían sido declarados inocentes (4,47); Antíoco se imaginaba poder «caminar sobre el mar a pie enjuto» (5,21) y «quería levantarse sobre la esfera de hombre» (9,8); en la batalla contra Timoteo aparecieron del cielo «cinco» varones, dos de los cuales protegían a Judas (10,29-30); Betsura estaba «en una garganta» a cinco estadios de Jerusalén (11,5); Dositeo y Sosípatro pasaron «a cuchillo», no «a caudillo», a diez mil hombres (12,19); Judas oró por los muertos porque esperaba que «los que habían muerto» habían de resucitar (12,44), y Alcimo ofreció al rey unos ramos que parecían ser «del» templo (14,4)). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

Los versículos siguen la numeración de la Vulgata y de la primera edición de Torres Amat (1824): 558 versículos. El texto griego, que traducen las Biblias modernas, cuenta tres menos, porque en tres lugares une en uno dos versículos de la Vulgata. En el capítulo 2, 2,18-19 es en el griego 2,18, y desde 2,20 esta edición va un número por delante: el prólogo del compendiador, 2,20-33, es 2,19-32, y Jasón de Cirene y sus cinco libros, 2,24, es 2,23. En el capítulo 15, 15,36-37 es 15,36, y el epílogo, 15,38-40, es 15,37-39. En el capítulo 12, el griego une en 12,45 los versículos 12,45-46; la Neovulgata, el Leccionario y el Catecismo cuentan, como esta edición, 12,46. En el capítulo 1 los números coinciden, pero la fecha «en el año ciento ochenta y ocho», que en la Vulgata abre la segunda carta (1,10), en el griego cierra la primera. Los números vacíos de la transcripción digital (9,30; 13,27-37; 15,41-72) no existen y no se imprimen. No falta ningún versículo, pero la transcripción había perdido palabras en 4,47, 5,21, 9,8, 10,29, 11,5, 12,44, 14,4, 14,8 y 14,24 y desfigurado otras, como en 12,19; se han restituido según las ediciones de 1824 y 1884. Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás.

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.